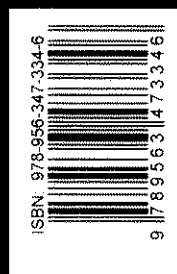


Publicado por vez primera en España en 1974, aún bajo la dictadura franquista, este libro conquistó rápidamente, tanto en Europa como en Sudamérica, un lugar excepcional, no solo como documento de denuncia de los métodos de represión de la dictadura chilena, sino sobre todo como expresión de la experiencia de un individuo, cuya historia personal, sus valores morales e intelectuales, sus afectos, son sometidos de la noche a la mañana a la potestad de la barbarie.

Si *Tejas Verdes* ha sobrevivido a la transitoriedad de este tipo de testimonios, se debe al carácter personal y no partidista del relato, a la sobriedad del estilo, a la descripción minuciosa del entorno carcelario y de sus canchales militares, así como de la intimidad emocional de aquellos sometidos, como él, a una situación de extrema ansiedad y horror.

taurus  

# TEJAS VERDES

DIARIO DE UN CAMPO DE CONCENTRACIÓN EN CHILE



HERNÁN VALDÉS

---

HERNÁN VALDÉS

# TEJAS VERDES

DIARIO DE UN CAMPO DE CONCENTRACIÓN EN CHILE

TAURUS

---

MEMORIAS

H  
Na  
Al  
Un  
de  
lib  
fo  
añ  
Su  
19  
su  
20  
de  
lo  
pe  
lec  
fil  
Tr  
al

© 2012, Hernán Valdés  
© De esta edición:  
2012, Aguilar Chilena de Ediciones S.A.  
Dr. Aníbal Ariztía, 1444  
Providencia, Santiago de Chile  
Tel. (56 2) 384 30 00  
Fax (56 2) 384 30 60  
www.editorialtaurus.com/cl

ISBN: 978-956-347-334-6  
Inscripción N° 97.617  
Impreso en Chile / Printed in Chile  
Primera edición: mayo 2012

Diseño de cubierta:  
Ricardo Alarcón Klaussen

Todos los derechos reservados.  
Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Editorial.

 PRISA EDICIONES

## PRÓLOGO

Este libro fue escrito hace casi cuatro décadas, en Barcelona, donde aterricé gracias a una misteriosa invitación obtenida por mi amigo Manuel A. Garretón tras salir yo del campo de concentración de Tejas Verdes. En un cuarto sin ventanas, en un piso de conspiradores antifranquistas próximo a la catedral y, como decía en el prólogo original, «al calor de la memoria», me senté frente a la máquina y me largué a escribir. Sin pensar en cualquier tipo de elaboración literaria y sin otra pretensión que mostrar a la opinión pública la cara oculta, la intimidación, por así decir, de la brutalidad militar chilena, que meses después del golpe de Estado, pese a la abundante información periodística, era casi completamente ignorada en lo concerniente a la rutina de la tortura de los campos de concentración. Así, mientras los ruidos de la ciudad vibraban tras los muros, me sometí a revivir la experiencia pasada, hora por hora, día por día, con horror y placer, el placer de decidir yo mismo el momento de mi liberación del horror y entonces de bajar a tomar un buen café en Las Ramblas.

Editar el libro que resultó de aquello en la España todavía franquista del 74 no fue tarea fácil. Prohibido inicialmente por el Ministerio del Interior, la orden fue anulada como graciosa represalia del ministro de Información y Turismo cuando el gobierno militar chileno canceló un contrato de

compra de camiones a España en beneficio de una firma estadounidense.

En pocas semanas el libro fue arrebatado por el público, que sin duda encontró en él, aparte de su contenido intrínseco, alusiones implícitas a las experiencias de la dictadura española, y en Hispanoamérica, la revelación de que Chile no era «diferente», como habían pretendido sus intelectuales. En los meses siguientes fue traducido a la mayoría de los países europeos. Fue el primer testimonio de su género y entiendo que el único no panfletario que expresó una experiencia personal del sórdido trasfondo de la dictadura militar. A juzgar por los comentarios de la prensa europea, el libro contribuyó a reforzar la conducta hospitalaria de algunos gobiernos hacia los refugiados.

En aquellos tiempos, tras la puesta en escena en Chile de gobiernos de apariencia democrática, luego del fin de la dictadura, me sorprendió que el libro no pudiera reeditarse. Pronto se me hizo ver que el mío era un texto inconveniente. Algunos intentos para reeditarlo encontraron fuertes oposiciones. No de los militares, que por entonces eran ya indiferentes al poder de las palabras, sino de personeros influyentes de partidos de izquierda. Pues ocurría que el libro, más bien dicho el autor, no era miembro de ningún partido, no pertenecía a ninguna institución; en suma, en tanto que víctima era un intruso. Un extraño, un aventurero de la historia, un error de la dictadura. El relato, por lo tanto, no era representativo de las víctimas de la dictadura, encima de lo cual, el autor se permitía transmitir en él una concepción crítica de la conducción política de la Unidad Popular.

El libro fue reeditado solo en 1996, por la Editorial Lom, y ello gracias a la insistencia de M.A. Garretón, quien, junto a un grupo de colaboradores financiados por agencias internacionales, había permanecido en el país con la intención

de preservar vivo el campo de la reflexión y la investigación sociológica en esos tiempos de muerte cultural.

La presente reedición de este texto corresponde, entiendo, a la necesidad de su conocimiento por una nueva generación, en una sociedad como la chilena, tan proclive a olvidar su pasado; yo diría más bien, deseosa de omitir su pasado, a menudo incómodo, como componente del presente y de ese futuro que obstinadamente se exige luminoso.

HERNÁN VALDÉS  
*Kassel, enero de 2012*



---

## TEJAS VERDES Y NUESTRA MEMORIA COLECTIVA

**E**n un magnífico libro escrito algunos años atrás y cuarenta después de su prisión en el campo de Buchenwald, Jorge Semprún nos recuerda la importancia fundamental en la historia de la humanidad de los campos de concentración: son la experiencia real y tangible de que el mal y la perversión humana absolutos existen. Con la mediocridad y la hipocresía que nos caracterizan, en escalas menores y sin el perfeccionamiento y la sofisticación tecnológica de los de la Alemania nazi, pero no con menor brutalidad ejercida sobre quienes los vivieron, Chile tiene su propia historia de estos campos y su propio aporte a esta tragedia de la humanidad, que hoy se trata de negar, minimizar, olvidar o justificar. La expresión del mal absoluto existió en este país, fue creado por seres humanos y no por fuerzas naturales, no como respuesta a alguna necesidad.

Tejas Verdes fue uno de los primeros campos de concentración y puede ser definido como un campo de detención, pero más precisamente como campo de tortura. La tortura, ya se ha dicho, no es un exceso, es una política explícitamente definida que tiene uno o varios fines: se trata de infligir sistemáticamente un daño físico o psíquico o ambos a la víctima, ya sea para obtener alguna información o simplemente para castigarla, destruyendo así su dignidad, su psiquis, su integridad física, es decir para anularla como persona. El

establecimiento de un campo de concentración cuyo fin es la tortura, no es entonces una necesidad de una guerra real; no es una locura ni alguna irresponsabilidad individual. Es, evidentemente, la responsabilidad de individuos concretos, que no podrían existir si no hubiera una institución que los ampara. En el caso chileno esta institución fueron las Fuerzas Armadas, y en el caso de Tejas Verdes, el Ejército. Sus autoridades, sus componentes individuales (soldados, oficiales y civiles comprometidos), son los responsables de estos crímenes.

\* \* \*

Los primeros conocimientos difundidos sobre Tejas Verdes, en forma muy fragmentaria y sigilosa, como campo explícitamente organizado para la tortura, datan de la época en que ocurren los acontecimientos narrados en el libro que presentamos, es decir verano de 1974, aunque se sabe que el campo funcionaba desde antes. Fue a causa de Tejas Verdes que se dio a conocer el nombre de Manuel Contreras, quien fue luego el máximo jefe de la DINA y quien posteriormente se jactó de haber cumplido órdenes, no sabemos cuán vagas o específicas, del general Pinochet. Tejas Verdes se transformó en el símbolo de la represión y de los crímenes cometidos en aquel período de la dictadura, cuando apenas comenzaban a constituirse las organizaciones de defensa de derechos humanos y cuando el país aún se debatía entre la ignorancia y la perplejidad frente a la brutalidad y la violencia ejercida por el Estado controlado por los militares. Recordemos que luego del golpe militar de 1973 se desató un vasto operativo de represión dirigido básicamente contra quienes habían participado en el gobierno de la Unidad Popular, pero que incluyó también a quienes solidarizaban con ellos. Poco a poco este sistema represivo se fue organizando y coordinando, una de

cuyas expresiones principales fue la creación de la DINA, dependiente de leyes secretas del general Pinochet.

Todo ello ocurre en medio de un país en silencio, perplejo por un estilo de gobierno del que no se tenía ningún antecedente y aún traumatizado por las luchas del período 70-73, y por la violencia de los primeros días del golpe militar. Hay sin duda un país de triunfadores y un país de perseguidos; un país del temor, de la ignorancia real o pretendida, del silencio o la complicidad.

\* \* \*

Entre los años 1970 y 1973 me tocó dirigir en la Universidad Católica el Centro de Estudios de la Realidad Nacional, constituido por un grupo de científicos sociales chilenos y extranjeros de orientación crítica y de izquierda. En este testimonio se le menciona como Instituto X, dirigido por un tal Magus. El centro llegó a ser muy conocido por su rol en materia docente y por sus investigaciones, divulgadas por su revista, los *Cuadernos de la Realidad Nacional*, principal órgano del debate intelectual del período, cuyo editor fue el escritor Hernán Valdés.

Hernán Valdés no era ni un intelectual político, ni un académico propiamente tal. Era estrictamente un escritor de gran nivel, preocupado además de los temas nacionales. Con otros colegas había participado en debates y publicaciones sobre el papel de la cultura en el proceso político chileno, mostrándose siempre escéptico y crítico respecto a los conceptos y formas con que el mundo político abordaba dicha problemática. No era militante de partidos políticos, hombre de izquierdas sí, pero sin definición ideológica de alguna ortodoxia, tan común en aquel entonces. En el tiempo en que trabajamos juntos aproveché de leer su novela *Zoom*, donde se aprecia una sensibilidad muy especial, que

vuelve a encontrarse en *Tejas Verdes*, respecto a la correspondencia entre la desintegración individual y la del mundo que rodea a los personajes, temática que desarrollará hasta el extremo en su novela posterior, *A partir del fin*.

En aquel período yo estaba preocupado de reagrupar aquellos intelectuales y científicos sociales expulsados de las universidades y de aprovechar nuestras capacidades para analizar lo que ocurría, entender las razones del fracaso y denunciar los crímenes cometidos y la represión desatada. Una de las oportunidades para ello fue la decisión del Tribunal Russell de dedicar su sesión de 1974 a la situación chilena, para lo cual era necesario realizar un conjunto de investigaciones e informes. Coordinando esta tarea le solicité a Valdés una visión testimonial de lo que ocurría en Chile en los primeros meses del golpe militar, sobre la dimensión psicosocial y cultural. Dicho texto nunca fue conocido en Chile, por lo que ninguna actividad de Valdés en este sentido pudo haber sido usada como pretexto, aunque en todo caso ilegítimo, para su detención. Su documento era de una enorme fuerza literaria y en él mostraba el estado anímico devastado de los sectores perseguidos, la carnavalesca euforia de los vencedores, los ritos militares llenando los espacios de la crónica social de los diarios, el espectáculo alucinante de la limpieza de las consignas en los muros y de las quemaduras de libros, el lenguaje inédito de «afirmativo y negativo», que remplazaban nuestras simples expresiones tradicionales; la orgía consumista de los sectores privilegiados y agradecidos por el golpe militar, la tristeza y escasez de los barrios pobres, la incertidumbre y terror en las vidas cotidianas. Mi intención era publicarlo como anexo de este libro, pero con tanto escondite y traslado en aquellos tiempos terminé por extraviarlo.

\* \* \*

En el mes de enero de 1974 se terminaron las llamadas nocturnas y perdí contacto con Hernán. Recuerdo que en las trágicas y forzadas vacaciones de aquel verano nos preguntamos entre amigos muchas veces por él y llegamos a la conclusión de que debía haberse largado a alguna playa. Varias veces pasé por delante de su casa, tocaba el timbre inútilmente y no logré percatarme de nada. Ya preocupados por su ausencia, solicitamos a abogados amigos que trabajaban en conexión con la Iglesia que averiguaran si alguna desgracia había ocurrido, porque ya se sabía de la masividad y arbitrariedad de las detenciones y desapariciones.

Un día de marzo de ese mismo año, un colega sociólogo del grupo de quienes habíamos sido expulsados de las universidades entró en mi oficina con el escueto recado: «Encontraron a Valdés. Estuvo preso en Tejas Verdes. Está a salvo en una embajada. Manda a decir que te vayas del país porque le obligaron a afirmar, mediante torturas, una serie de acusaciones contra ti». Esto último está confirmado por el autor de este libro en su narración del descabellado y brutal interrogatorio final. Desde ese momento hicimos todo lo posible con amigos españoles que aún vivían la dictadura franquista para que fuera acogido en España. Gracias a ellos pudo llegar a Barcelona, donde escribió este libro. Luego estuvo en Inglaterra. Algunos años después escribió una impresionante novela, *A partir del fin*, uno de cuyos temas es la destrucción de las relaciones humanas en medio de la crisis política y el golpe militar. La escena en que desde una bañera el personaje central escucha el último discurso del Presidente Allende y se pregunta por el sentido de aquellas muertes heroicas que «nos quedan demasiado grandes» a los seres comunes, es de antología y de una poderosa fuerza literaria.

\* \* \*

El libro *Tejas Verdes, Diario de un campo de concentración en Chile* narra sin aspavientos ni dramatismos innecesarios, día tras día, el paso de su autor por el campo de concentración, desde el momento de la inexplicable y absurda detención en su casa hasta el momento de su salida del campo, poco más de un mes después. Es el testimonio de alguien que no quiere defender ninguna posición política ni se ufana de ningún heroísmo, por el contrario. Tampoco pretende presentarse el autor como la mayor de las víctimas. El *Diario* es el testimonio de la perplejidad y vulnerabilidad de un ser humano común y corriente sometido a la arbitrariedad, brutalidad y también ignorancia de quienes tienen todo el poder sobre su vida. Ni él ni sus captores pueden dar una explicación de por qué está detenido. Sin embargo, a lo largo del libro queda claro para todos, víctimas y victimarios, que toda esta «irracionalidad» se enmarca dentro de una racionalidad global, aunque nadie pueda definirla con exactitud.

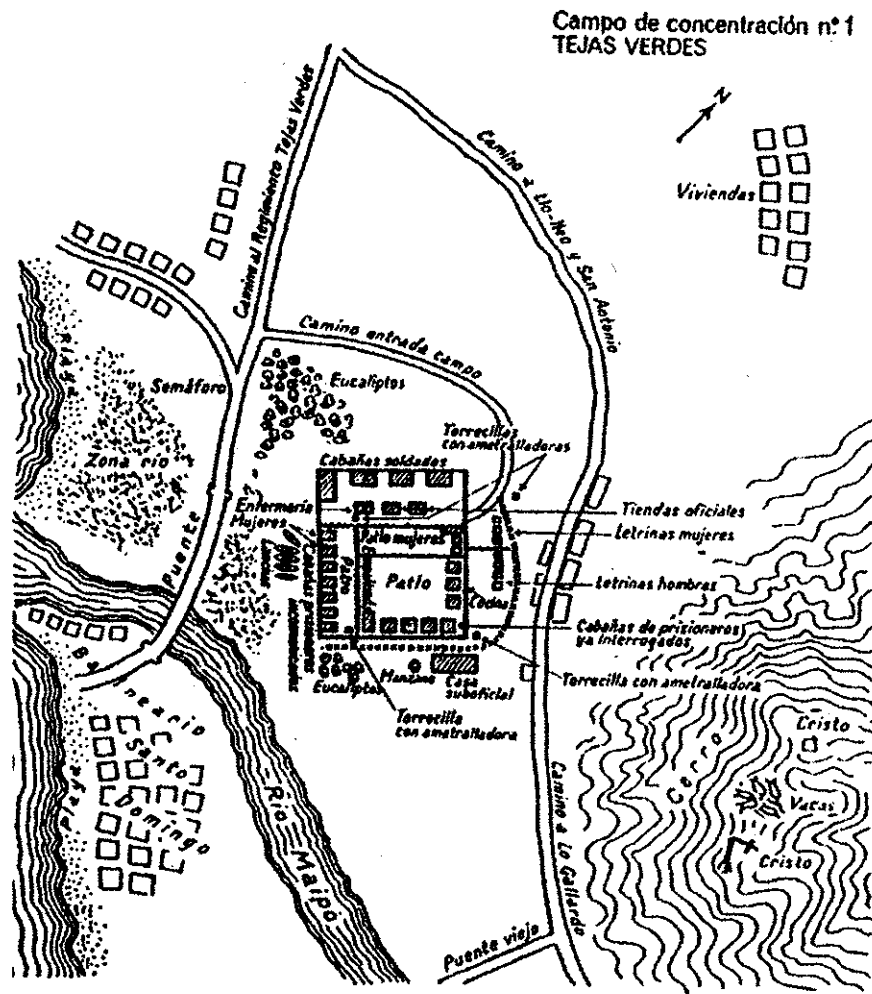
Se trata del primer testimonio de un campo de concentración en Chile publicado como libro y escrito inmediatamente después de la experiencia del campo. En este testimonio hay descripciones memorables del clima interno del campo de concentración, de su organización y forma de funcionamiento, de la mentalidad militar en sus distintas jerarquías y de la sensación de impunidad de sus miembros, y del mundo social que se congregaba allí, constituido por todas las variedades de sectores sociales medios y populares.

Pero Hernán Valdés no solo da un testimonio riguroso y honesto. Tiene un oficio de escritor y de novelista, alguien que mediante la creación literaria puede trascender sumas de datos y descripciones para hacernos llegar todo su significado, todo el simbolismo de la condición humana que ahí se oculta. Mediante un toque mínimo, una frase, una expresión, da cuenta de la polivalencia de situaciones, convierte

un momento en un retrato durable; en fin, hace más real aún la propia realidad. Todo ello da al testimonio de Valdés un valor superior y lo convierte en un acto de creación que potencia el contenido.

MANUEL ANTONIO GARRETÓN  
*Septiembre de 1996*

12 DE FEBRERO DE 1974, MARTES



¿Qué hago exactamente aquí, en casa, a las 6:30 de la tarde? De un modo coherente no podría explicárselo a nadie. Espero que pase el tiempo, que mueran las horas. Hace un par de días le pedí a J. que me obtenga un pasaporte. He tomado una decisión sin conocer su destino. Partiré en la primera semana de marzo adonde sea, posiblemente a España. Hace tres días, Eva se fue de la casa. En verdad, le pedí que se fuera. Su presencia denotaba demasiado desenfadamente que éramos sobrevivientes de proyectos muertos, de sentimientos rotos. Entretanto, ha venido una y otra vez, en horas imprevistas, a buscar algunas de sus cosas, su ropa, sus potes de maquillaje, últimamente algunos condimentos, el comino tostado egipcio, el eneldo, el curry, que trajo cuando se vino a vivir conmigo desde Europa. Esto último, más que todo lo que yo habría podido imaginar, me reveló cuán definitivo había sido nuestro fracaso. Ayer partió Sara a Buenos Aires a visitar a su marido, que está exiliado hace tres meses. Aún están sobre la mesa los vasos en que hemos bebido la noche anterior, y aquí cerca las píldoras que me ha dejado contra la «depresión», los grandes lentes redondos para el sol que ha olvidado. Pienso llamar a D., a quien encontré ayer por azar, y confirmarle que en un momento más iré a tomar un trago a su casa. Su marido pidió asilo en la embajada de A. y pudo salir al exterior, hace meses. No

pretenden reunirse. Los rezagados en este país de desconocidos nos usamos sin límites ni discriminaciones, sin escrúpulos de la insinceridad de nuestros deseos —para no hablar de amor—, conscientes de que cada cual busca a su modo afirmaciones de continuidad de la vida. El golpe ha deshecho toda clase de relaciones, y los residuos flotantes de esta catástrofe nos hemos encontrado para constituir otras, insólitas, precarias. Pero a veces también obsesivas, absorbentes, como un modo de compensar íntimamente las formas de expresión y acción sociales hoy destruidas. Así, hombres y mujeres que hace poco tiempo nos habíamos encontrado con nuestras parejas en un plano amistoso o de trabajo, hoy, desvinculados, nos descubrimos de pronto en una cama, extrañados de esta intimidad y de este insospechado amor que hemos hecho como remedo de aquel en el que estamos pensando, imposibilitado por la muerte, por el exilio, o por el caos en general. Quedan cada vez menos personas reconocibles en la ciudad; en cambio, han reaparecido personajes que uno creía definitivamente extinguidos y que en realidad no estaban sino muy inteligentemente disimulados en las contradicciones de la época que acaba de terminar. Se levantan de sus lechos de tullidos o se desprenden de su hipocresía y ocupan rápidamente las mesas, los escritorios, los espacios de las publicaciones, la vía pública, los micrófonos, con la voracidad de quienes consiguen recuperar un tiempo que la historia parecía haber dejado atrás. Si uno los encuentra, suelen tener un aire protector, y suelen justificar sus nuevas responsabilidades diciendo que nos salvan de algo peor. Soy partidario de ahorrarles la oportunidad de explicarse. Las personas en quienes se podía confiar parten, una a una. Y es imposible conocer a otras. ¿Quién se atrevería hoy a confiar en un desconocido? Me han contado que hay una oficina en el edificio Diego Portales —sede de la Junta golpista— ante la cual los delatores forman largas

filas. De manera que este es un tiempo muerto, hasta que llegue el momento de partir. ¿A quién dejarle este lugar que he querido tanto? Quienes me lo pedían insistentemente hace treinta días, dispuestos a permanecer aquí, comienzan a desaparecer igualmente. ¿Han caído presos, se han marchado, o simplemente están en la costa? Nadie responde al teléfono. La inseguridad, por lo demás, me produce una fuerte inhibición de escribir. ¿Cómo prever el destino, en las actuales circunstancias, de cualquier papel que uno escriba? Por otra parte, necesito un distanciamiento, necesito ordenar, desde fuera, con una cierta perspectiva, todo esto que ha pasado. Aunque sea para redesordenarlo, pero a mi gusto. Por primera vez tengo una noción de fracaso colectivo. Así que me dejo estar aquí, en el sofá, frente al teléfono, mientras se cumple el tiempo.

A través de la ventana de treinta pequeños rectángulos se oye el zumbido del helicóptero que viene cada atardecer a recoger a alguno de los generales de la terraza del Diego Portales. Es aquí, a doscientos metros de mi propia terraza, donde ahora crecen sin cuidados el estragón, el tomillo, la salvia y otras hierbas que cultivábamos con Eva con una cierta pedantería gastronómica. Desde allá arriba, un cañón periscópico se orienta hacia diversos puntos del cielo, buscando al enemigo, previamente a que el general, o quien sea, monte. Luego, el aparato ruge con más fuerza y se alza a toda velocidad. Vuelve a restablecerse el silencio. En cinco minutos más llamaré a D. En el fondo, es un problema de empleo del tiempo, no soportaría otro anochecer en este espacio lleno de ausencias y de objetos que las delatan.

El timbre suena larga e insistentemente justo cuando estoy comenzando a disar. Pese a lo avanzado de la hora, se me ocurre que puede ser el cartero —la confirmación de alguna beca, de algún trabajo en el extranjero, el anuncio de un billete de avión— y desciendo rápidamente por la escalera.

Cinco metros antes de llegar observo que del otro lado de la mirilla hay más de una persona y, tanto como me aproximo, que son más de dos. Tengo algún presentimiento, pero no me parece extraño que de pronto se presenten amigos largo tiempo desaparecidos o los eternos visitantes europeos que buscan a Eva. No media ningún transcurso entre el acto de abrir y la situación de encontrarme con la boca del cañón de una metralleta contra la garganta.

—*Esto es un allanamiento.*

No hay ninguna oportunidad tampoco para hacerlos pasar. Me palpan el cuerpo, pese a que no llevo sino un *blue jean* muy estrecho y una blusa. No alcanzo a distinguir cuántos son. Subo, precedido y escoltado por gente armada; me llevan a mi propio piso. Todo es muy veloz, parece que no hubiera un segundo que perder. Desde ya, esta angosta escalera que sube directamente, casi disimulada en el edificio, hasta el cuarto piso, me hace sentir culpable de alguna anormalidad. La escasa iluminación, un rellano pleno de colchones en desuso, una enorme reproducción de Magritte —la vieja bota con los dedos salientes en medio de un desierto— pegada en el muro frente al último peldaño, la pequeña y sólida puerta arcada, con aldaba y mirilla herradas, de imitación medieval, son elementos que estimulan las suspicacias en mi contra. Los tipos se introducen con mil precauciones, y luego sorpresivamente, como si fueran a enfrentarse con Bond o el Che Guevara. Todo sucede con una excesiva prisa, no alcanzo a comprender cómo entro en mi casa de este modo. Dos de ellos me instalan en el mismo sofá desde donde me disponía a telefonar a D. y se sientan al frente mío, mientras dos más se dedican a abrir y registrar los numerosos armarios y clósets empotrados en los muros o disimulados por puertecillas en los zócalos formados por viejos tablones entarugados, y aún dos o tres van al dormitorio, en tanto que otro cuida de la puerta.

Esto hace que mi atención se disperse y que me sea muy difícil fijarla en el tipo que me interroga:

—¿Cómo te llamái?

—Hernán Valdés.

—¿Dónde trabajái?

—En el Instituto X.

—¿Edad, estado civil?

Respondo que soltero, que, después de todo, ha vuelto a ser mi estado civil. ¿Cómo explicar la vida de uno en esos términos?

—¿Y por qué estái solo aquí? ¿Por qué no te hai casao, huevón?

Ignoro cuál puede ser la expresión de mi rostro. Me descubro distraído, intentando formarme una idea de la impresión que se hacen sobre mí los tipos que entretanto registran por todas partes. Estoy de espaldas a ellos. Pienso en las series de fotografías de Eva desnuda que hay en algún armario, pienso en algo peor aún, pienso en los discos, pienso en el dormitorio. Ayer justamente quité la cama de Eva del lado de la mía y la disimulé en otro sitio, como un diván. La mía está deshecha hace un par de días, quizá porque he querido que permanezca alguna huella de la presencia de Sara. Huellas, fetiches, no me quedaba otra cosa.

—¿De qué partido soi?

—De ninguno.

—¡Cómo que de ninguno, huevón!

—Soy de izquierda, pero nunca milité en un partido.

Yo había intentado encender un cigarrillo, pero alguien me lo quita de la mano. El interrogador se levanta y examina algo en la mesa, a mis espaldas.

—¿Quién es Elsa?

(En la mesa yo había dejado un papel para Elsa, la chica que nos limpiaba la casa y que desapareció hace quince días, pidiéndole que dejara las llaves y no volviera más). Mi

explicación debe parecerles insoportablemente mentirosa. Me pongo de pie, como si esto pudiera aclarar algo. La expresión del interrogador parece decir que se acabó su tolerancia ante mi ficción:

—Así que aquí teníai las farras con Miguel Enríquez y los huevones del MIR.

Dos o tres más me rodean amenazantes. En efecto, aluden a unas 150 botellas de vino Cousiño Macul, vacías, apiladas en un rincón contra la pared. Las habíamos obtenido de la propia viña, en agosto pasado, gracias a la influencia diplomática de Eva. Era la época del mayor desabastecimiento, producido en gran parte por la derecha para crear una imagen caótica del gobierno de la UP. Protesto de la insensatez de la acusación y trato de dar una explicación coherente de semejante consumo alcohólico. Escucho mis propias palabras como algo absurdo, falso. Esto debe ser perfectamente claro para ellos, el cañón de una metralleta se ha incrustado en mis costillas.

—¿Dónde está Enríquez, huevón?

Con una firmeza que debe sonarles a terquedad, respondo que jamás he conocido a nadie del MIR. Uno de los que están registrando lanza entonces un grito de indignación y se aproxima blandiendo un enorme cuaderno.

—Y esto, culiao. Este plan en clave.

A pesar de todo, trato de reírme, lo que agrava las cosas. De inmediato intento explicar algo, pero no hay tiempo, la evidencia parece demasiado fuerte. Casi todos ellos me rodean, como si hubieran dado al fin con el peor enemigo del régimen. Es un gran cuaderno empastado, especie de diario de contabilidad, donde Eva comenzó a anotar nerviosamente, desde la mañana del día 11, y quizá hasta el 12, en su complicado idioma, las secuencias del golpe, las profusas y contradictorias informaciones que nos daban las radioemisoras o los amigos, por teléfono. Dentro

de las frases incomprensibles hay infinidad de nombres y siglas perfectamente reveladores: MIR, GAP, CUT, FACH, SUMAR, PUDAHUEL, etc. Hay odio en los ojos azules del tipo que ha hecho el descubrimiento: unos cuarenta y cinco años, rubicundo, calvicie en desarrollo, pelo rubio castaño, constitución fuerte, estatura mediana. La inutilidad de las explicaciones que les doy me desalienta, comienzo a sentirme insensatamente atrapado. Les parezco despreciable, me insultan.

—Soy escritor, señor —le digo al de ojos azules, como si este fuera un último y mágico recurso para recuperar mi respetabilidad, e indico hacia el anaquel donde se hallan mis libros. No me escuchan, o bien esta afirmación les parece superflua o mentirosa.

—Vai a venir a hacer una declaración a la comisaría, huevón. Andando.

Pregunto si puedo dar cuenta de esto a alguien por teléfono. Me toman de los brazos, por toda respuesta.

—Lleva tus documentos y las llaves.

Echo también en los bolsillos del *blue jean* fósforos y cigarrillos. No estoy especialmente inquieto. Lo único grave parece no haber sido descubierto. Estoy seguro de que una declaración ante una persona regularmente sensata aclarará las cosas y de que podré estar de vuelta en poco tiempo. Ni siquiera se me ocurre ponerme una chaqueta o cambiar mis sandalias por zapatos. Bajamos en tropel, me obligan a descender deprisa. Alcanzo a advertir que algunos se han quedado arriba. Ya en la calle, no soy consciente de si los vecinos y los pasantes nos miran. ¿Hay por azar algún conocido que pueda dar cuenta de mi detención? Los movimientos a que me obligan son demasiado rápidos, no hay tiempo de percibir ningún detalle, de fijar la vista o la atención en nada particularmente. Me extraña que no vayamos derecho a la comisaría, que está a cien metros de la casa, pero tampoco



puedo manifestarlo. Por el contrario, me hacen montar en una camioneta de color amarillo, abierta, que se halla cerca de la esquina. Por un instante se me ocurre que puede ser una medida de seguridad, de «naturalidad», para evitar que los transeúntes se percaten de estas detenciones. Me instalan en la segunda fila de asientos, en medio de dos de ellos. Disimuladamente, me sujetan de las muñecas.

—Cierra los ojos.

Me ponen algo sobre los bordes de los párpados, supongo que tela adhesiva. Antes de que la tela cierre totalmente el ojo derecho, alcanzo a ver que dos de ellos, los que habían quedado arriba, vienen transportando una tela de plástico, llena de una gran cantidad de papeles, de libros, de objetos que no logro individualizar. Solo el gran cuaderno de Eva es reconocible. El vehículo se pone en marcha. Hemos torcido y no puede ser sino por la calle X. Está claro ahora que no vamos a la comisaría. Posiblemente el destino sea el Cuartel de Investigaciones, la policía civil. Recuerdo el caso de tantos detenidos que ignoraron el lugar de su cautiverio y me propongo medir el tiempo que durará el viaje. La marcha es lenta, hay frecuentes detenciones, viramos constantemente. Está fuera de duda que no quitamos el centro de la ciudad y que nos desplazamos entre otros vehículos y miles de personas que ignoran mi calidad de detenido. Mi mayor temor tiene que ver con el alcance del registro que han hecho los tipos que se quedaron arriba hasta los últimos momentos. ¿Encontraron el trabajo que yo había escrito para el Tribunal Russell y las copias de otros artículos enviados a publicaciones extranjeras? ¿Quedó alguno de ellos en el piso efectuando una investigación más prolija? ¿Descubrieron la trampa, donde ocultamos, después del golpe, todos los libros y publicaciones marxistas? ¿Y la infinidad de papeles escritos últimamente, menos importantes: proyecto de novela sobre el golpe y el período de la

UP, mi diario, etc.? Todo esto estaba casi a la mano. Lo más grave, dentro de los sobres de los discos de Brassens y entre los periódicos apilados en el ropero. A lo sumo, el viaje ha durado diez o doce minutos. Podemos, pues, estar en el Cuartel de Investigaciones. Me hacen descender y marchar a tuestas, tomado de ambos brazos. Me han puesto frente a un escritorio; lo noto por la dirección de la voz que me habla. Nada, otra vez mis datos personales. Me quitan los documentos, las llaves, todo lo que había en los bolsillos. Vuelven a palparme las piernas. Ninguna pregunta que se refiera a las razones de mi detención. Pienso que esto vendrá pronto y guardo silencio. Me conducen a otra parte; a cada instante temo chocar contra algo, me indican direcciones, derecha o izquierda, que me son fáciles de confundir, dada mi condición de ambidiestro. Debo descender una escalinata. El ruido anuncia una puerta de fierro con cerrojos. Un calabozo, sin duda. Fuerte olor a orines, a metales antiguamente compenetrados de orines, ruido ensordecedor de un chorro de agua intermitente, quizás en el urinario. Me sientan en una silla y me atan fuertemente cada mano contra la parte superior de las patas y los tobillos contra la parte inferior. Me sacan los lentes y me conminan a no abrir los ojos mientras me arrancan de tirones violentos las telas adhesivas, posiblemente con buena parte de mis pestañas. En su lugar cubren la parte superior de mi cara con un antifaz que aseguran fuertemente mediante una pita delgada que me rebana las orejas y la nuca. Trato de obtener alguna aclaración de parte de quien se ocupa de todo esto, quiero saber qué pasa, por qué estoy aquí. Un palo o algo semejante me remece el cráneo. Los insultos suenan escandalizados, intolerantes:

—¡Concha'e tu maire, qué vení aquí a preguntar huevás!

La voz transmite su exasperación a otro:

—Ojo con este huevón. A mí ya me choreó.

Quedo temblando. ¿Va a venir un nuevo golpe? ¿De qué se trata? ¿No hay alguien que quiera preguntarme concretamente qué quieren de mí? ¿Para qué me han traído, entonces? Los pasos se alejan de mi lado, mis palpitaciones disminuyen. Recién empiezo a percibir que no soy allí el único. Hay toses, suspiros, «dioses mío», «madres mía» en sordina. Pero nadie habla, nadie intenta comunicarse conmigo. Me dispongo a esperar. Estoy seguro de que en cualquier momento se presentarán para llamarme. Ahora me parece casi cierto que deben haber descubierto mis escritos, que alguien tiene que haberme delatado. Trato de recapitular mis acciones del día, de recordar con quiénes he estado en contacto. Descubro que mi imaginación se halla bloqueada. No puedo representarme sino este ahora, este estar aquí, maniatado, ciego, impregnándome del avasallador olor de orines (mi silla parece estar muy próxima al urinario) que se deposita como una película contra mi paladar, transformándose más bien en gusto; este estar aquí siendo invadido por el ruido infernal del grifo de agua, que desaloja casi toda otra impresión de mi cerebro, con el estómago temblando de presentimientos, con toda la atención concentrada en los pasos del o los guardas, en las voces que a veces llegan lejanamente, de otro ámbito, en ruidos de vehículos distantes, de goznes de puertas.

—Señor.

Es la voz de un viejo, sumisa, salivosa, que intenta pronunciar con algún decoro.

—¿Qué querís?

La voz del guarda suena a mi lado derecho. No había advertido su proximidad.

—Quisiera orinar, señor.

Pasan algunos minutos antes de que este se levante. Luego, se siente cómo desata las amarras del probable viejo y lo conduce, pasando enfrente mío, ciego, hasta el urinario.

¿Por qué ha dicho orinar en vez de mear, que es lo que se usa en el país? Orinar suena a lenguaje de laboratorios de análisis, de hospitales. El viejo da suspiros de alivio mientras meo, pero el ruido de su chorro se pierde dentro de la estridencia del chorro de agua. ¿Qué he hecho realmente hoy? Cada vez que trato de concentrarme en esto percibo con angustia el vacío que hay en mi cabeza. ¿Es posible que mi detención se deba a los trámites iniciados por J. para obtenerme un pasaporte? Quizá, simplemente, me haya denunciado la propietaria del piso, para poder así alquilarlo a otro y obtener una renta tres veces superior. ¿No llenó la casa de banderas el día del golpe? Antes de llegar a casa compré algunas cosas en el almacén de la esquina, cuya propietaria es *momia*. ¿No me miró de alguna manera especial? ¿Me encontré con alguien a quien haya dicho algo indiscreto? Antes estuve en casa de F., la más íntima amiga de Sara, porque quería saber qué había sentido realmente Sara hacia mí, porque quería simplemente hablar de ella, la única persona con quien tuve alguna intimidad en las últimas semanas. A mediodía pasé a beber un café en el Haití. ¿Hablé con alguien allí? Recorrí el centro de la ciudad, donde aparentemente nada pasa, donde los que no han podido partir de vacaciones, y entre ellos el veinte por ciento de cesantes, se dan vueltas, miran las vidrieras, donde han vuelto a aparecer, como producto mágico del golpe, todos los artículos que productores y comerciantes solo vendían antes en el mercado negro. No, no encuentro indicios de un delator, de algún acto especial que justifique una denuncia.

El viejo es reconducido a su silla. (Supongo que tiene que ser una silla como la mía).

—Señor, ¿hay posibilidades de que nos interroguen hoy?

—No, huevón. Tate tranquilo.

De modo que nadie ha sido interrogado. ¿Desde cuándo? Y hoy no seremos interrogados. ¿Es que debo pasar la noche

aquí? Una oleada de desesperación me llena. ¿A quién dirigirse? ¿Ante quién protestar? Comprendo la inutilidad, con mi antifaz, de mi expresión desolada. Me desespero ante mí mismo. Dejo caer la cabeza sobre el pecho.

Es muy difícil, auditivamente, formarse una idea de este espacio. Las toses, las respiraciones, los ruidos de los pies seguramente atados de los demás prisioneros contra el piso, se diluyen, sin individualidad ni referencias espaciales, dentro del ruido totalizante del torrente de agua. No hay ecos. Poco a poco, descubro que si levanto la cabeza y presiono con los párpados, mirando hacia abajo, puedo percibir una mancha de luz y, haciendo un máximo esfuerzo, un fragor difuso del piso, posiblemente de concreto.

Afuera hacía calor, y no estoy vestido sino con estas sandalias, este *blue jean* de fibra sintética y esta blusa de seda hindú que me regaló Eva. Al llegar aquí, el miedo y la desorientación me impidieron darme cuenta de la fría humedad que existe en este sitio y que ahora, gracias a la inmovilidad en que me hallo, comienza a penetrarme. Empiezo a pensar que el piso debe estar mojado, la piel comienza a encogerseme.

Vuelvo a preguntarme si alguien habrá advertido mi detención. En ese caso ¿de qué serviría? Ningún vecino sabe nada de mi vida privada. ¿A quién podrían avisar? Mi única esperanza es que Eva, por cualquier razón, haya vuelto al piso. A buscar algo aún, tiene allí casi toda su ropa, sus objetos, sus libros, la vajilla que trajo hace dos años. O por curiosidad, para ver cómo transcurre mi vida sin ella. Pero ignoro en qué estado han dejado la casa, qué signos visibles han quedado de mi detención. Quizá solo un poco más de desorden que el habitual, luego de la desaparición de Elsa. Sí, todos desaparecieron.

El guarda, a mi lado, ha conectado un transistor. Un tango. Es un antiguo programa nocturno, *La hora del recuerdo*,

o algo semejante. Entonces, la vida en la ciudad prosigue como si nada. La música, las comunicaciones, los desplazamientos humanos en las calles no dejan entrever ningún drama. Se ha omitido el drama, se lo ha estrangulado. Hay dos países ahora, y uno es subterráneo. Tampoco hay drama aquí adentro. Nadie manifiesta algún sufrimiento, nadie protesta. La voz del cantante se hace un lugar entre el ruido del agua. El guarda lleva la melodía, silbando. A veces se dice algo con un compañero cuya situación no puedo precisar. En el olor-gusto del orín también se ha abierto una brecha; percibo muy cerca mío el perfume de un cigarrillo, y entonces recupero la conciencia de la apremiante necesidad de fumar. Pero me han quitado el paquete y no es del caso implorar uno. La respuesta podría ser otro golpe.

Dos o tres veces se ha abierto la puerta, que está enfrente mío, y cada vez ha sido introducido, al parecer, algún nuevo prisionero. Solo la respiración, el miedo que expresa su respiración, los delata. Sin duda son más discretos que yo, nada de indignaciones ni preguntas sobre su detención. Quizá no es su primera experiencia. Hay algunos que parecen haberse adaptado a las circunstancias y otros los imitan. Piden ser llevados a orinar con cierta regularidad. Algunos piden agua. La imagen del agua, entonces, como si hasta ahora hubiera estado dissociada de su ruido, inhibida, es recuperada violentamente por la memoria de mi cavidad bucal. Beber agua es como una esperanza de prosecución.

—Señor, quisiera tomar agua, también.

Escucho mi propia voz con extrañamiento y vergüenza. Ese «señor», que no había pronunciado en más de tres años, que había desaparecido de nuestras relaciones sociales. Y luego, sin buscarlo, el tono quejumbroso, casi implorante, que he dado a la frase.

Lo que el tipo aproxima a mis labios es posiblemente una botella. Bebo el primer sorbo con desconfianza, pues se me

ocurre que bien podría ser cualquier porquería. El tipo lo advierte, porque cuando adelanto la boca para beber más, el líquido se vierte por mi garganta, cae sobre mis rodillas, y antes de que beba realmente retira la botella. La busco inútilmente en el espacio. La siento una vez más, pero antes de que pueda sorber desaparece.

De pronto se escucha el primer ronquido. Que alguien en nuestra posición, atado de pies y manos, pueda dormir, es algo que me escandaliza. Como sea, los ronquidos se hacen regulares y solo se interrumpen cuando, con toda probabilidad, el durmiente pierde el equilibrio. Dos más, al menos, siguen prontamente el ejemplo. Esa capacidad de desaprensión, de descuido de la conciencia, me deja asombrado. ¿Cómo pueden confiar en el descanso en este mundo que los rodea? Debe ser medianoche, la música cesa. A través del torrente, allá arriba, en la tierra, suena algo semejante a unas campanas.

## 13 DE FEBRERO, MIÉRCOLES

La cacería debe haber concluido. Trajeron a alguien más —alguien que sollozó un instante— y luego él o los guardas aparentemente nos han dejado solos. Ninguno de nosotros ha intentado hablar, quizá porque es difícil saber qué distancia nos separa, y luego porque no sabemos quiénes somos ni qué circunstancias comunes nos han reunido. Por primera vez me atrevo a hacer algún movimiento, a reconocer mis músculos. Palpo los bordes de la silla, restriego mi espalda contra ella para desentumecerme, desplazo la cabeza en diversos sentidos. Entonces se revela la noción del dolor acumulado por esta postura. Es en la espalda, en la columna, donde se concentra un gran cansancio doloroso, una sensación de que mi cabeza es un objeto demasiado pesado para ella. La silla tiene la dureza y la forma de algunas en uso en los liceos fiscales. Descubro recién que la silla está adosada a un muro, y con los codos llego a palpar algo semejante a una cañería. Descubro también que puedo desplazar las amarras de los pies y hacer descansar estos en un travesaño.

Mi conducta durante el allanamiento me parece de pronto ridícula. Sin considerar las armas, los tipos no tenían el menor aspecto de policías, muchos de ellos estaban simplemente en camisa. ¿Por qué no les exigí sus credenciales y una orden escrita, como ha sido advertido por la propia Junta Militar, a consecuencia de los asaltos y robos cometidos

con el pretexto de estas pesquisas? —en la mayoría de los casos, por los propios policías o militares, en sus horas «libres»—. Si no hice eso, ¿por qué no les advertí de las consecuencias de violar el domicilio de un diplomático, es decir, de Eva, que al fin y al cabo todavía no se ha mudado de allí? Lo cierto es que no tuve ninguna oportunidad de hablar, de enfrentarlos, cuando abrí la puerta. ¿Y si me hubiera puesto firme, pese a la metralleta en la garganta? Seguramente todo eso habría sido inútil, dada la impunidad con que han sido violados recintos que se consideraban intocables. Aun así, mi conducta me disgusta. Solo la fragilidad de la condición de ciudadano en las circunstancias actuales y la debilidad de mi situación emocional pueden explicar mi absoluto anonadamiento. Por un lado, estoy cesante hace más de cuatro meses, como consecuencia del asalto y posterior clausura del Instituto X (rechacé violentamente un cargo oscuro y subalterno, en otra dependencia, concedido por las nuevas autoridades de la universidad, designadas por los militares, los intelectuales democristianos, que de ese modo humillante aparentaban «proteger» a la gente de izquierda). Luego, está el asunto de las actividades de Eva. Desde el día del golpe trabaja como secretaria en la embajada de K. y ha tenido que ver con las más importantes acciones de asilo, de rescate de prisioneros, de protección de perseguidos, y... algo sobre lo cual ni siquiera me atrevo a imaginar que haya sospechas: sus recientes viajes a un país vecino llevando y trayendo información política en microfilms, enrollados en el interior de tampones que teñía de rojo y que, riéndose jactanciosamente frente a mí, introducía en su vagina (truco que por lo demás había inventado para guardar su dinero en una travesía por Túnez y que tenía la ventaja, aun en la intimidad, de defraudar a los ladrones). Después de los primeros días de estricta prudencia, nos descuidamos. El coche diplomático quedaba aparcado en la puerta misma

de la casa. Recibíamos gente que necesitaba la protección de alguna embajada, periodistas extranjeros que buscaban lo que a nosotros mismos nos hacía falta, una explicación. Y por último estaba el asunto de mis artículos, que ahora quizás están leyendo, y las llamadas telefónicas, la correspondencia, nunca del todo discretas y, sobre todo, la conciencia culpable de odiarlos, de verlos pasar con un odio silencioso, de convivir entre ellos y entre sus multitudes, que muestran, radiantes, sus hocicos liberados del «yugo marxista».

De modo que estaba bien condicionado, emocionalmente, para someterme a la agresión, al rol de víctima. ¿No se hallaba en esa misma situación, por lo demás, la mayor parte de la población partidaria de la UP, desde el momento en que buen número de sus dirigentes, amedrentados por el fantasma del golpe, en vez de denunciar su inminencia y afrontarlo con el apoyo del pueblo, comenzaron a ceder, a transar políticamente con el enemigo, como si así hubieran podido disuadirlo, hasta el extremo de enmudecer completamente cuando se produjo? Como si cincuenta o más años de conducción de luchas populares no hubieran servido sino para hacerlos desembocar en esa impotencia, en esa fatalidad. Sin información previa de los dirigentes, sin explicaciones posteriores, como cada cual, a la desbandada, me sentía ya una víctima indirecta. Sin embargo, nunca había pensado seriamente que alguien pudiera ocuparse de mí, ya que mi actuación política fue mínima. Quizás, en el fondo, no se han ocupado de *mí*, sino, a raíz de alguna denuncia, de *mi* aspecto o de *mi* conducta, no muy normales en ese barrio donde está la sede de la Junta, plagado ahora de fuerzas policiales y habitado por gentes que se conocen y se vigilan. Con Eva habíamos esperado un allanamiento en los días posteriores al golpe. Eso era algo que ocurría corrientemente en el barrio, que hasta entonces habitaban intelectuales de izquierda, artistas, hippies que fumaban marihuana. Así que

habíamos quemado en la chimenea kilos de libros y papeles, todo lo más comprometedor. En esos días de primavera, ya bastante calurosos, las chimeneas funcionaban día y noche, el cielo estaba denso de cenizas y esmog. Tensamente esperamos el día en que los militares hicieron una especie de *po-grom* en ese sector de la ciudad, que fue cercado al amanecer por las tropas y registrado casa por casa en busca de armas y «extremistas», sin que nadie pudiera salir de la suya durante veinticuatro horas. ¿Por qué no llegaron a la nuestra? O negligencia o falta de tiempo. Luego, en la medida en que la ciudad se «normalizaba», fuimos dejando de tomar precauciones. Muchos pensamos que habíamos salido indemnes, que si teníamos que irnos era porque no teníamos cómo ganarnos la vida ni con quiénes convivir; que la persecución, las redadas, la tortura y el exterminio continuaban, pero de un modo selectivo, muy selectivo. Pensábamos que no éramos gente de peligro —y en realidad directamente no lo éramos— y poco a poco volvimos a desocultar nuestros libros, volvimos a hablar sin muchas inhibiciones por teléfono, a reunirnos y a intentar lo que podíamos para denunciar los crímenes y el carácter cada vez más orgánicamente fascista del régimen.

Mi estado de ánimo era vulnerable. En las últimas semanas no solo se había extinguido —con toda la conflictividad que implica aquí el uso de esa palabra— el último resto de mi cariño por Eva, sino que además estaba resentido con ella, por esa conducción casi consciente del proceso de deterioro de nuestras relaciones. Lo estoy ahora, y posiblemente con mayor razón; como si el fracaso en cambiar nuestra sociedad se hubiera correspondido perfectamente, sincrónicamente, con el nuestro. La breve historia con Sara no condujo a nada, y porque *no podía* conducir a nada, me produjo una depresión peor que la que quise evitar al acercarme a ella. Estaba solo, todos los vínculos sentimentales estaban

rotos, todo trabajo normal imposibilitado; salía y regresaba decenas de veces únicamente para constatar el deterioro de ese hermoso lugar que había sido nuestra casa, para ver si Eva se había llevado algo más, para ver si habría llegado alguna carta, para esperar que alguien, algún sobreviviente, llamara por teléfono. Tenía muy poco que defender cuando llegaron.

No es que piense en todo esto; soy incapaz de reflexionar. Son visiones y sensaciones velocísimas que pasan por mí y se desvanecen, avasalladas por las siguientes. Soy incapaz de detener alguna, de pensar en ella. Todo intento de orden y de análisis de los actos que han formado mi vida en los últimos meses cede ante la fuerza de una sola obsesión: por qué me han detenido, qué quieren de mí.

El frío ha comenzado a producirme una sensación de enfermedad, de fiebre y desamparo físico. El culo me duele atrocemente. No hay una sola posición, cargando el peso hacia adelante o hacia atrás, con una asentadera o con la otra, que no haya ensayado; siento toda esa región glútea tumefacta, saturada de sufrimiento, y si por unos segundos logro levantarla algún centímetro, apoyándome con los bordes de las palmas sobre el extremo de la silla, esto, más que proporcionarme alivio, recrudece la sensibilidad. Y luego está la sensación de peso en los hombros, de hundimiento de la espalda por una carga indefinible. El ruido del agua acrecienta los efectos del frío y de la humedad. Sin embargo, los otros roncan todavía. ¿Hay alguno que permanezca despierto como yo, que ni siquiera he intentado abandonarme a algún tipo de descanso? Nunca he podido dormir sino en condiciones óptimas: silencio total, fin de toda actividad vecina. En cualquier viaje estoy condenado al insomnio. Mi conciencia desconfía de cualquier movimiento.

Pueden ser las dos o las cuatro de la madrugada. Curiosamente, en ningún momento he sentido hambre, ni siquiera



he advertido la falta de comida. Solo una vez, hace una media hora, reapareció un guarda, para dejarnos nuevamente solos. Mis tentativas de movimientos, sobre todo para defenderme del frío y el cansancio, adquieren cada vez mayor libertad. De pronto descubro que, refregándome la cara contra el hombro, puedo desplazar el antifaz hacia arriba y, si lo deseo, volverlo a su sitio. O las amarras se han aflojado o mis orejas ofrecen menos resistencia. Con muchas precauciones, primero observo el piso, mis pies. Es extraño ver mis pies desnudos, después de tantas horas, como cortados, en una franja de luz. Parecen muy pálidos, mortuorios. El piso es de cemento. Me aventuro progresivamente. Enfrente mío hay dos peldaños de concreto y, efectivamente, el comienzo de una puerta de hierro. En el suelo, a mi lado derecho, no hay nada, no están los pies de quien podría ser un guarda. Pero a la izquierda, en dos hileras hacia el fondo, están los pies de los demás. Me cuesta ver los de mi propia hilera, pero trato de contarlos. La luz es mortecina y solo estoy mirando entre los párpados. Alcanzo a contar al menos dieciséis pies. Viejos zapatos de trabajadores, ningún modelo especial, algunas botas. Solo mi vecino de la izquierda —nos separan no más de cincuenta centímetros— lleva unos zapatos de reno, de caña. ¿Cómo no había advertido su presencia tan próxima? Un poco más arriba el antifaz y mi visión es casi completa: mis compañeros aparecen de cuerpo entero, el recinto muestra su miserable secreto. Lo que más me impresiona es la naturaleza de los antifaces: son pedazos de una materia plástica esponjosa, de medio centímetro de espesor, de color blanco brillante, cortados irregularmente y que cubren generalmente las caras entre la nariz, la frente y las orejas, ceñidos mediante cordeles de diversas clases. Es la pobreza, la precariedad de este recurso lo que me llama la atención, lo que me recuerda el carácter también subdesarrollado de nuestro fascismo, y, luego, un juego de niños,

en que echábamos mano de cualquier cosa para vendarnos y después buscarnos en difíciles escondites. Pero el aspecto de mis compañeros me recuerda en realidad otra cosa: es la visión de alguna fotografía impresa con manchas de tinta en algún mal papel de algún viejo periódico popular. Mis compañeros parecen un grupo de fusilados. Solo les falta el disco con el corazón. Cabellos revueltos, a veces enterrados, ropas arrugadas, camisas salidas de los pantalones, cabezas caídas. Posiblemente es la luz, amarilla, distante, la que induce aún más esta impresión. Los que duermen —los mismos que roncan, tal vez— han inclinado las cabezas sobre un reborde del muro y bajo el antifaz solo muestran las bocas abiertas. Ningún color sanguíneo anima las pieles —lo que puede verse—, las manos atadas, las barbillas. Al fondo hay una puerta, posiblemente de fierro, clausurada, del ancho del calabozo. Hay alguien acostado en el suelo, contra ella. Es la única persona que se halla en esta situación: Todos los demás están atados a sillas semejantes a la mía. Sobre los muros, de color incierto, corren diversos tipos de cañerías descubiertas, en diferentes sentidos. No alcanzo a ver sino la mitad del cuerpo del que está sentado a mi izquierda, sus pantalones blancos. Las ropas de los demás tienen aspecto de viejo, ese color indefinido entre el gris y el marrón de la ropa popular. ¿Quiénes son? ¿Por qué están aquí? Sigo pensando que nos hallamos en una celda del Cuartel de Investigaciones y se me ocurre que algunos de ellos podrían ser delincuentes comunes. ¿Por qué no? No sería la primera vez que la policía crea este tipo de promiscuidad. El primero de la fila de enfrente es un viejo, bien podría ser un negociante del mercado persa. Mi visión es muy rápida, temo ser sorprendido en cualquier momento, y vuelvo la cabeza hacia el lado de donde proviene el ruido del agua, a mi derecha. Hay una grada para subir al urinario, que solo está oculto en parte por una plancha de metal. Es visible un pequeño

lavamanos y el piso mojado. Insisto aún en mirar la cara de mi vecino, para saber si se puede establecer alguna comunicación, pero comprendo que un desplazamiento mayor del antifaz puede producir la imposibilidad de volverlo a su sitio con la sola ayuda de los hombros.

Me someto otra vez a la ceguera. La visión de mis compañeros —quienes sean— me ha permitido una mínima ruptura del temor individual, de la soledad individual ante el destino próximo. Percibo ahora la existencia de una suerte común —por distintas que sean sus motivaciones— en manos de un opresor común. Pero, como ellos, no me atrevo a romper el silencio, a interrogarlos sobre esta suerte. Parece existir aquí una prohibición sobreentendida en este sentido. Sería fundamental saber qué motivos nos reúnen aquí, cuál puede ser el desarrollo de esta situación, que ni siquiera ha sido explicada como la espera de algo. Es una situación en sí. Hay en alguna parte una racionalidad que la ha determinado y cuyos designios, como los de Dios, son inescrutables.

La noche no avanza, pero sí el frío, el cansancio y el dolor. Y la incertidumbre. A veces he dejado caer la cabeza sobre el pecho, como buscando el curso de una oculta somnolencia, pero las imágenes, las interrogantes, los estremecimientos me traen una y otra vez a la superficie. La extraña vida con Eva desde que dejó su país y vino a vivir conmigo en esa casa. Después de las refacciones, las pinturas, las decoraciones, el progresivo descubrimiento de nuestra equivocación. Una equivocación cuyo desenlace ya habíamos decidido días antes del golpe, y que este no vino sino a postergar, bajo una falsa apariencia, siempre cumpliendo esa justa e inadvertida coincidencia del fracaso privado con el social. El odio al enemigo común nos hizo olvidar nuestras querellas y durante dos o tres meses incluso nos dejamos engañar por una cierta ternura de seres políticamente vencidos. Pero luego el caos político llegó hasta la última intimidad de las personas. La

extrañeza de vivir juntos, cuando todo ya estaba destruido, de pronto nos hizo sentir repulsión por todos aquellos elementos de cada cual que una vez nos habían atraído al punto de llevarnos a vencer todos los obstáculos geográficos que nos separaban. Observo de pronto que estoy pensando en Eva utilitariamente: si no le hubiera pedido que se fuera, si hubiera estado en casa, conmigo, tal vez no se habrían atrevido a actuar de ese modo, tal vez no me habrían detenido... Como sea, se impone una tendencia a atribuir lo sucedido a mi mala suerte. ¿Por qué tenía que estar en casa justamente cuando llegaron? Media hora antes o después el resultado habría sido diferente. O no habría llegado todavía, o ya habría salido. Entonces tendrían que haber forzado la puerta y esta advertencia me habría bastado para ocultarme. ¿O es que alguien dio aviso a la policía justamente cuando supo que yo estaba en casa? ¿Quién? Alguien tiene que haberme estado observando desde hace algún tiempo. Para cualquier vecino, mi vida tiene que haberse prestado a mil sospechas. Salía a las once de la mañana, volvía a cualquier hora, Eva llegaba o no llegaba, con su singular coche diplomático, yo escribía solitariamente a máquina durante toda la tarde, a veces llegaban media docena de amigos, de aspectos muy poco convencionales, a comer. Los vecinos, ¿no escuchaban nuestras conversaciones, a veces bastante apasionadas? Y el domingo último, cuando Sara tardaba más de una hora en llegar, desesperado de no escuchar sus pasos en la escalera, ¿no bajé a esperarla a la calle, paseándome, espiando su aparición, como un imbécil? Todo esto, tantos otros detalles de una vida «anormal», ¿no habrán parecido a alguien indicios suficientes de cierta actividad conspirativa?

Hay algunas señales de que amanece. El frío, que se ha intensificado. El gusto usado del cuerpo, en el paladar. Tiemblo, sin poder dominarme. El frío y la angustia van bien, sus efectos se complementan: la sensibilidad de la piel



se degrada hasta el punto de no reconocer otras referencias que frío-calor, y la personalidad se disgrega bajo la urgencia de una sola aspiración: ser uno mismo consistiría solamente en librarse del temor, en dormir en paz. Comienzan a llegar algunos rumores de lo que debe ser, allá lejos, la superficie de la tierra: explosión del motor de un vehículo que se pone en marcha, silbido de una sirena. Nuevamente, uno comienza a estar alerta, lo percibo en la respiración, en los movimientos de los demás. La posibilidad de una definición de nuestra suerte vuelve a plantearse. Los ronquidos cesan, poco a poco. Alguno se despierta y se lamenta de descubrirse aquí. Ahora se oyen ecos de una conversación en el exterior y pasos que se aproximan. La puerta se abre, alguien entra y se para enfrente mío. Levanto la cabeza hacia él, instintivamente.

—¡Estás mirando, vos!

Al mismo tiempo que dice eso recibo un golpe en la cabeza. Ha sido dado por un instrumento aparentemente formado por un mazo de tablillas, como un metro plegado. La cabeza me queda zumbando. La voz se dirige a los otros:

—Y... ¿durmieron bien, pelotudos? ¿Tienen alguna queja?

Es inequívocamente la voz de un argentino o de un uruguayo, muy joven. Hay algunos vagos murmullos. Se renuevan, respetuosamente, las peticiones de orinar y tomar agua.

—La gran puta. ¿Me han tomado por una enfermera, che?

—Señor —es alguien que debe tener alguna experiencia policial—, mientras dormía se me han desatado las amarras de una mano.

—Vos sos un vivo, che.

Se oye el golpe del mismo instrumento contra su cabeza, luego el frisamiento de las amarras. Solo después de un buen tiempo el tipo se da la pena de desatar a los más necesitados

y de conducirlos, uno a uno, al urinario. Son largas meadas, vigorosas, que llegan a romper la monotonía del ruido del chorro del agua. Pero también defecaciones expulsadas con vigorosos vientos, cuyos olores pútridos se expanden por todo el recinto. El tipo los putea. Algunos se excusan, muy humildemente. Por último examina las ataduras de mis manos y pies y se marcha. Se han hecho más intensos los ruidos lejanos, de pasos, de vehículos, de bocinazos. Tengo un gusto viciado en la boca, gusto de orín, de secreciones bronquiales, de residuos químicos acumulados por la fatiga. Una voz gruesa riñe afuera:

—¡Conchas de su madre! ¡Por qué nadie hace guardia! ¡Cualquier día nos van a volar el culo con dinamita! ¡A ustedes, huevones, les va a tocar guardia doble!

Agitados pasos resuenan sobre nuestras cabezas, algunas puertas se cierran violentamente. Hay órdenes que se retransmiten, y entre todo ello se intercala, incoherentemente, la música de una radio. Alguien abre nuestra puerta otra vez, examina nuestros antifaces y nuestras amarras, se marcha. Luego, entran y salen otros, intermitentemente.

Sin duda va a haber un interrogatorio. Por lo que he oído decir, los interrogatorios se efectúan en las mañanas. No tengo claro cuál será mi conducta en el caso de que hayan encontrado copias de mis artículos, por mucho que he tratado de buscar alguna justificación convincente durante toda la noche. Las posibilidades son: o confesar que soy su autor, o atribuir su redacción a alguien que esté a salvo, fuera del país. En el primer caso, la tortura, o al menos una fuerte paliza, me parecen inevitables; en el segundo, no logro dar con el nombre de nadie cuya paternidad intelectual pueda parecer verosímil. El artículo principal hace alusión a situaciones que acaban de producirse y no podría haber sido escrito por un extranjero ni por alguien que haya quitado el país hace más de cinco días. No puede haber sido

escrito por alguien asilado en las embajadas, pues en parte se refiere a la vida cotidiana en la ciudad, simultánea a la represión, hace alusiones a encuestas en los mercados, en las poblaciones. Decir que desconozco a su autor, que me llegó por correo o algo semejante, son recursos que solo extremarían la desconfianza y la compulsión para arrancarme la verdad. El tiempo pasa y solo imagino explicaciones desatinadas complicadísimas. Declarar, por ejemplo, que su autor es un periodista norteamericano que partió hace tres días, que tan solo lo traduje. ¿Lo traduje para qué? Es tan grave como declararse su autor. Declarar que fue escrito por Eva, inmune por su condición diplomática, a quien no podrían interrogar, sería asumir de todos modos alguna complicidad y lo mismo sería castigado, tendría que aceptar el castigo que no podrían aplicarle a ella. No veo ninguna solución. Estoy muy fatigado, el miedo vuelve a dominarme, mi cabeza funciona muy mal. De pronto me parece que lo mejor será afrontar mi responsabilidad. Habrán de golpearme, casi con seguridad, y después me procesarán ante un consejo de guerra por traición a la patria o alguna imbecilidad semejante, y entretanto se habrán movido Eva y los amigos, se habrá hecho algún pequeño escándalo internacional, y la condena no será muy severa o consistirá en el destierro, tan deseable. Además, mi condición de escritor y mi falta de antecedentes políticos pueden serme favorables. No veo otra solución, no se me ocurre nada mejor, experimento ahora un cierto descanso. En cuanto a las otras cosas que les han parecido sospechosas, me tienen sin cuidado, son tan fáciles de explicar. Lo de las farras con Miguel Enríquez me parece una tontera en la que no querrán insistir. Estoy dispuesto para el interrogatorio. No les daré gran trabajo.

El tiempo vuelve a transcurrir sin novedades. Restregamos los pies contra el suelo, nos refregamos contra las sillas. Cualquier ruido externo nos hace sobresaltar. La inquietud

es fuertemente perceptible, pese a la ceguera. De algún modo, se siente que la mañana avanza. De pronto, la imagen de una taza de café se impone en mi memoria como una exigencia biológica. Creo, incluso, percibir el aroma. Mi saliva fluye y tiene un viejo gusto de aguas servidas.

La puerta vuelve a abrirse. Alguien permanece en su umbral durante unos segundos.

—¡Valdés! —dice.

Hago un ademán de incorporarme, olvidando que estoy atado. El tipo se aproxima, se asegura de que mi antifaz esté firme, me desliga manos y pies de la silla y me ata las manos por delante, palma contra palma.

—Andando.

Avanzo con mucha inseguridad. Ya sé que hay dos peldaños a la salida, pero más allá todo es incógnito y peligroso.

—A la derecha, huevón.

Voy palpando el piso, la cabeza gacha, luchando con la contradicción que se establece entre mi tensión y la necesidad de mantener los músculos flojos, en caso de cualquier accidente. El tipo me da un empujón.

—Levanta las patas.

Mido la altura del obstáculo, es un peldaño, otros más, no puedo saber hasta dónde, en qué dirección.

—Apúrate, huevón.

El tipo me ha cogido de la blusa, por detrás, y me orienta bruscamente. La escalera gira.

—Cuidado con la cabeza, huevón.

Pero ya me he golpeado contra el cráneo, como al salir de una trampa. Luego, pierdo la cuenta de los cambios de dirección. Hay nuevos peldaños que suben y bajan. Transponemos dos o tres puertas. Mi temor fundamental es caer a un pozo. Entramos a un espacio que me parece amplio. Advierto un cambio de aire. Han desaparecido el olor de orines, la humedad.

—Siéntate, huevón.

Es una silla con brazos y respaldo. El tipo se aleja, y por un momento tengo la sensación de hallarme ante un gran escritorio o tribuna, lleno de acusadores que me observan en silencio. Hay algo de metafísico o sobrenatural en las circunstancias de esta comparecencia, y yo me siento muy solo y pequeño, puro objeto de culpa. Pasan diez minutos, quizá. Tengo cada vez más miedo. Las eventuales respuestas que había estado preparando toda la noche comienzan a diluirse, a confundirse. Muy sigilosamente, alguien se aproxima. Frente a mi oído izquierdo empieza a originarse un ruido extraño, que al principio no llego a comprender, y que solo en la medida de su repetición monótona y cada vez más acentuada va conformando en mí una imagen. Es el ruido correspondiente a un gancho filudo o a una garra metálica que va desgarrando o rasguñando una superficie de badana, algo que ofrece alguna resistencia, una pelota de cuero tal vez. Son perfectamente perceptibles las heridas que ese instrumento va produciendo en la supuesta superficie tensa y mórbida. Pero mi piel lo ha descubierto antes que mi imaginación. Siento los vellos erizados, los poros contraídos, un frío desconocido. Me parece que mi sexo se encoge por este frío, hasta desaparecer. Al fin el ruido se interrumpe, pero al instante se produce otro en mi oído derecho, ahora mucho más simple, de inmediato reconocible. A veces es como el golpe de unas varillas metálicas contra la palma de la mano, a veces como el golpe de una porra de caucho. Estoy advertido. Vuelvo a quedar solo con mi conciencia.

Percibo que se aproxima un nuevo personaje. Las pisadas son distintas, firmes, autoritarias. La voz también revelará en él una alta estatura, una fuerte caja torácica, hábitos de autoridad. Adivino de inmediato que es un uniformado, que está calzado con botas, que es un militar.

—Párate, huevón —me ordena alguno de los otros.

Advierto que el tipo se pasea a mi alrededor, observándome.

—Así que Miguel Enríquez estuvo en tu casa, huevón.

Su modulación es casi teatral. Niego y protesto con un suspiro de impaciencia y con un movimiento de mi cuerpo que pretende expresar lo descabellado de esa afirmación. Y antes que insista en esa acusación, creyendo con esto desvirtuar todo malentendido, con la máxima dignidad posible en esas condiciones, agrego precipitadamente:

—Señor, yo soy escritor. Soy una persona conocida, dentro y fuera del país. Mis actividades son muy claras. Aquí hay un malentendido.

Antes de que alcance a terminar, su vozarrón estalla frente a mí con una indignación iracunda:

—¡Yo no te he preguntado, huevón, si eres escritor o qué mierda! ¡Te estoy preguntando por Enríquez!

Dos o tres más se han aproximado y me rodean amenazantes.

—¿Dónde está Enríquez?

—No lo conozco.

—¿Y cómo es esto que declaraste ayer que estuvo en tu casa?

Niego violentamente y como respuesta me llega un golpe en los riñones, que no siento como dolor, sino como una especie de chispazo azul en esa zona.

—¿No me dijiste ayer, huevón, que erai del MIR?

Descubro que es la voz del tipo que me interrogó ayer, en casa.

—Dije que soy de izquierda, que voté por la UP.

—¡Qué me importa a mí, huevón, por quién hayas votado! ¡Suelta dónde está Enríquez!

Me quedo en silencio. Siento una total impotencia.

—Ya, te jodiste, huevón —dice con un tono de paciencia agotada. Y dirigiéndose a algún otro, cuya respiración siento

en la cara—: Llévatelo p'arriba. Si se te va cortao, peor pa' él. Te jodiste, huevón.

El aludido me coge de la manga y quiere arrastrarme con avidez, como a una buena presa. Está claro que es un viaje sin retorno seguro. Las advertencias y las alusiones no dejan la menor duda sobre la suerte que se sufre allá arriba: los golpes, los desgarramientos, la tortura eléctrica. No tengo la menor experiencia de todo esto que no sea referida o puramente literaria, y ello no tiene ahora la menor utilidad. El terror me propone cualquier recurso dilatorio.

—¿Es que no pueden preguntarme normalmente sobre lo que yo sé, sobre lo que yo he hecho? No tengo nada que ocultar.

Mi voz debe sonar patética. El presunto militar, que ya partía, se aproxima. Su voz refleja un gran tedio de perder el tiempo conmigo, de concederme esta oportunidad. Pregunta sin énfasis y yo debo decirle cualquier cosa interesante para salvarme de ser llevado «arriba».

—¿Y qué es lo que vos sabís, huevón? ¿Dónde está Enríquez?

—Nunca he visto a Enríquez —protesto, ya exasperado—. Los únicos políticos que he conocido eran compañeros de trabajo.

—¿Dónde trabajái vos?

—En el Instituto X.

—¿Quiénes son?

Doy los nombres de quienes ya han salido al extranjero y del director, lo que no tiene nada de secreto.

—¿Y dónde están ahora?

—Cesantes.

—¿Cómo cesantes?

—El instituto fue clausurado.

Por un segundo parece satisfecho y yo respiro.

De pronto me llega un golpe en la mandíbula, y nuevamente el dolor parece algo ficticio, un puro estallido eléctrico, silencio, como si el miedo me mantuviera aislado de las sensaciones físicas.

—Tai mintiendo, huevón.

Me zarandean, me llueven golpes de todas partes.

—Y este libro en clave. ¿Te estái haciendo el tonto? Ya, llévate a cantar arriba.

—El libro es de Eva —grito, jadeando—. Está escrito en su idioma.

—Vai a descifrarlo al tiro, huevón, o te capamos.

Protesto que no entiendo su idioma, pero no hay caso. Un tipo me coge por detrás los testículos, presionándolos. Me quitarán el antifaz y deberé mirar exclusivamente las letras. Cualquiera desviación de los ojos y se acabó, los testículos están tirantes.

Por primera vez comprendo el sentido de sentirse deslumbrado. Todo es blanco, inaprensiblemente blanco, en un principio. No miro hacia el frente —me tienen la cabeza sujeta hacia abajo—, pero tengo la impresión de hallarme ante amplios ventanales que dan hacia un cielo muy abierto. Quizás esto es completamente falso, quizá no estoy sino bajo un tubo fluorescente. Luego, entre el resplandor, reconozco la letra de Eva. No puedo leer lo escrito, pero sé perfectamente lo que dice. Vuelvo a explicar lo que he contado ayer sobre este cuaderno. Me obligan a leer detenidamente las palabras GAP, que está dentro de un recuadro, MIR, FACH, etc. Al más leve movimiento de mi cabeza dan tirones de los testículos. Vuelven a ponerme el antifaz.

—¿Quién es Eva?

—Es mi compañera. Es diplomática.

—¡Te creís que estái en una reunión de la UP, culiao! Qué es eso de compañera, de diplomática.

—Es mi novia. Es diplomática de la embajada de K.

Contra todas mis expectativas de que esta revelación los conduciría a actuar con mayor prudencia, los golpes arrecian, me insultan, quieren saber más. En frases entrecortadas, jadeando, cuento que está encargada de atender las necesidades sanitarias de los asilados de la embajada.

—¡Así que con esa puta te hai metío! ¡Traidor de mierda! Piden sus datos personales, la dirección de la embajada, su teléfono.

—¿Y esta carta, huevón? ¿De qué libro habla, qué es esto de que va a caer Nixon?

Recuerdo que es la carta de un amigo norteamericano, que me cuenta que está traduciendo una novela mía al inglés, y que al final me expresa su satisfacción por la caída inminente de Nixon. Lo explico. De pronto me doy cuenta de que el terror me ha hecho olvidar el terror fundamental: que hubieran descubierto mis artículos. En alguna región muy distante, entre las dudas, siento un cierto alivio.

—¿De qué trata tu novela?

La pregunta me desconcierta más que cualquier otra. Mi memoria queda bloqueada, en blanco. Cada vez que alguien, antes, me ha hecho una pregunta semejante, también me he sentido incapaz de responder, pero era otra cosa. Ahora tengo que hablar, los alientos están encima de mi cara, los puños están impacientes. No hay ningún argumento, es una novela de situaciones. Reduzco lo que me parecía un drama existencial a una aventura para gusto de domésticas. Quizá no era más que eso. Me siento miserable. Hay unos segundos de silencio. Alguien, luego, me empuja y me reconduce. De nuevo la superficie del piso, el espacio, inciertos. Las escaleras que ahora bajan, siempre en distintas direcciones, la angustia de llegar a caer en cualquier momento. Con verdadero alivio con la sensación del reencuentro de un sitio familiar, escucho aproximarse el ruido del chorro de agua. Una vez adentro vuelven a atarme a la silla. Recién entonces

todo el miedo se desinhibe, mi corazón comienza a dar saltos, mi respiración se hace entrecortada y acezante. Quisiera que los otros, si aún están allí, me dijeran algo, quisiera oír cualquier palabra de un semejante.

Ha entrado alguien. Un aliento repulsivo de alcohol y de tabaco viscerales fluye frente a mi cara. Es como la voz sanguinaria de un ebrio:

—Te las vai a arreglar conmigo, concha'e tu maire, si no hai dicho la verdá. Te voy a hacer pebre.

Me quedo mudo, el tipo desaparece. Se me estremecen los hombros, las rodillas. La mandíbula me tiembla. Siento una soledad carnal, absoluta.

—¿Qué hay, pibe? ¿Tenés miedo?

La voz del argentino o uruguayo suena entre compasiva y jocosa.

—Tengo frío —digo en un susurro, sin poder controlar mis temblores.

El tipo me pone su vestón sobre los hombros y me siento emocionado casi hasta las lágrimas. El peso del vestón parece protegerme de un mundo que ha sido conquistado por el odio y el hielo. Recobro alguna capacidad de reflexión. ¿Qué va a pasar ahora? Llamarán a Eva, sin duda. Si no se encuentra en su oficina y si quien llama no se identifica, es muy posible que por prudencia nieguen su pertenencia a la embajada. Yo quedaría como un mentiroso, todo volvería a empezar. ¿Harán un nuevo registro de la casa? ¿No lo están haciendo, quizás, en estos mismos momentos? ¿Comprenderán que pueden obtener de mí informaciones importantes del Instituto X, de las actividades de Eva y la embajada? Me sorprende que no llamen a mis compañeros al interrogatorio, cuya presencia percibo. Quizás han sido llevados simultáneamente conmigo, a otros interrogadores.

El ruido de vehículos es constante allá afuera, lejos. Los pasos sobre nuestras cabezas no cesan jamás. Nuestro destino



vuelve a interrumpirse, transcurren aún dos o tres horas. La incógnita de si Eva habrá advertido o no mi detención me atormenta. ¿Dónde se ha ido a vivir, qué hace a esta hora? Las puertas son abiertas de par en par. Hay muchos ruidos de pasos dentro del calabozo, muchas voces. Somos desatados de las sillas bruscamente, al parecer todos al mismo tiempo. Me amarran otra vez de las muñecas, por delante. Están armados. Picaneándonos en las costillas con los cañones nos hacen salir. Como un rebaño ciego tropezamos unos con otros, ignorantes de la dirección que debemos tomar. Los cañones nos orientan, sin sutilezas. Damos muchos rodeos, subimos pocas gradas esta vez. Sospecho que se nos quiere crear la impresión de que nos hallamos en un laberinto, en las mazmorras de alguna fortaleza medieval. Llegamos, al fin, a un espacio donde el aire es respirable. Nos han ordenado en fila, de frente, codo contra codo. ¿Quizá se trataba de identificarnos, de ficharnos, y ahora nos van a dejar libres? Por detrás, alguien me empuja la cabeza brutalmente hacia abajo. Mi frente choca contra un muro como de ladrillos. Simultáneamente oigo los topones de las frentes de mis compañeros contra la misma superficie. Mi cerebro queda flotando en un ámbito de niebla, siento calor en la frente, debo estar sangrando. Los guardas se pasean a nuestras espaldas, murmuran. Entonces sentimos el ruido metálico, inequívoco de la preparación de las armas. Vamos a morir así, tan estúpidamente. Los casos de fusilamientos absurdos y gratuitos son cosa trivial en los últimos meses, y ninguno de nosotros parece escandalizarse o rebelarse. Nadie dice nada. Curiosamente, el miedo desaparece, estoy finalmente ante una certidumbre, recobro mi lucidez. Debo contar con muy poco tiempo y tengo que reordenarlo todo en mi cabeza. ¿Es en mi cabeza? Considerar mi vida como un todo, como una obra acabada. Todo se resitúa, en un tremendo desorden de carreras; las personas, los actos, se entrechocan, se empujan,

cada cual quiere estar en su sitio, en una posición privilegiada. Hay sorpresas desconcertantes; hechos mínimos, momentos olvidados, rostros desvanecidos, que se afirman en posiciones sólidas. Todo lo fútil, casi todo el presente, se desmorona. Rostros subyugantes y todas sus connotaciones, valores indiscutibles, se alejan con un aire asustadísimo, de fantasmas. Hasta ayer mi vida era un proyecto, yo creía que lo más importante estaba por hacer. Recién comenzaba a sentirme preparado para empezarla en serio. Ahora es un hecho consumado, no hay nada que añadir. Todo está allí, en esas imágenes. Dos, tres imágenes.

A nuestras espaldas, los asesinos se permiten iniciar una pequeña disputa, no sin humor.

—Déjame este gordo a mí, huevón.

—Este viejo está rico.

—No, huevón, este huevón es puro hueso, déjame el gordo.

Alguien me quita el vestón, que aún llevaba puesto. Me palpan las piernas por detrás de las rodillas.

—¿Estás nervioso, che? Dejá, va a ser rápido.

Imagino el impacto en la espalda, el agujero. Ni siquiera concibo la posibilidad de dolor, debe ser efectivamente muy rápido. Los tipos parecen retroceder a sus posiciones. Los segundos pasan aún. Y lo peor es que a mi imaginación no acude nadie de quien despedirme. Nadie que se haga cómplice de esta despedida. Nadie que sepa, que me corresponda. Esto me produce la más lacerante tristeza. Eva, no, no me sirve. No tengo nada que decirle. Debo acudir a las otras imágenes, que creía tan viejas, tan muertas. Están aquí, radiantes, limpias de todas las deformaciones que debieron imponer los malentendidos, el rencor, la naturaleza, por algún tipo de conveniencias emocionales. Pero esos rostros, en la vida real, no saben que se presentan a mí con semejanza de belleza, ignoran que me dicen adiós.

Una ráfaga de disparos percute en la habitación.

Pienso que las balas, a tal velocidad, no producen dolor, que el cuerpo debe insensibilizarse en el momento de la muerte. Pienso que estoy herido y que estas son las últimas expresiones de mi conciencia antes de desvanecerme. Pero el lapso se hace demasiado largo, sigo de pie, comienzo a desconfiar de mi muerte. No he sentido el menor gemido, la caída de ningún cuerpo. A nuestras espaldas estalla una carcajada general. Termino por entender. Nos empujan de nuevo con los cañones. No siento nada, he perdido toda conciencia de mi cuerpo. Se suceden las bromas y las risas, pero no distingo las palabras. El odio es la primera reacción que percibo, una especie de odio químico, mensaje de la sangre. Enfrente nuestro se abre lo que parece ser una cortina metálica. Al traspasarla me abrasa una onda de calor, como si avanzara hacia la puerta abierta de un horno de fundición. ¿Es un incinerador, van a echarnos ahí? ¿O es simplemente el sol?

—Suban, huevones.

No sé a dónde debo subir. Busco con el pie inútilmente algún peldaño. Recibo un puntapié en el culo, pero muy distanciamiento, como si hubiera sido dado en un cuerpo que ya no me pertenece.

—Sube, huevón.

No hay nada. No tengo noción de mis piernas. El peso y las proporciones de mi cuerpo son inmensurables. Es como estar constituido de una materia semejante al algodón prensado. De este modo, me es indiferente cuando me empujan rodando, como un fardo, al interior de una trampa metálica.

Instintivamente me acomodo, la espalda contra un muro, acuclillado. Siento los miembros de quienes deben ser mis compañeros, alguno cae con todo su peso sobre mí. Las puertas se cierran, los cerrojos son echados. Luego, un

motor se pone en marcha y comprendo que estamos dentro de un camión. Apenas avanzamos unos metros y ya se oyen nítidamente conversaciones triviales, gente que pasa, que va de compras, que recibe el sol aquí, a unos centímetros, y que ignora la composición de este cargamento. Todo el rumor de la ciudad nos rodea: una ciudad que pretende, en buena parte, seguir viviendo en la inocencia.

¿Adónde nos llevan? Hemos rodado unos sobre otros y el argentino nos acomoda, haciendo bromas que parecen ser ingeniosas. Se pone a hablar con otro guarda, de chicas, de cualquier trivialidad. ¿Van a soltarnos en alguna parte, ha sido consumado ya nuestro castigo? Si me sueltan está claro que telefonaré de inmediato a Eva para que me lleve a un refugio de la embajada.

Intento llevar la cuenta del tiempo. Por supuesto, si van a soltarnos no lo harán en el centro de la ciudad, sino en algún suburbio. En este caso, el viaje puede tardar quince o veinte minutos. Hay mucho tráfico y vamos lentamente. Los guardas ponen en funcionamiento el transistor. Cuando se cumple más o menos ese tiempo hay un conflicto entre la esperanza y el pesimismo. Nadie se atreve a hacer preguntas. Vamos tomando mayor velocidad. La esperanza quiere permanecer allí, en un rinconcito. El pesimismo no quiere imponerse del todo. Se produce una neutralidad del ánimo. Y la sensibilidad se despierta. Me doy cuenta de que todo mi cuerpo es puro dolor. Cada salto del camión me hace gemir. Siento los huesos del culo totalmente triturados, las nalgas y la espalda molidas. Debe haber transcurrido ya una media hora; el pesimismo, de malas ganas, vuelve a ocupar su lugar. Comienza a ser claro que nos conducen a algún campo de prisioneros, alguno de los tantos que llenan el país. Imagino que vamos a San Felipe, al norte de Santiago, cerca de la cordillera, donde hay un regimiento y está preso un amigo mío. Pero ni siquiera distingo claramente de qué lado del

camión avanzamos, ignoro si el techo está descubierto o no, la ceguera sigue siendo absoluta.

A menudo rodamos unos sobre otros, pues el piso metálico es sumamente resbaloso. Con las manos atadas es muy difícil mantenerse en el sitio. Los guardas nos reordenan a puntapiés. Las suposiciones sobre nuestro destino se tornan cada vez más descabelladas. Aproximadamente a las dos horas de viaje el camión comienza a ascender. Sin duda estamos adentrándonos en la cordillera. ¿Pero en cuál? ¿En la de los Andes o en la de la Costa? A veces el camión se detiene. De pronto se me ocurre que es un camión de tolva y que mecánicamente vamos a ser volteados en un precipicio. Puede suceder cualquier cosa. Son dueños de hacer con nosotros lo que les dé la gana. Ascendemos aún, dando vueltas, seguramente rodeando un cerro. El camino ya no es pavimentado, hace un buen rato. Los saltos y los desplazamientos de la carga se hacen cada vez más violentos. Nos detenemos. El chófer y sus acompañantes se saludan con quienes deben ser los vigilantes de algún recinto militar, las voces son inconfundibles. Traen mensajes, al parecer encargos de compras en la ciudad. Se oyen mugidos de vacas. El aire parece frío. Me hago la idea un tanto idílica de mi condición de prisionero en este lugar: trabajos forzados, quizá talando bosques, limpiando establos, respirando un aire sano, disciplina militar. Pero el camión vuelve a partir. Solo después de unos quince minutos más de viaje llegamos a lo que parece ser nuestro destino final.

Nos hacen saltar a tierra y caemos unos sobre otros. Nos ponen en orden y nos hacen avanzar, al parecer en fila. Nos hacen entrar en algo, hay un peldaño que cruje. Es una construcción muy inestable, de madera, que al comienzo tomo por una vieja embarcación. Pasan lista, por primera vez escucho nuestras voces. Han cerrado la puerta, pero ignoramos si estamos solos o no. Desconfiados, tanteando, nos echamos

en el piso de tablas. Tratamos de acomodarnos, midiendo con las manos atadas el espacio. Casi simultáneamente nos descubrimos haciendo lo mismo: levantando nuestros antífaces, mirándonos. Pese a la poca claridad —debe ser un atardecer avanzado—, qué extrañas apariencias nos descubrimos los unos a los otros. El aspecto de ellos es lamentable y el mío debe ser idéntico: demacrados, barbudos, camisas desencajadas, ropas sucias y arrugadas. Nos contamos: somos nueve, de todas las edades. El menor debe tener veinte años, el mayor cerca de setenta. Estamos en una pequeña cabaña de tablas ligeras, clavadas, superpuestas, con fallas y rendijas que dejan pasar el viento. Hay una subdivisión al centro. El lado donde nos han dejado debe tener unos 2 x 2,5 metros. Hay una ventana que está clausurada por una lámina acanalada de zinc, dejando en lo alto una pequeña ranura para que entre el aire. Se aproximan pasos y volvemos a cubrirnos. La puerta se abre de un golpe. Es la voz económica, cortante, de un militar:

—Ustedes son prisioneros de guerra. Al menor intento de fuga, aquí disparamos al cuerpo. Nada de advertencias, nada de balas al aire.

Hay un intento general de hacer preguntas. El tipo prosigue, sin dejar lugar:

—Otra cosa: este lugar es secreto. Si alguno descubre dónde nos hallamos, es mejor que lo olvide.

Un portazo.

Después de un rato volvemos a mirarnos, atónitos. Nadie parece comprender. Atropelladamente, en voz muy baja, comenzamos a narrarnos cada caso, las circunstancias de nuestras detenciones, buscando la explicación común de nuestra suerte. Nadie sabe exactamente por qué ha sido detenido. Cada cual tiene sus suposiciones, sus sospechas, pero nadie se considera sorprendido en ningún delito.

Vuelve a abrirse la puerta. Es otra voz, más joven:



—Por llegar tarde, huevones, se quedaron sin comida. A lo mejor encuentro por ahí unos pedazos de pan.

—Señor —es la voz del más viejo.

—Nada de señor, huevón. Aquí somos «mi soldado», «mi sargento», «mi oficial», o lo que mierda sea.

—Mi sargento —se aventura el viejo.

—Mi soldado, huevón.

—Mi soldado, estoy que me reviento, quisiera orinar.

Otro portazo. Intentamos descubrir el exterior por las rendijas. Apenas alcanzamos a distinguir, a los lados, pegadas casi a la nuestra, lo que parecen ser otras cabañas, y al frente una alta empalizada de tablones, y, más allá, algo a la derecha, un cerro. Entre la empalizada y la cabaña hay un patio de tierra. Al rato abren de nuevo y alguien trae un tarro para orinar y nos distribuye pedazos de pan viejo. Antes de que salga, el anciano, con su voz respetuosa y cascada, vuelve a aventurarse:

—Mi soldado, ¿no sería posible conseguirse alguna manta? Yo sufro de asma, y...

El portazo. El viejo continúa para nosotros el relato de sus enfermedades. Mascamos el pan. Un manjar de esos de la infancia, delicioso. El viejo no para de hablar y mea, largamente. Los efluvios del orín llenan la cabaña. Doy algunos pasos, reconociendo mis músculos. Sensación de torpeza, me siento como una vieja máquina oxidada. Busco los intersticios más amplios de las tablas para respirar. Es totalmente de noche. El viejo propone que durmamos abrazados, será la única manera de darnos algún calor. Todos orinan, el tarro se desborda. Buscamos el rincón con menos viento y nos apretamos unos contra otros. Quedo protegido por el «Gordo», un tipo simpático, de unos treinta años. Su gran vientre me cubre los riñones. Suspiro, un poco reconfortado por esta proximidad humana, por esta nueva y primitiva sensación de solidaridad. Pero el viejo, el «Gordo» y algún otro

comienzan prontamente a roncar de un modo cavernario. Estoy demasiado cansado y adolorido como para percibir alguna imagen de mi vida. Mis sensaciones están embrutecidas. El terror continúa allí, subyacente, listo para expandirse. El interrogatorio, los golpes, los disparos se reproducen una y mil veces en mis oídos. Trato de cambiar de postura, pese a que estamos encajados unos en otros. Sé que no podré dormir esta segunda noche. Solamente el frío en mis pies desnudos lo impediría. Con los ojos cerrados, apretados, con las manos atadas ocultas entre las piernas, con los pies buscando el ilusorio calor de los otros, con el estómago contraído, tragando saliva, dejo que transcurra, paso a paso, la noche.

---

14 DE FEBRERO, JUEVES

Después de un cierto límite, más allá de las manifestaciones normales y comunes, el frío se expresa puramente como dolor, dolor óseo, muy interior. Manuel, el campesino, me presta un delgado saco de harina (que siempre en Chile los campesinos llevan consigo, porque además de su uso intrínseco como saco lo usan a modo de falda o taparrabos en las faenas agrícolas), y con él me envuelvo los pies. Es un mínimo alivio. Pero el sueño es inalcanzable. El viento, la niebla del comienzo del amanecer, transitan aquí dentro tan libremente como en el resto de la tierra. Afuera se oyen voces, carreras, gritos agudos de aves.

Abren súbitamente la puerta de una patada; gritan hacia el interior:

—¡Afuera todos, huevones, en tres tiempos! Y van dos... dos y medio...

En cosa de tres segundos estamos todos en el exterior, no sabemos cómo. Algunos recién comienzan a despertarse, después de haber saltado. Es completamente de noche todavía, el cielo está pleno de grandes estrellas, perfectamente separadas, nítidas y a ras de tierra hay grandes jirones de niebla. El frío es bestial. Tenemos un aspecto miserable. Por supuesto, nuestros antifaces o se han caído o están completamente desplazados.

—¿Y por qué tienen puestas esas huevás?

Nos los quitamos del todo. Nos hacen formar, de frente. Nos cortan las amarras de las manos.

—A ver, huevones, un paso adelante los que hayan hecho el servicio.

Nos miramos unos a otros. Solo uno de nosotros se adelanta. Es un individuo pequeño y muy delgado, amarillento, pero de expresión vivaz. El soldado se queda mirándonos al resto, con una repugnancia algo afectada, como a la última miseria humana.

—¿Y ustedes, vagos de mierda, fueron a la escuela de guerrilleros?

Cada cual pone una cara desolada, de haber sido víctima de alguna fatalidad, las excusas recorren la fila: pies planos, miopía, problemas cardíacos, familiares... El soldado acaricia el acero negro de su fusil automático y nos mira unos segundos, moviendo la cabeza, sin dejar terminar a ninguno. Si no fuera por el fusil y el casco de acero, que lo cubre hasta las cejas, y las fuertes botas, no sería sino un típico campesino chileno: mestizo, piel aceitunada, ojos pequeños, grandes dientes. No debe tener más de veinte años; juraría que conozco sus héroes: el Colo Colo, las teleseries mexicanas, los cómics.

—¡Numerarse!

El que ha hecho el servicio, encabezando la hilera grita «uno» con una excéntrica voz de macho, seca, cortante, casi una detonación, y el resto le imitamos lo mejor posible, pese al sueño y la debilidad. El cielo ha comenzado a aclararse.

—Aquí van a aprender a hacer una vida sana, huevones. Nada de farras, nada de drogas ni de whisky, nada de levantarse al mediodía, se les acabaron los tres años... ¿Quiénes no pueden hacer gimnasia?

Levantamos la mano el viejo y alguien más. Nos hace girar a la derecha o a la izquierda.

—¡Al trote, mar...!

Y la fila se pone en movimiento por el patio de tierra, entre una hilera de cabañas miserables y las altas empalizadas de maderos. Al principio parece violento someter las articulaciones anquilosadas y los músculos tumefactos a ese ejercicio. Pero justamente esa violencia permite que el dolor se produzca de una sola vez. Luego, el monótono ritmo trifásico, que va marcando el soldado con su voz, introduce en un estado de liberación física y de hipnosis. Los pasos se alargan, nuestra fila va formando una elipsis en el patio, el tercer paso, al caer, debe hacer sonar la tierra. Imito lo que va haciendo el que trota delante mío, apenas comprendo lo que grita el soldado:

—Manos a la nuca... lanzar las piernas adelante... pisando con las puntas de los pies... un... dos... tres...

En esa posición puedo mirar la Vía Láctea, cuya proximidad y profundidad en la atmósfera fría, negro-azulada, hace posible la sensación de viajar a una tremenda y silenciosa velocidad por el espacio. La respiración esforzada, las piernas lanzándose al aire, de pronto me hacen sentirme libre y feliz. Posiblemente es la fatiga, el largo insomnio, el hambre, lo que me produce un estado de mínima gravedad, un trance alucinatorio. Veo una luz rosa en las copas de un bosque de eucaliptos. Estoy bajando en la mañana por el camino de Pirque, en la montaña, por el borde del cajón del río, ensordecido por su ruido y el de las abejas y cigarras, extasiado por la pureza del aire y la virginidad de ese sol y ese paisaje; voy a pasos rápidos, por el declive, vengo de casa de Sara; fue una noche sentimentalmente conflictiva, pero la felicidad de bajar por este camino...

—Manos en la cintura... golpeando las nalgas con los talones... un, dos, tres...

Es casi imposible, marchando por ese paisaje, concebir lo que ha sucedido en el país: un paisaje que a fuerza de virginidad y pureza parece hallarse fuera de la historia; así,

marchar de vuelta a la ciudad crea la impresión de un alucinante viaje regresivo (¿o progresivo?) a través del tiempo.

Los *blue jeans* —aparte de mi vida sedentaria en el último tiempo— me impiden tal flexibilidad. Comienzo a jadear. El cielo se azula enteramente, pero el sol no aparece todavía. Venus persiste en su lugar.

Cúmulos vegetales formados por los suspiros sobre los muros, puro ruido de aguas y de insectos, olores de amargamenta y de miel, y el cielo sin ningún sedimento humano: por los aberrantes cambios de la vida humana.

—¡Vagos de mierda, al trote! Al baño, sin mirar a los otros.

En efecto, por la entrada interior de la empalizada, donde hay torrecillas con ametralladoras, viene un grupo semejante al nuestro, trotando. La mayoría son muchachos. Pasan sin mirarnos casi y no alcanzo a distinguir bien sus rostros. Entran a alguna de las cabañas mientras nosotros salimos al exterior. Pasamos ante tiendas llenas de militares; luego, entramos a otro patio de empalizadas, donde hay más cabañas, una especie de cocina, mesas de grandes tablonés. El baño está un poco más allá, en la falda del cerro.

—¡Tienen tres minutos pa' la corta y la larga y pa' lavarse!

El acceso al cerro está cortado por alambradas de púas. Subiendo una pendiente se llega a los WC, que son una hilera de casuchas montadas sobre un pozo rectangular. Los asientos están hechos de cajones con una abertura ovoide, chorreados de mierda y mojados de orines. El olor es venenoso. La mierda forma abajo un grueso pantano burbujeante. Cubriéndome las narices con una mano, orino ayudándome con la otra. Y desde esta altura capto buena parte del paisaje. Tengo de inmediato una impresión de «ya visto», pero no tanto por la similitud con tantos campos de prisioneros mostrados en el cine por los checos y polacos, sino porque yo he estado aquí antes. Al frente está el río, y a un

kilómetro y medio o dos, la desembocadura en el mar. Allí está el balneario de Santo Domingo. Estuvimos allí con Eva algunas horas, la última vez que salimos juntos a la costa, hace unas seis semanas. Ahí están las casas de buena parte de la burguesía chilena, bordeando el río Maipo. Y esta es plena época de veraneo. Aquí, muy cerca, a cien o ciento cincuenta metros, el largo puente sobre el río Maipo. Nos admirábamos, precisamente, de la normalidad veraniega del lugar, de la conducta festiva de los propietarios que venían con sus familias a pasar el fin de semana, en tanto que el país era una carnicería. Hay un par de soldados armados en su entrada, al frente nuestro. Esto es todo lo que alcanzo a ver en medio minuto. Y las cuatro torres de las ametralladoras. Algunos se han sentado para cagar, pero deben cortar los intentos o el proceso ante la llamada del soldado. Bajo, corriendo. Hay una canaleta de cemento y una hilera de llaves de agua sobre ella. Me quito la blusa y alcanzo a mojarme. Bebo todo lo posible. Nos llaman a formar y a numerarnos. Me seco algo las manos y espero que el aire haga el resto. Trotamos de regreso. El que encabeza la fila grita: «Buenos días, mi teniente», al pasar frente a las tiendas, y todos imitamos un sonido parecido. Volvemos frente a las cabañas. Son siete.

—¡Adentro, huevones!

Nos entrechocamos al entrar precipitadamente. La puerta se cierra a nuestras espaldas. Toda esa prisa no conducía a nada, aparentemente. Nos sentamos en el piso. Ya es de día y la luz nos revela en qué miserable estado nos hallamos.

Cuidando de que nadie esté oyendo desde el exterior, hablamos casi todos a la vez. Al principio hay un cierto recelo. Cada cual cree en su inocencia y en la arbitrariedad de su detención, y piensa que los otros deben tener graves cargos políticos. Sin embargo, pronto advertimos una primera coincidencia asombrosa: ninguno de nosotros sabía que iba

a ser detenido en el momento en que sucedió. Algunos estaban, como yo, en sus casas, otros en sus trabajos. Siempre se presentó la misma clase de gente, de civil, armados con mayor o menor discreción, actuando con mayor o menor violencia y, dado el caso, hipocresía; siempre se trataba de lo mismo, de hacer una declaración en la comisaría más próxima, cosa de minutos. Pero una vez fuera de las casas o de los lugares de trabajo, lo mismo, las vendas, la conducción secreta. Algunos han permanecido cuatro días atados a la silla; Manuel, el campesino, y César, el abogado, están allí desde el sábado. Dicen que el domingo pudieron encargarse a alguien que les comprara un sándwich. Nos asombra también —y a mí me produce escalofríos— una primera excepción: yo he sido el único interrogado. A nadie le han hecho la más insignificante pregunta.

Sucesivamente, han sido sacados a hacer gimnasia los prisioneros de las otras cabañas. Los miramos trotar por las ranuras. En algunos momentos se percibe un tono de familiaridad entre los soldados y ellos, bromas, risas. Nos preguntamos quiénes son, cuántos somos en este lugar, desde cuándo están los otros. De los que parecen haber salido de la cabaña vecina contamos veinte cuerpos.

Hay algunas inscripciones en las tablas, nombres, fechas, y luego rayas correspondientes a días transcurridos. Es difícil sacar alguna conclusión, a veces hay siete rayas, a veces treinta. De todos modos, la cabaña parece haber sido construida hace poco, las maderas se ven nuevas, sobre todo las del piso. Concluimos que debe haber sido levantada hace unos cincuenta días.

Ha aparecido un sol neblinoso. El cerro del frente, a la derecha, se ve ahora con toda nitidez, hay una gran figura de Cristo sosteniendo una cruz, en cemento probablemente, pintada de blanco. El palo de la cruz —o el cemento, mejor dicho— está quebrado a la altura de los hombros y la

cruz misma sale hacia un lado, formando un ángulo recto en relación al cuerpo. Más lejos hay otra figura del Calvario, menos visible, pues esta vez es un relieve ejecutado también en cemento pintado de blanco. Pastan algunas vacas alrededor de los Cristos.

El cansancio es ahora de un alcance embrutecedor. Me derrumbo de sueño, pero luego el sueño se rodea de obstáculos, de falsas entradas. Es como si tuviera que saltar con mi conciencia dentro de un punto preciso y disimulado en un muro, como pasar con el elefante de mi conciencia por el ojo de una aguja. ¿Cómo olvidarse de su búsqueda para dar con el camino, cómo distraer a mi conciencia, cómo reducirla? Trato de no pensar sino en mi cansancio, en el peso de mi cabeza, en la laxitud de mis brazos, ¿por cuánto tiempo? Ahí están las imágenes del terror ante ella, monstruosas advertencias para que no la descuide, para que no la traicione con mi entrega al sueño, y también otras imágenes, divagaciones de la memoria sobre el presente y futuro de sus contenidos. Pasando el puente con Eva, en el Volkswagen diplomático de color naranja, sin sospechar lo que había aquí, a unos metros, sin presentir que yo estaba ya, de algún modo, aquí abajo, riéndonos con pena de los soldados a la entrada del puente, entre fastidiados y exasperados de su guerra contra los fantasmas. Esperando conocer, de un minuto a otro, el objetivo real de ese cautiverio. Si nosotros, conscientes del terror que ha sido instaurado en el país, pasamos por aquí sin sospechar la existencia de este lugar, ¿qué queda para quienes quieren ignorar el terror sobre los otros, deliberadamente? ¿De qué se trata? ¿Estamos aquí, algunos, por algún error del aparato represivo? ¿Van a someternos a un castigo? ¿Es esto, ya, un castigo? Si el frío disminuye un tanto, solo sirve para que el hambre se manifieste con todos sus síntomas más obsesivos y humillantes. No, el sueño se muestra inalcanzable, la conciencia irreductible y la fatiga



y el sufrimiento crecen. Estamos sentados hombro contra hombro, apoyándonos mutuamente las cabezas, con un muchacho, Fernando. Con los ojos cerrados hablamos a veces desordenadamente. Fue detenido en su casa, estaba solo con su hija pequeña y tuvo que dejarla a unos vecinos. Estudiaba en la Universidad Técnica y trabajaba en una fábrica de conservas que estuvo intervenida por el Estado. Su mujer no sabe quiénes lo han detenido, dónde lo han traído. Se desespera pensando en que lo busca desde hace tres días por comisarías y oficinas militares, por hospitales y depósitos de cadáveres. (Una broma muy en uso de los militares, cuando los familiares andan en busca de sus desaparecidos, consiste en negar su existencia en los numerosos lugares de detención, incluso cuando efectivamente se encuentran allí, y en aconsejarles que vayan a buscarlos a las morgues, lo que implica una larga y a veces frustrante peregrinación entre filas de cadáveres).

—Si por lo menos supieran que estoy vivo —repite de tiempo en tiempo, hundiendo la cabeza en mi hombro.

En la ventana también clausurada del lado derecho, donde nos hallamos, se oye un golpe, como de una piedra. Empinándonos vemos que desde la ranura superior de la ventana de la otra cabaña nos hacen señas. Alguien dice mi nombre. Los compañeros me izan y del otro lado, en la penumbra, cortada por la ranura, veo la cara de alguien que me es conocido. No logro recordar perfectamente de quién se trata ni su nombre, pero sé que es alguien vinculado al teatro o a la artesanía, actividades que encubrían o canalizaban, en los últimos años, muchas vocaciones indefinidas. La visión no dura más de dos o tres segundos y mis compañeros me hacen volver al piso. Sin embargo, casi de inmediato vemos aparecer por la ranura la punta de un listón, donde hay un mensaje amarrado. Lo cojo, pese al temor y las protestas de mis compañeros. Dice más o menos lo siguiente:

Nosotros somos diecinueve. Hace quince días que estamos aquí. Todavía no hemos sido interrogados. Hagamos un intercambio de nombres y actividades de cada uno. ¿Hay algún compañero con problemas graves? Para más informaciones contacten a la «Gorda» de la otra cabaña. Destruyan esto y contesten.

Casi todos se retiran de mi lado, aterrados de que nos sorprendan en esta especie de conspiración, y los dos que leen el papel conmigo no se atreven a tocarlo. Algunos pretenden que es una provocación, que hay algún espía que quiere hundirnos. Les aseguro que conozco al individuo del otro lado, que no me parece sospechoso, pero no hay modo de convencerlos. Me obligan a hacer desaparecer el papel de inmediato, pues no quieren ser castigados por mi culpa. No es el caso de discutir siquiera una respuesta o de contactar a la posible «Gorda». Rompo el papel en pequeños pedazos y comienzo a humedecerlos en saliva para tragarlos. Pero la saliva casi no fluye y estos pasan hirientemente por mi garganta. El «Gordo» se aproxima y me quita la mitad: engulle los papelillos de una sola vez y se queda como si nada. Solo entonces, cuando no quedan restos, todos se aproximan para conocer el mensaje.

Lo que nos deja más estupefactos es esa noticia de los quince días de permanencia. Se nos ocurre, quizá para tranquilizarnos un poco, que nuestros vecinos deben estar en situación muy calificada, que deben ser considerados extremadamente peligrosos, en tanto que nosotros, en algunos casos, incluso desconocemos las razones de nuestra detención. Hacemos toda clase de suposiciones, el hambre y el cansancio nos hacen divagar. ¿Habrá allí peces gordos? Nos damos cuenta de que hemos imaginado una permanencia muy transitoria en este lugar, que, cada cual por su cuenta, está esperando ser llamado de un momento a otro para oír algo semejante a «fue un error, ándate», o que sus amigos,

sus mujeres, estén realizando alguna gestión importante para reparar el malentendido. Y luego, la referencia a mujeres en la otra cabaña. No se nos había ocurrido que pudiera haberlas. Pero ni siquiera la fuerte curiosidad logra vencer la suspicacia o el temor de mis compañeros: no permiten que responda al mensaje, que pida más informaciones ni que me comunique con la llamada «Gorda». Quedamos esperando, entonces, conocer la verdad por nuestros propios medios.

Siempre se han estado oyendo pasos y voces en el exterior, pero solo cerca de las nueve tienen una característica que hace que el viejo, que se llama Ramón, despierte bruscamente y diga sin titubear: «Nos traen el desayuno». Nos ponemos todos de pie. Son ruidos de entrechocar las latas en la cabaña de la izquierda. Cuando más tarde esta sonajera se aproxima y abren nuestra puerta, nos agolpamos sobre ella al mismo tiempo y vemos una olla gigantesca montada en un carro desvencijado que un soldado hace rodar. Con un cucharón nos vierten un líquido en una escudillas de aluminio y nos las van pasando a través de Mario, el tipo que ha hecho el servicio. Nos dan también un pan por cabeza. Tenemos tres minutos para acabar con esto y nos sentamos en el suelo. Al menos la infusión está caliente. Se pretende que es té, pero el gusto dominante es el de la melaza. En cualquier caso, para los estómagos vacíos es fuertemente reconfortante. Acabamos con esto y con los panes vorazmente. Las escudillas deben servir, sin que medie lavado alguno, para los de la otra cabaña. Algunos cerramos los ojos y nos entregamos a una especie de sopor vigilante, otros se pasean. Siempre se espera algún acontecimiento.

Una hora después, quizá, la puerta vuelve a abrirse. Entra un soldado —alguien lo saluda como sargento— con cara de putero y pinganilla. No lleva casco, sino gorra, y un revólver en el cinto. Hace alguna broma sobre nuestras comodidades en este «hotel».

—A mí me dicen el «Patá en la Raja» —nos explica, mostrándonos las puntas de sus botas—. Suavecitas y brillantes, pero matadoras, como cuero'e pico. ¿A alguno de ustedes le gusta el pico?

Mis compañeros ríen algo forzosamente. El uniformado nos examina. Saca un paquete de cigarrillos. Se enciende uno.

—¿Alguien quiere fumar?

Casi todas las manos se levantan, pero luego la mayoría las retira, temiendo alguna trampa. Dos o tres alcanzan a tomar cigarrillos.

—Agacharse, huevones —les dice a estos.

Estos lo hacen, tratando de mantener algún humor. «Patá en la Raja» les da un fuerte puntapié en el culo a cada uno.

—¿Les dolió?

—No, mi sargento —contesta cada cual.

—Entonces, agáchense de nuevo.

Las patadas vuelven a repetirse, grotescas, sonoras, como en el circo. Luego, hace entrega de una caja con un fósforo. Este gesto es considerado una buena oportunidad para hacer preguntas.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí, mi sargento?

—¿Ya estái aburrido, huevón? ¿Te han tratado mal?

Insistimos. Nos dice, entre broma y broma, que eso depende. Que hay tipos que están unos días, que otros están más de un mes, que según el «peso». Que sí, que van a buscarnos algunas frazadas. Que ya iremos al baño.

—Mi sargento —es Ramón—. Si podemos hacer algo, limpiar, trabajar en lo que venga, tanto mejor. Cualquier actividad es mejor que estar encerrados.

El sargento se ríe. Sale del cuarto. Antes de cerrar la puerta nos advierte:

—Si descubro que algún huevón está fumando, voy a volarle la raja a patadas.

Apenas desaparece, sin embargo, corremos el riesgo. Siete bocas ávidas hacen desaparecer el par de cigarrillos en rápidas chupadas. Ya es algo. Dentro de todo hay una pequeña distensión. Pero las visitas se suceden. Esta vez es una enfermera, acompañada por un soldado armado. Viste el uniforme militar, con pantalones y botas. Nos apretujamos contra la puerta, modo también de percibir el cielo y el cerro, ahora completamente asoleado. Es una pequeña morena, también de rasgos nacionales muy característicos, un moreno enfermizo, ceniciento, ojos negros, boca pequeña. Está muy maquillada en los ojos. Pregunta si hay algún enfermo entre nosotros, sin animosidad, incluso con una modesta simpatía, como si fuéramos personas en una situación del todo normal. El viejo es el primero en exponer sus males, latamente, con detalles fastidiosos. Ocupa toda la puerta. Manuel, el campesino, dice que estaba en un tratamiento cardíaco cuando lo detuvieron y que ahora quizás el corazón le va a dar una «patada». La mayoría pide aspirinas. Yo pido una píldora para dormir y aprovecho para mostrar mi vestuario miserable. ¿No habría unos calcetines viejos, una botas viejas, alguna camisa? Ya se verá, me divierte un poco la idea de verme vestido con esos restos de manicomio. La posibilidad de quejarse de algo, aunque sea muy indirectamente, nos fascina. Sin darnos cuenta, vamos adoptando un comportamiento infantil. La muchacha toma nota, ya volverá con los remedios. Don Ramón insiste en la falta de frazadas. Muchas peticiones no alcanzan a ser oídas. El soldado cierra la puerta. De pronto nos miramos, solos, y nos damos cuenta de que comenzamos a habituarnos a nuestra situación, de que nuestra inteligencia comienza a aceptar esta irracionalidad.

Pero pronto volvemos a nuestros puestos de observación, principalmente en las ranuras de las ventanas. Podemos saber que los soldados van y vienen constantemente por el patio, podemos ver a veces el paso de algunos prisioneros. En

las cabañas vecinas hay conversaciones, en la de la izquierda una mujer canturrea. Así como a Fernando, el muchacho, lo que atormenta más a mis compañeros es la incertidumbre de sus familias sobre su suerte. Solo algunos tuvieron testigos de su detención. Pero, aun en esos casos, queda la imposibilidad de conocer el destino de los detenidos. Porque, realmente, ¿quiénes nos han detenido? Casi todos estamos de acuerdo en que han sido gentes del SIM (Servicio de Inteligencia Militar), institución secreta, cuyas actividades de espionaje, conspirativas y contrarrevolucionarias son muy anteriores al golpe militar. Se sabe ahora, positivamente, que todos los militares retirados que volvían a trabajar en la vida civil preferentemente como porteros de industrias, universidades y oficinas, como chóferes, como cuidadores de bancos y ministerios, estaban vinculados a ella y le proporcionaban información sobre el gobierno y sus funcionarios. Se sabe ahora que las fuerzas armadas tenían mayor y mejor información sobre la izquierda, a través de este tipo de infiltración, que la izquierda sobre estas, a pesar de la posesión del gobierno y de todos sus aparatos informativos.

El «Gordo» se ha puesto a pasearse con impaciencia, resoplando. Piensa en su mujer. Dice que nadie puede hacer nada por nosotros, que él conoce a un sobrino del general Pinochet, militante de algún grupo de izquierda, que ha sido preso y torturado por la aviación. El general ha tenido que respetar la autonomía de esa rama y no ha podido hacer nada. ¿Qué nos espera a nosotros?

Pienso en cada paso de Eva. ¿Ha ido a casa? ¿Sabe de mi detención? ¿Me buscan? ¿Tratan de contactar a alguien influyente para lograr que me liberen? Es bien posible que todo siga allí en desorden y que ni siquiera piense en mí. Sin embargo, J. debe llamarme para los trámites del pasaporte...

Hay indicios de que se aproxima el «peugeot». (Así ha bautizado alguien al carro donde nos traen la comida. Es un



carro hecho a mano, por los mismos prisioneros, tal vez, con restos de cajones; las ruedas, irregulares, deben haber sido cortadas a ojo. Produce un ruido tremendo, bajo el peso de la marmita). Todas las preocupaciones se postergan ante esta perspectiva de comer y nos amontonamos en la puerta en actitud vigilante.

—¿Cuántos son aquí?

—¡Nueve, mi soldado!

Mario se ha convertido, gracias a su lejana experiencia militar, en el receptor de la comida. Los soldados sirven y él nos va pasando las escudillas de aluminio con asas. Bajo el caldo negro hay una capa de porotos, pedazos de cebolla y de zanahoria. Algunos han recibido algún pedazo de cuero o grasa de cerdo. Hugo, justamente, el de zapatones de piel de reno, que está a mi lado y se declara vegetariano. Me pasa este trozo de grasa, que finalmente no podré comer. En cuanto al resto, lo trago todo, incluso la cebolla cocida, que antes me parecía repugnante. No me pregunto qué gusto tiene, no alcanzo a advertirlo. Solo me importa que esto llegue velozmente a mi estómago, que esto se deposite allí, como requisito indispensable de la subsistencia de mi personalidad.

En la tarde viene un sargento y nos hace entrega a cada uno de una bolsita de plástico sellada que contiene nuestras pertenencias. Por un momento se nos ocurre que esto significa algo. Nos ordena abrirlas y pregunta si no nos falta nada. En la mía faltan papeles con direcciones y por lo menos la mitad del dinero. En los demás se repite esta falta parcial. ¿Por qué no lo han tomado todo? Pregunta que si queremos reclamar. Nos miramos, vacilantes. ¿Quién se atrevería? ¿Para qué? Lo único que nos interesa es que nos liberen. El sargento dice no saber para qué estamos aquí, no es cosa suya. ¿Podemos ir al baño? Los porotos han movido el vientre de algunos y... Que ya vendrán a llevarnos. El portazo.

El tarro de orines está hace tiempo hasta el borde. La tarde transcurre sin que nadie se ocupe de darnos algún indicio de la necesidad de nuestro encierro en este lugar. ¿Para qué nos han traído? ¿Por qué ocupar policías, transportes, construir estas casuchas y emplear en nuestra custodia a todo este personal militar, si no nos utilizan en nada? Nadie viene hasta la hora de la comida, esto es, alrededor de las 18:30. Son otros soldados. Nos dan los mismos porotos, menos abundantes, pero con más agua y sal, y un pan. Cuando terminamos, después de entregar los platos, uno de ellos se nos queda mirando con una expresión preocupada. Tiene la misma piel aceitunada, ojos pequeños, pómulos salientes, casi un vietnamita. Pero es más alto que sus otros compañeros.

—Aquí —nos dice de pronto— lo mejor es que nos entendamos. Cuanto menos problema, mejor pa' todos. A nosotros tampoco nos gusta estar aquí. Algunos estábamos estudiando, otros estamos lejos de la familia, hemos dejado las novia...

El «Gordo», que oía desde detrás, se abre paso hasta enfrentarse al soldado y se cruza de brazos sobre su gran barriga, sonriente y desafiante:

—¿Por qué no hacemos un trato, entonces?

El soldado lo mira a los ojos, receloso.

—Ustedes se van a sus casas y nosotros volvemos a las nuestras. Y se acabó el problema.

Hay una carcajada cautelosa. El soldado se mantiene serio o hace un esfuerzo. No se ha irritado. Da una palmada a su fusil y sale.

—Así que ya saben —dice, antes de cerrar la puerta.

---

15 DE FEBRERO, VIERNES

Pese a la píldora, que posiblemente no era sino un placebo, otra noche sin dormir. Rechazo absoluto de mi organismo a toda manifestación de confianza, de descuido. Mis sentidos —el oído, sobre todo— se han declarado en vigilia permanente. Los pasos, los cantos de los pájaros nocturnos, el viento, los disparos, que a veces estallan a centímetros de la cabaña, no me permiten un solo momento de abandono. Por otra parte, el frío bastaría para inhibir cualquier descanso. Solo a última hora, como pareciera que podríamos amanecer muertos, nos han tirado un par de mantas, que nos cubrían mal y que calor no daban, pero que sirvieron al menos para quitarnos la sensación de estar a la intemperie. No me explico cómo no estoy enfermo. Mis vías respiratorias siempre se han inflamado ante cualquier descuido. Sin embargo, muchos de mis compañeros logran dormir. Tampoco me lo explico. Don Ramón y el «Gordo» hacen vibrar la habitación con sus ronquidos. Después de la comida, al anochecer, don Ramón se puso a hablar. Tiene un cuerpo desproporcionado, difícilmente imaginable debajo de sus pantalones bolsudos, una especie de barril deforme. Tiene una gran cabeza, su caja torácica es enorme y su vientre, que la prolonga, ocupa en relación al culo un nivel inferior. Sus pies forman un cono respecto a esta masa. Se sienta en el suelo con dificultad, y debe hacer grandes esfuerzos para

levantarse. Tiene olor de viejo, de ropa vieja, sobre todo. Por alguna razón desgraciada, cuando lo detuvieron estaba sin su dentadura y ni siquiera recordó su falta mientras lo llevaban con el pretexto ya conocido de «hacer una declaración». De modo que habla con un sonido salivoso y un eco blando y monótono, de carne. Formábamos una masa de cuerpos, en un rincón, apretándonos para abrigarnos. Don Ramón es presidente del sindicato de suplementeros, que tiene un fuerte poder frente a algunos monopolios periodísticos, y cuyos miembros, si bien ahora muchas veces acomodados, tienen una extracción muy popular, más exactamente marginal. En los años treinta, los vendedores de periódicos pertenecían al lumpen proletariado y convivían con el hampa y las prostitutas. Don Ramón era un buen corredor y en esa época, más aún que ahora, casi la única posibilidad de surgir individualmente, para una clase condenada a la miseria desde su nacimiento, era el deporte, y principalmente el boxeo y el atletismo. Ramón soñaba con los héroes que habían salido del barro y cuyos nombres se encendían en los grandes estadios de Nueva York, más o menos cuando la clase dominante descubría la conveniencia de difundir el mito de que cualquier lustrabotas podía llegar a ser presidente de los Estados Unidos. Pero él no estaba sino en Santiago, una miserable aldea del imperio, con aires de ciudad, y corría horas y horas, después de haber vendido sus periódicos, por las calles que entonces desembocaban casi directamente en el campo. El caso es que venció en los campeonatos de barrios y llegó a destacarse rápidamente. Era una excepción, era una voluntad salvaje de triunfar, de abandonar la miseria. De algún modo se le permitió disputar el título nacional con el campeón de esos tiempos, cuyo origen social era totalmente distinto. La competencia se desarrollaba en el Estadio Militar, situado en el barrio alto, y sus compañeros y admiradores no fueron admitidos. Desde el comienzo tomó

la ventaja. Los espectadores no lo estimulaban. Admitían que compitiera, pero manteniéndose en su lugar, nada de disputar el triunfo. Sin embargo, él creía en la limpieza del deporte, en su oportunidad. Quería vencer entre ellos, sus enemigos de clase, porque en sus manos estaba el premio, la fama, la riqueza. Eran los tiempos de Gardel, todos esos valores eran sentimentalmente exaltados, y don Ramón corría tras ellos. A la mitad de la carrera su triunfo parecía ya seguro, su rival estaba demasiado atrás. Pero de pronto apareció un perro, «un perro enorme, de esos de lujo», que se dirigió directamente a él y comenzó a morderle talones y pantorrillas, que lo obstaculizaba, que al fin lo echó por tierra. Su rival terminó por alcanzarlo y lo sobrepasó. Los espectadores tronaban de la risa. Don Ramón llegó cojeando a la meta, ya cuando el otro era celebrado. El perro había desaparecido. Nadie se ocupó de él. Salió solo del estadio y volvió solo a su casa, sangrando. En los periódicos, al día siguiente, no hubo ninguna alusión al accidente del perro. El esfuerzo de don Ramón apenas era mencionado.

Don Ramón contaba eso sin ningún resentimiento, como hechos lejanos que ocupan fantásticamente su memoria, todavía admirado de su participación real en ellos, como si hubiera creído y aún creyera ahora, a pesar de todo, en la fatalidad de los orígenes de clase. Habla de los jardines del estadio, del lujo de los salones, de la elegancia de las mujeres que asistían al espectáculo con una fascinación actual, todavía conmovido por lo extraordinario de haber sido allí admitido para disputar un puesto de gloria. Su forzada derrota, al parecer, no consiguió sino redoblar sus ambiciones. Se había casado; ahora tenía que sacar adelante a su familia, lograr para ellos un espacio y un destino en el mundo. Quería una casa, quería sacar a su madre de la población callampa, a su mujer del cuarto de pensión. Siguió corriendo. Ganó por dos mil de distancia una carrera de diez mil

metros. Era un prodigio. Se hablaba de él, pero tenía que salir de su cuarto al amanecer para vender periódicos. Según contaba, aunque esto parece más un sueño que realidad, la gran oportunidad llegó —probablemente con el auge del populismo en esos años—, y fue designado para integrar la delegación chilena a las Olimpiadas de Berlín, en el año 36, en pleno reinado del nazismo. Posiblemente, los comerciantes hicieron algunas donaciones, don Ramón fue vestido elegantemente, de pies a cabeza. Lo que recordaba con mayor emoción era el desfile de las delegaciones de todo el mundo dentro del estadio desbordante; él, con la bandera chilena, marchando ante las aclamaciones de esa multitud, y luego la solemnidad y el orden de la inauguración, los gigantescos cuadros gimnásticos de los muchachos nazis. En algún momento, después, fuera del estadio, unas muchachas piden a la delegación que cante una canción del país. Ellos acceden y ellas escuchan extasiadas la melodía y las voces tan exóticas, pero (don Ramón se sacude de risa) él y sus compañeros habían cambiado la letra por palabrotas, insultos y alusiones pornográficas criollas. Era una manera de desquitarse de su exotismo, de su marginalidad, las primeras manifestaciones de la contracultura. El día de la competencia de los dos mil metros, don Ramón obtuvo el cuarto lugar. Habría podido ganar, pero... Esta vez no fue un perro quien se lo impidió. Desde el comienzo, como antes, tomó la delantera. Los corredores iban precedidos y acompañados por dos filas de motociclistas uniformados, cuya misión no era clara; podía ser de protección o puramente decorativa. El público esta vez gritaba, pero don Ramón no podía saber si de alegría o de temor por su ventaja. El asunto es que él estaba jugando una fortuna que nunca más estaría a su alcance y corría, ya no tan solo para obtenerla para sí y los suyos, sino que para darla «a su pueblo, a su patria». Era evidente que llevaba las de ganar, la ventaja comenzaba a ser irreversible.

Entonces fue cuando los motociclistas se colocaron delante suyo, precediéndolo, en una posición aparentemente inofensiva para el público, pero de hecho letal: los gases de los tubos de escape chocaban directamente contra su cara. No era la posición normal de los tubos de escape de las motos, y don Ramón, intoxicado, ya no pudo seguir corriendo a la misma velocidad. Le alcanzaron los otros y empezaron a retroceder la casita para su familia, los titulares en la prensa del mundo, los premios, la fama que iba a dispensar a todo un país. Cuando los otros comenzaron a aventajarlo, las motos desaparecieron. Y él siguió corriendo. De todos modos, lo festejaron mucho, un cuarto lugar en una olimpiada era algo apreciable. Lo que mejor y más embelesadamente recordaba era un cabaret berlinés. Los palcos dorados y rojos, las butacas de terciopelo, las lámparas de cristal, las altas copas talladas en que les sirvieron vino blanco. Y luego el baile, las mesas con números de bronce y teléfonos. Desde una de ellas los llamaron (¿exotismo aún?), invitándolos a bailar. Una muchacha rubia, por supuesto. «El perfume que tenía, la piel tan blanca, ustedes no van a creerme». Él, que abandonaba recién un sucio lecho lleno de pulgas en el último rincón del mundo, bailando allí con esa muchacha de piel tan blanca, tan rubia. La voz se le quebraba, tiritábamos, todavía no habían traído el par de frazadas\*.

Volvieron hoy a despertarnos (o a hacernos salir, mejor dicho) al alba. La gimnasia fue más dura. Insisten en que debemos perder definitivamente nuestros hábitos de parásitos y alcohólicos o drogadictos (?). Como algunos nos demoráramos algo más de dos minutos en el WC, tratando de desalojar alguna mierda, y sin considerar que antes habíamos invertido el otro precioso minuto en lavarnos, nos han ordenado

\* Un conocedor de la historia de los Juegos Olímpicos me hizo ver, tras publicado el libro, que ningún chileno de esas características participó en los Juegos de Berlín.

echarnos por tierra, de modo que volvimos a la cabaña con las manos y la ropa cubiertas de polvo. Después del desayuno pasó a visitarnos el oficial que comanda el campo. Se le notaba incómodo con nosotros. Venía a informarse de nuestra situación de abrigo y descubría que teníamos dos frazadas para nueve. «¿Solo dos?». Nos miraba como si hubiéramos sido culpables también de eso, pero era evidente que estaba simulando. Es un tipo bastante joven, alto, de piel rosa, ojos celestes. La tela de su traje era muy fina. Le chocaba nuestra suciedad, nuestra indigencia, nuestra promiscuidad. Hizo anotar lo de las frazadas. Y colchonetas, ¿no teníamos? No habíamos oído hablar, dormíamos sobre las tablas. Parecía sentirse sorprendido e impotente al mismo tiempo. ¿Hacía una pequeña comedia moral? ¿La sensibilidad humanista de su clase lo ponía en algún conflicto con la realidad de sus nuevas responsabilidades? ¿Necesitábamos algo para nuestra higiene? Por supuesto, papel, para limpiarnos, siempre que nos dejaran tiempo de defecar, pasta de dientes, jabón. El soldado seguía anotando en un cuaderno. Y sería quizá conveniente que nos rasuráramos, para no desmoralizarnos. ¿Que no teníamos hojas ni máquina? Ya se vería, estaba prohibido tener hojas. ¿Que cuánto tiempo? Él no podía saberlo; los soldados tenían únicamente la responsabilidad de vigilarnos y alimentarnos y cuidar de nuestra salud. Hicimos una colecta y le dimos dinero al soldado para las compras.

Algunos soldados, sin embargo, han sido más explícitos. Habría casos de prisioneros que permanecen aquí una semana, otros serían mantenidos treinta, cuarenta días. De cualquier modo, hay un interrogatorio. No, no se sabe en qué consiste ni cuál es el orden de llamada ni quiénes interrogan. Nos aferramos un poco a la idea de que podemos estar aquí una semana. ¿Y después? Comenzamos a contar triunfalmente las horas que pasan, cada día cumplido nos parece un progreso.

De cuando en cuando disparan contra las cabañas o muy próximamente. A nosotros nos da la impresión de que las balas estallan a pocos centímetros de las tablas. ¿Es cuando advierten que estamos espionando por las ranuras? ¿Es solo para mantenernos amedrentados? ¿O es realmente para producir una baja, de vez en cuando? Cada vez que abren la puerta nos ponemos de pie. Las conversaciones se interrumpen o cambian rápidamente de tema. En la mañana nos visitaban a cada momento, con cualquier pretexto. Hay soldados o cabos o sargentos que nos miran torvamente, a veces con odio, como si realmente encarnáramos ese enemigo que, según los golpistas, tenía el «propósito de exterminarlos, a ellos y sus hijos, para instaurar una dictadura marxista». Nos examinan, con los fusiles ametralladores prontos, no permiten que nos aproximemos a una distancia que pudiera ser quizá propicia para atacarlos, mientras nos hablan. Hay otros, los menos, que parecen olvidar momentáneamente nuestra peligrosidad. Nos preguntan de qué barrio somos cada cual y se alegran cuando el de alguno coincide con el de ellos. Entonces aprovechamos para lanzar nuestra lluvia de preguntas y peticiones: frazadas, que nos lleven al baño, agua. Pero ellos mismos no parecen saber gran cosa ni ser capaces de darnos alguna solución.

Para el almuerzo esta vez nos han dado un caldo que contenía unos fideos de color gris amarillo, pedazos de patatas y uno que otro hueso de caballo con grasas y cartílagos. Hemos devorado todo sin ningún comentario, algunos con las manos, pues las cucharas de aluminio escasean. Es una comida que nos proporciona calorías por un par de horas; luego, el hambre reaparece.

Es difícil analizar nuestra situación, como resultado del brutal cambio político en nuestro país, con mis compañeros. O porque algunos insisten en verla en sus puros alcances emocionales, como resultado de una «mala suerte



individual» o porque niegan haber tenido un compromiso político directo. Quizás esto último sea cierto o quizá haya que ver en estas afirmaciones una comprensible discreción. Aparte de don Ramón, que no lo declara pero lo deja entrever, solo el muchacho de la Universidad Técnica afirma su militancia en el PC. Privadamente, solo el «Gordo» y César, el abogado, confiesan pertenecer al PS. En verdad, el único que tiene aquí una cultura marxista es César; los otros solo una adhesión o de clase o emotiva, que en ningún caso se expresa en términos marxistas, sino en un vago lenguaje referente a la «revolución chilena». De todos modos, pareciera que, así como no pudimos o no nos fue permitido asumir toda nuestra potencial responsabilidad política en estos últimos tres años, así también, ahora, como en revancha, nos negáramos a aceptar la responsabilidad del fracaso, a encarnarla. César trabaja en un alto organismo del Estado, de tipo legal, que no ha sido disuelto por los militares por la sencilla razón de que han comprendido la utilidad que podía prestarles simplemente reorientando sus funciones. Es un funcionario antiguo, anterior a la UP, y por esto no han podido echarlo, pese a que estuvo preso casi un mes en el Estadio Nacional después del golpe. Por otra parte, y pese a su militancia política (según él pasiva), cuenta con el apoyo del Colegio de Abogados, una de las corporaciones que más hizo por el derrocamiento del gobierno, y que algún crédito tiene ante la Junta. Eso me hace pensar que será liberado pronto y le pido retener de memoria el teléfono de Eva para que le informe de mi situación. Se compromete a hacerlo en el caso de salir libre. Como todos los que estuvieron en el estadio, fue golpeado brutalmente, fue testigo de las violaciones, de las torturas y de los fusilamientos. Pero, como muchos de los que no estuvimos allí, pensaba que el peor momento había ya pasado. Dice no saber de qué lo acusan. No ha estado «metido en nada» en los últimos meses. Pero

hay indicios de que los militares no estarían conformes con los interrogatorios del estadio: por su misma precipitación, por su misma brutalidad, muchos los debieron pasar sin soltar gran cosa. Habrían comprendido la necesidad de «re-pasar» a la gente salida de allí o de tantos otros lugares de detención, de una manera más metódica y detallada, y también más discreta, sin la compulsión de la publicidad acerca de esos centros de detención multitudinarios. César sabe de muchos otros que han vuelto a ser detenidos. Solo así puede explicarse su situación en este lugar. Con él puedo hablar de cualquier cosa, manteniendo, como él mismo debe hacerlo, una necesaria reserva sobre los puntos débiles. (No me atrevo a pedirle, por ejemplo, que comunique a Eva dónde están o estaban ocultas las copias de mis artículos, y mucho menos que los escribía). Hablamos con indignación de los errores y discrepancias internas de la Unidad Popular, de la desinformación en que fueron mantenidos los trabajadores respecto a los planes golpistas y respecto al caos político y de autoridad en que se encontraba el gobierno. ¿Hasta qué punto el temor a la guerra civil, al enfrentamiento armado entre ciertos dirigentes de la Unidad Popular desarmó a los trabajadores y a sus mismos simpatizantes dentro de las Fuerzas Armadas? ¿Hasta qué punto ese temor facilitó o estimuló la ofensiva reaccionaria? ¿Y hasta qué punto no resultó más caro en vidas humanas —para no hablar de pérdidas políticas— el golpe de lo que habría costado el riesgo de un enfrentamiento ofensivo contra la reacción, con todas las ventajas que supone tomar la ofensiva?

Hablar desde aquí de todo eso como una realidad esfumada, como de una situación histórica única dilapidada por el temor, suena a pesadilla; pero más todavía reconocernos a nosotros mismos, en la medida en que hablamos como sobrevivientes de esa realidad. Porque si logramos salir de aquí alguna vez, ¿qué seremos si no? En el mejor caso, individuos



aislados, ocupándonos oscuramente de mantener nuestras vidas. Melancólicos de lo que no supimos hacer con la historia.

Voy de un lado a otro de la cabaña, unos cinco metros en total, escucho las conversaciones de uno y otro lado, espío constantemente por las rendijas. Por la tarde nadie nos ha abierto la puerta. El tarro de los meados está otra vez completamente lleno y algunos se quejan; tal vez no habrá posibilidades de sacarlo hasta la noche. Está pasando otro día y no hay ningún indicio de nuestra utilidad para nuestros carceleros. Imagino insistentemente qué se está haciendo por mí en Santiago, en las oficinas, en los ministerios. A veces doy por hecho que deben saber que he sido detenido. Recuerdo que el presidente de la Sociedad de Escritores (desde el día del golpe un democristiano) intervino por los casos de algunos escritores detenidos. El general Leigh, partidario de «extirpar al marxismo hasta las raíces», pero hombre sensible también, gran amante de la música, envió un telegrama a las cárceles del sur, especialmente a Valdivia. Sin especificar nombres, el texto decía: «Suelten a los poetas». ¿No se está haciendo algo parecido por mí? Magus, el director de nuestro ex instituto, ¿no ha ido a hablar con el cardenal? ¿Eva no le ha pedido al embajador que haga algo? Por momentos me descorazono: bien puede ser que Eva haya ido a casa, que no se extrañara mayormente del desorden y que, en fin, creyera que simplemente me fui con alguien a la costa. Trato de orientarla: «¿No te das cuenta de que he dejado en el baño mi máquina de afeitar, el cepillo de dientes, todo lo que uno se lleva cuando sale de viaje?». ¿Pero por qué habría de darse cuenta, si ninguna sensibilidad la guía, después de todo, a percibir mis actos o la ausencia de mis actos? Eva no es una sentimental, en el sentido latino; no tiene sentido de la nostalgia. Nostalgia es culpa, y Eva, como toda una generación rebelde contra

la noción de culpabilidad, se formó contra ella. De modo que si va a casa o llama por teléfono, bien puede atribuir mi ausencia al goce de mis nuevas libertades de soltero. No se te pasaría por la cabeza, por ejemplo, guardar algo de mí que te recuerde estos increíbles dos años que hemos vivido juntos, este erotismo degradado en la misma medida de la degradación de la fe y de la fuerza para cambiar la vida en este país. El día que te fuiste con tu bolso de plástico rojo con tus pequeños utensilios (el mismo bolso que trajiste en 1971, cuando llegaste en un chárter desde el hielo a conocer la revolución chilena, como tantos otros turistas de la revolución venidos de un mundo donde se la permite como puro objeto de consumo intelectual), apenas desapareciste, porque ya me era insoportable tu presencia como pura negación de la imagen que tuve, que me hice y que quise seguir teniendo de ti —llorando, es cierto, aunque yo simulé no advertirlo mientras escribía vehemente mi trabajito para el tribunal Russell (pero no llorabas por nosotros dos, sino que por nosotros dos y todo lo que se había venido abajo y lo que había sido pisoteado y ensangrentado y descalabrado simultáneamente)—, cuando cerraste la puerta, después de mirarme, como quien recoge una última imagen de la persona que compartió parte de su vida, diluida ya por las lágrimas, cuando oí que bajabas nuestra escalera por última vez, no corrí tras de ti, no, fui al baño. Habías estado encerrada al menos una hora allí antes de irte. Y descubrí (¿no lo temía?) que te habías cortado precisamente los cabellos. (Uno de nuestros juegos más deliciosos, porque trenzándolos, mezclando sus sectores castaño oscuro y oro viejo, obteníamos, según estuviéramos al sol de la terraza o bajo la lámpara de bronce del comedor, mil combinaciones cromáticas, mil posibilidades sensuales). Ellos estaban allí, gruesos y largos mechones, en la canasta de la basura. Los recogí y formé un solo haz, que más tarde guardé tras los libros.

Era para estar contigo, alguna vez, más tarde. Desconfío de mi memoria. Era para saber cómo habías sido. A ti no se te habría ocurrido algo semejante. Es un puro sentido latino de la nostalgia. ¿Están allí, todavía? Te fuiste sin algo que me gustaba tanto, en cierta forma era una gentileza, pero también un reproche, una mutilación común, y una ostentación de esta ruptura, y a la vez de tu ajenidad y libertad, de ahí en adelante. Así, es muy posible que pienses que me he ido a casa de Sara, en la montaña, y que por discreción no digas una palabra sobre mi desaparición, o que, por ironía, al fin, no hagas de ello sino una broma.

Los muchachos de la cabaña vecina se han puesto a cantar en coro. Es una marcha militar, un himno de la infantería que evoca heroicamente el sacrificio del hogar, de la novia, en nombre de la patria por la cual se va a entrar en combate. No se dice cuál es el enemigo y eso no debe tener importancia. Los muchachos cantan esto con fuerza y convicción y nos imaginamos que o son soldados prisioneros o que el aprendizaje y práctica de tales himnos forma parte de algún sistema de rehabilitación moral al que también seremos sometidos.

Manuel, el campesino, de pronto se ha puesto a hablar y cuenta que él cree saber dónde nos encontramos. Trabaja en un asentamiento de propiedad colectiva en Renca. Son veinte campesinos y sus familias que cultivan comunitariamente un fundo expropiado. Tres de sus compañeros fueron detenidos hace un par de meses y traídos a un lugar semejante a este, que él cree reconocer de acuerdo a sus relatos. Los tres fueron torturados y volvieron al fundo semienloquecidos. Todos nos agrupamos alrededor suyo, pidiéndole más detalles, anhelantes de curiosidad y miedo. Manuel no puede o no quiere dar más precisiones. «Contaron que les pusieron corriente, pero ya a la semana estaban bien, cosechando mates, que es fácil». Imagino rápidamente la impotencia verbal

de esos campesinos, su incapacidad de dar cuenta matizadamente de su aventura, su tendencia a atribuir los males a la fatalidad y a olvidar prontamente las manifestaciones de esta fatalidad. ¿Qué se esconde tras de ese relato? «Era cerca del mar, las casuchas eran las mismas, más de un mes los tuvieron los milicos». En verdad, no insistimos demasiado para que Manuel nos cuente otras cosas de sus compañeros, quizá no queremos saber nada preciso de esas experiencias. Sin declararlo, nos decimos que los campesinos son un poco despistados y que confunden el mar con cualquier laguna. Seguimos esperando que nos llamen a declarar en cualquier momento. Nos hacemos la idea de un interrogatorio duro, frente a una mesa de militares, probablemente en la tienda donde hemos visto al oficial en la mañana, al ir al baño. No queremos pensar en nada peor. ¿Por qué habríamos de pensarlo, si no nos han descubierto en ningún «plan subversivo», en ningún ocultamiento de armas, que es lo que a ellos más les preocupa?

Al fin ahora, en la noche, después de darnos la misma sopa del mediodía, más diluida, nos han traído dos frazadas más y cuatro colchonetas, esto es, unos sacos de yute rellenos de viruta. Formamos así un lecho común. Después de las nueve nos sacan para ir al baño, nuevamente al trote, con prisa. Hago un salvaje esfuerzo por vaciar mi vientre, equilibrándome para no tocar con las nalgas las tablas chorradas de excrementos y apretándome con una mano la nariz, pero no consigo expulsar más que unos vientos. Veo algunos vehículos cruzando el puente, las luces de las casas que bordean el río. Existe, evidentemente, una vida cotidiana a pocos metros de aquí y, más que eso, una vida festiva de quienes pasan sus vacaciones. El soldado nos apura con un fusil ametrallador. Algunos han conseguido cagar y se limpian apresuradamente con pedazos de cartón de embalaje que hemos encontrado en la cabaña para tapar las ranuras.

Salimos apresurados, abrochándonos los pantalones. Nos numeramos, con fuertes gritos. Al trote, otra vez, hacia la cabaña. Entramos a tientas y buscamos nuestro lecho en la oscuridad. Tengo una sensación de fiebre, de frío envenenamiento. Hace tres días que no duermo ni cago. Es un estado semejante a la alucinación, al desvarío de los inmundos ascetas del desierto. No puedo razonar. Todo lo que me propongo como pensamiento se transforma en ensoñaciones, en visiones tortuosas y escalofriantes. Me silban los oídos, mi piel empieza a desaparecer bajo la barba. No doy conmigo, no sé qué soy exactamente después de todo lo que ha sucedido. No tenía nada allá afuera, no tengo nada que recuperar, imaginativamente, aquí adentro. Pero no quiero pensar en eso, no puedo, mi conciencia no admite otra noción que la de este estar-aquí-esperando. Pura vigilancia del presente. Es curioso, pero justo: todos estos días no he tenido ninguna imagen sensual.

---

## 16 DE FEBRERO, SÁBADO

En un estado de torpeza, de completo sonambulismo (otra noche sin dormir) al saltar al patio en la madrugada, sin darme cuenta, me coloqué en la cabeza de la fila. Los gritos de derecha e izquierda perdían absolutamente esa mínima parte de significado intelectual que tiene esta compartimentación para mí; y el desorden de los ejercicios, que yo debía conducir, parece que era tremendo. El soldado nos insultaba, pero hasta ese momento no se daba cuenta de mi responsabilidad. Y yo volvía a dar a esos ejercicios un sentido liberador y realizándolos redescubría, pese al dolor, a veces, o quizá mediante el dolor, una sensualidad de percibirme vivo. La nitidez y la proximidad de las estrellas nunca me había dado tan bien esa noción intemporal de su mutua distancia, y yo corría justamente con una felicidad de nave interestelar, en el frío espacial y los insultos del soldado y las advertencias de mis compañeros apenas me llegaban desde otro mundo. El polvo blando del patio facilitaba ese desprendimiento. Era fácil olvidar la tierra.

—¡Alto la cabeza! —gritó el soldado, en el colmo de la exasperación, y yo levanté aún más la cabeza hacia el cielo, y como no oyera otra orden seguí corriendo en línea recta, fuera del patio, hacia donde están las tiendas de los militares.

Un par de disparos, como dos latigazos cerca del oído, me detuvieron. Detrás mío no había sino dos o tres compañeros.

El resto estaba dentro del patio, junto al soldado que me apuntaba amenazante con el fusil.

—¡A dónde vai, huevón!

Me empujaba con la punta del cañón en las costillas. Yo no entendía nada.

—Usted dijo que levantáramos la cabeza, mi soldado.

Todos mis compañeros, e incluso el soldado, rompieron a reír. Se torcían de la risa, sujetándose los vientres. Yo seguía en las nubes, mirándolos perplejo. Solo rato después, cuando pudieron calmarse, me explicaron —sin creer mucho en mi inocencia— que «alto la cabeza» significaba detenerse, parar el que estaba a la cabeza. Mi tardía comprensión los hizo reír hasta la extenuación, una vez más. He quedado con una fama de cómico imbécil, del tonto de las filas en las viejas películas norteamericanas.

Luego, resultan una vez más inútiles mis esfuerzos en el WC. Descubro que hay autobuses que pasan por detrás, a pocos metros de este pozo de mierda, por un camino en la falda del cerro. Llevan la leyenda «Litoral Central». Después del té y el pan, en la mañana, siento repentinamente ganas de hacer caca. Espío por las ranuras la posible presencia de un soldado, para pedirle que me lleve, pero ninguno aparece y debo volver a sentarme, cubierto con una frazada, tratando de contenerme. Es una masa cálida, pulsante, que me quema el ano y que distiende el esfínter. Apenas respiro, bastaría un descuido para vaciarme a través de los apretados *blue jeans*. A otros les sucede algo parecido. Paso al menos una hora sin moverme y me niego obstinadamente a recurrir a la única salida posible, el tarro de los meados. Creo que sufriría mucho más infligiéndonos a todos un día de hedor que luchando por contenerme.

Siento fiebre y escalofríos durante toda la mañana y los soldados no vuelven a aparecer. Pero los disparos que estallan cerca de la cabaña se han hecho más frecuentes. Los

sobresaltos que nos producen logran, al fin, que mis ganas se inhiban.

Hugo, el de zapatones de reno, es un tipo que había hablado muy poco hasta hoy. Pasaba el día sentado en posición de loto, con los ojos cerrados, muy serio, con su barbita de chivo hundida en el pecho. Los compañeros hacían algunas bromas sobre él, pero su carácter dulce y serio, su actitud de colaboración en todas nuestras miserias, y su sincero interés por entender qué fue esta historia de la Unidad Popular, hacían que se tuviera un cierto respeto por su extravagancia. Hoy ha contado que es el representante para Chile del gurú Maharají, «uno de esos hombres que nacen cada miles años, como Cristo, y cuya misión es salvar prontamente al mundo, porque queda muy poco tiempo antes de que el hombre se destruya a sí mismo». El mismo es un mahatma, un maestro. Recibió el *conocimiento* en la India, un año atrás, y su trabajo consiste en difundir la nueva verdad. Vive en un albergue comunitario, en Santiago, con unos seis tipos más. Los otros trabajan en diversas actividades y entregan sus salarios al hogar, donde todo se hace en forma colectiva. Son vegetarianos, abstencionistas y, en lo posible, célibes (aunque esto último no está prohibido terminantemente). Siente una terrible nostalgia por las frutas. Cada tarde tenían reuniones en un local de la calle Arturo Prat, a las que asistían unos ochocientos muchachos. Los adherentes en todo el mundo son unos tres millones. No es una religión exactamente, nos dice, es algo mucho más simple, de una simplicidad científica. Hay una energía en el universo que está vibrando y hay un ser («llámenlo como quieran») del que emana esa energía. La energía es mensurable científicamente, pero no cognoscible de modo racional, sino para muy pocos (Einstein, en sus últimos años, estuvo muy influido por su descubrimiento). Pero hay una manera sencilla de ponerse en contacto con ella, accesible a todo el

mundo, ese es el mensaje del gurú Maharají. La energía es la que anima y conforma todo el universo, en sus infinitas manifestaciones. ¿Qué impide comunicarse efectivamente con ella y reintegrarse a su orden, del cual el hombre se ha apartado? La mente, esa sucia computadora. En la mente residen el odio y el egoísmo. Mediante la meditación —que no es reflexión, que no es pensar en algo—, que es psíquica y físicamente un acto de distracción, el hombre puede ponerse en comunicación con la energía. La energía es amor. Es perceptible por los sentidos. Hugo puede verla, con los ojos cerrados, como una luz azul, puede oírla como un rumor poderoso, melodioso, puede gustarla, como un sabor fuerte, de alcachofa. Cuando se entra en comunicación con el flujo de esa energía, uno puede orientarla hacia la mente, y limpiarla de su egoísmo. Entonces el hombre se va transformando en puro amor, y desaparecen el odio, los vicios, y con ello la explotación, las diferencias de clases, las guerras; es decir, todo lo que conduce a la humanidad a su extinción próxima.

Al oírlo hablar, acucillado en el suelo, entre este grupo de andrajosos prisioneros en una cabaña cerca de la costa, confinados aquí en este fin del mundo por un poder arbitrario y fantasmal, sus palabras no suenan extravagantes. Por el contrario, da la impresión de hablar de algo muy real, de algo muy práctico. A nadie se le ocurre pensar que escucha a un charlatán o a un insensato. Todos quieren saber la forma de conocer y usar esa energía. Yo mismo reconozco que hace una semana no habría tenido paciencia de escucharle ni menos ganas de discutirle.

Le reprocho su concepción antropológica de la creación del universo. Si el ser que dio origen a esa energía y creó el universo la destinó al fin de cuentas a salvar al hombre, ¿qué diablos hizo durante los millones de años en que todavía no existió el hombre sobre la tierra? ¿No se aburrió

durante ese tiempo infinito, en que nadie fue capaz de percibir su energía desparramada? No, dice Hugo, ese tiempo fue necesario, porque el hombre es el producto último, el más complejo y perfecto del proceso de organización de la energía. ¿Y cómo se entiende que se haya apartado de sus beneficios, que sea su negación? El desarrollo de su mente lo ha extraviado, lo ha ensoberbecido, convirtiéndolo en su propio enemigo. ¿Pero existiría el hombre que conocemos sin tal desarrollo de su mente? Etcétera.

Finalmente me aburro. Me pongo a pasear furiosamente. Siete pasos y vuelta, decenas de veces. En el patio no hay nadie. A veces se tiene la impresión de que los soldados se han marchado del campamento. ¿No podría ser cierto? ¿No habrá habido un nuevo golpe, un cambio insospechado de la situación? ¿No habrán huido? La exposición de Hugo al fin ha degenerado en una chanza general. El «Gordo» le propone que levite, con todos nosotros como un racimo colgando de sus piernas. Nos imaginamos el espectáculo de este racimo elevándose por sobre el campamento, el espanto de los militares, y nos retorremos de una risa incontenible y estúpida.

Muy tarde, llegan los soldados arrastrando el «Peugeot» y nos reparten nuevamente los porotos con sopa. Parecen bebidos y nos hacen bromas de doble sentido que no sabemos interpretar. No sabemos si nos dan confianza o nos provocan. Nos reímos a medias.

—¿Hay algún maricón aquí? —pregunta uno.

—Aquí todos somos casados, mi soldado —dice don Ramón, tomándolo a broma—. Yo tengo catorce nietos.

—¿Y ninguno te salió maricón, tata?

Don Ramón se ofende y dice que el pueblo no produce maricones, que estos se encuentran entre los ricos. El soldado nos mira uno por uno, tratando de descubrir alguna evidencia feminoide. Instintivamente nos ponemos serios,



conformamos expresiones duras. Por un segundo mis sandalias parecen sospechosas, pero mis pies están tan sucios que la impresión se desvanece. No dice nada. Nos abandonan con un portazo.

Hacia las tres de la tarde sentimos la llegada de un vehículo y poco después, amontonados frente a las ranuras de la ventana derecha, descubrimos la llegada de un nuevo grupo de detenidos. Están con las mismas vendas blancas, de cara a la empalizada, con las piernas y los brazos abiertos. Los mantienen largo tiempo en esta posición. Sentimos pasos muy próximos y dejamos nuestro puesto de observación. La puerta se abre de un golpe y alguien es empujado al interior. Se queda vacilante ante nosotros, sin vernos durante unos segundos. Recién le han quitado la venda y no sabe dónde está ni quiénes somos. Se pasa las manos por la cara, se soba las muñecas heridas por las amarras. Viste un pantalón fino, muy arrugado, y una blusa de verano. Es rubio, robusto, de piel bronceada. Al fin nos mira, con desconfianza y repugnancia. Toca la puerta, las ventanas, como si buscara alguna posibilidad de salir. No, no quiere sentarse junto a nosotros, se queda junto a la puerta, como esperando algo, como negándose a entender que está aquí, que este es su lugar. Tampoco acepta un pedazo de pan que le ofrecemos. Al fin nos hace algunas preguntas y mueve la cabeza, incrédulo. No entiende que no seamos los delincuentes comunes que parecemos ni que tampoco seamos terroristas. No entiende que no sepamos por qué estamos aquí y que nos quedemos tan tranquilos, según a él se le ocurre. Tiene un marcado acento argentino. Parece repugnarle la idea de asimilarse a nuestra situación; la suya es muy especial. Nos cuenta algo, todavía encolerizado.

Es periodista para asuntos latinoamericanos de una cadena de televisión argentina. Viajó el jueves a Santiago, acompañado de un amigo, funcionario del Ministerio de Asuntos

Exteriores de Argentina. Fueron detenidos el viernes a mediodía, en el hotel, sin que hubiera todavía comenzado su trabajo. Se les tuvo vendados, atados a las sillas en el mismo lugar, hasta hoy a mediodía. Como protestaran y exigieran hablar con algún oficial, fueron golpeados. Ha sido traído con su acompañante, al que han puesto, supone, en otra cabaña. Habla indignadamente del escándalo internacional que esto habrá de significar y no duda de las reclamaciones que debe estar haciendo su embajador. Lo miramos con una cierta envidia, por su situación privilegiada, pero también con un poco de lástima, por lo que puede ser su ingenuidad al pensar que los escándalos internacionales tengan algún efecto sobre los golpistas. Más de algún embajador ha recibido patadas de los militares en los últimos meses.

Nosotros tenemos que seguir nuestra vida cotidiana. Es sábado y suponemos que nada podrá esperarse hasta el comienzo del lunes. El argentino se queda solo, esperando la llegada de alguna alta orden de liberación y nosotros volvemos a nuestro círculo en el suelo. Hay un tipo que me es desagradable, un tal Rubén, de unos cuarenta y cinco años, de modos muy ceremoniosos y convencionales, que trata de organizar nuestro ocio, de promover conversaciones, narraciones «entretenidas», ruedas de chistes, interpretación de canciones, discusiones científicas, filosóficas, etcétera, cualquier «tontería que nos entretenga». Él es también quien trata de uniformar nuestra conducta ante los soldados: obediencia, seriedad, discreción. No transgredir las reglas, aun cuando no hayan sido formuladas. Por último, es quien da órdenes sobre la mejor confección de nuestro lecho colectivo en la noche y sobre quién debe dormir al lado de quién. Además, mea cada quince minutos. Pretende ser un hombre liberal y moderno, sobre todo en sus relaciones con su mujer y sus hijas, pero se jacta de sus muchas «infidelidades» y se sorprende mucho si uno le pregunta si no se las habrá



permitido también su mujer. Es director del sindicato de empleados de su empresa, pero sus ideas políticas son muy ambiguas. Parece un radical de centro.

A eso de las cinco somos varios los que no soportamos más la necesidad de cagar. Don Ramón llama a un par de soldados que pasan junto a la cabaña.

—¿Así que quieren cagar, huevones?

Nos miran a la cara. Sus pieles aceitunadas están amoratadas por la cerveza. El aliento es inconfundible. Ponemos caras de sincera angustia.

—¡Afuera todos, mierda!

Saltamos en un segundo. Nos hacen sentar en la tierra, en dos filas. Miro al cielo y respiro. Una bandada de patos marinos en V pasa sobre nuestras cabezas. Trago todo el aire posible.

—A ver, huevones, quién sabe cantar.

Tiene una voz de «duro» de un bar de los filmes del oeste, pero no más de veinte años. Nos miramos unos a otros, desesperados. El hombre que ha hecho el servicio nos saca una vez más del apuro. Se pone de pie y se sitúa enfrente de nosotros. Muy serio, un poco temblorosamente canta *Yo vendo unos ojos negros*, una falsa canción tradicional. Lo aplaudimos discretamente. El soldado no parece muy conforme.

A ver, huevones, alguien que cuente un chiste.

Trato de ocultar la cara. Nadie responde.

—Vos, huevón, ven a contar un chiste. Y si es malo te pateo.

El elegido ha sido el «Gordo». Se pone al frente y cruzando las manos sobre la barriga cuenta uno de un maricón en las filas. Eso parece satisfacer al soldado.

—Ahora a cagar, huevones.

Nos conduce hacia el lado contrario del baño y por primera vez podemos ver el resto de las cabañas, construidas miserablemente, como piezas de guardar. Salimos por una

puertecilla, fuera de las empalizadas, hacia un bosquecillo de eucaliptos. Podemos ver la parte posterior de las cabañas, que dan hacia el puente, disimuladas con maderos. Inmediatamente está el río, y al borde de este hay lanchas de metal, de aluminio, probablemente, una serie de aparatos de desembarco y estructuras metálicas entre la hierba. Bajo el bosquecillo hay dos fosos rectangulares muy angostos, y sobre estos dos pares de troncos.

—¡Vamos, cagando! Tienen tres minutos

Nos bajamos los pantalones con prisa, tratando de equilibrarnos sobre los dos troncos también chorreados de mierda. Quedamos culo contra culo, difícilmente de frente. Yo quedo con el culo de Rubén, muy pálido, lampiño, enfrente mío, casi tocándome las rodillas. El de la televisión argentina se ha negado a participar en esta defecación colectiva. Nos observa con una incontenible repugnancia, con una extrañeza total, apoyado en un eucalipto centenario. El pozo no es muy profundo, no tiene más de un metro y medio de fondo, y las sucesivas cagadas forman capas multicolores, superpuestas, una especie de textura de Van Gogh, ocre, amarilla, naranja. El olor de los eucaliptos no se percibe, solo este olor letal, enfermo, corrosivo. Los soldados están a muy pocos pasos, apuntándonos con sus fusiles ametralladores. Fuman y se ríen. Cuentan el tiempo. La mierda de Rubén sale ante mis propios ojos, es como un parto. Un cilindro de mierda compacto, increíblemente grueso, estriado de nervaduras amarillas y con algunas incrustaciones blancas, granuladas, sale de un orificio estrechísimo. Parece cosa de magia. Algunos, a mis espaldas, son como esclusas que se destapan. Y yo no puedo nada. Los fusiles apuntándonos al culo por esas manos algo descontroladas por el alcohol, la necesidad de equilibrarme en los maderos, el dolor de los músculos de las rodillas, el olor, el espectáculo de este carnaval de mierda alrededor mío, me cohíben absolutamente. Nada,

puros vientos, como si la mierda se hubiera escamoteado, en una perfecta maniobra de ilusionismo. Trato de recordar mis ganas de la mañana, trato de imaginar que no soy sino mierda, una gran bolsa que debe desalojarse, y nada, soy una masa hermética, un globo perfectamente obturado. Por lo demás, nos apremian. Me subo los pantalones y aprovecho para hacerme una idea algo más amplia del paisaje. Más allá del bosquecillo de eucaliptos, tras una alambrada de púas, hay un sembrado de maíz. El río a unos treinta metros, formando un codo. Desde aquí la desembocadura es perfectamente visible. El campamento está oculto en una hondonada en la playa del río. Los automovilistas que pasan por el puente no pueden vernos debido a las barandas. Nos hacen trotar, de vuelta. El de la televisión argentina tal vez piensa que puede sustraerse a esta manera de regresar, pero recibe un golpe con el cañón del fusil en las corvas. Un «hijo de puta» entre dientes le sirve malamente de desquite.

## 17 DE FEBRERO, DOMINGO

Probablemente los fines de semana los oficiales no se aparecen por el campamento. La de ayer fue una noche caótica, ni siquiera nos sacaron al baño. Los soldados se gritaban, cantaban, tiraban piedras contra las cabañas y disparaban continuamente, no sabíamos contra qué. Estábamos al acecho, inmóviles en el suelo. Por último entraron al lado, a la cabaña de las mujeres. Evidentemente, estaban bebiendo con ellas. Por la ranura de su ventana se escapaba un denso humo de cigarrillos. No podíamos imaginarnos la conducta de las mujeres. ¿Participaban por temor, de pura desesperación, cínicamente o por gusto? Algunas cantaban, se oían risotadas, gritos histéricos, caídas. Luego sucedían silencios incomprensibles. A medianoche, algunos salieron fuera de la cabaña. En el estrecho espacio entre nuestra cabaña y la vecina la presencia de una pareja nos mantuvo a todos tensos.

—Aquí no, hace mucho frío —era la voz de una mujer.

Oímos que se alejaban. Estábamos todos furiosos. Alguno recordó que las mujeres prisioneras en el Estadio Nacional preferían ser fusiladas antes que dejarse manosear por los soldados. No podíamos explicarnos esa especie de complicidad. Algunos comenzamos a dudar de la condición política de los prisioneros del campo. ¿Pero qué otras razones justificarían su permanencia aquí?

Muy pocos han dormido. Yo me mantengo en un estado que no es el sueño ni la vigilia. O que es más bien una dualidad sueño-vigilia. De hecho no duermo. Estoy oyendo constantemente los ruidos, imaginando lo que sucede afuera, lo que podría estar haciendo Eva, lo que podría suceder en la horas siguientes. Al alba, a las seis de la mañana o antes, escucho cómo vienen a desalojar cabaña tras cabaña para la gimnasia y la carrera al baño. Mucho después de medianoche entró a la cabaña un soldado totalmente borracho, iluminándonos las caras con una linterna.

—¿Hay algún huevón despierto aquí?

Nos levantaba las mantas con el fusil y con la boca de este nos recorría los pechos. Insistía:

—¿Hay algún huevón que esté despierto?

Todos lo estábamos, y apretábamos los ojos, simulando un sueño de los más profundos. Alguno recibió una patada, pero apenas respondió con un quejido lejano, como si se hubiera tratado de una mala situación onírica. Se marchó insultándonos.

Hoy nos sacó a hacer gimnasia «Patá en la Raja». Hedía a alcohol, seguramente no se había acostado.

—A ver vos, huevón —me dijo, después de habernos formado enfrente suyo—, dime el número de tu carné. Rápido.

Se lo recité a la mayor velocidad posible.

—Muéstramelo.

Por supuesto, todos habíamos dejado los documentos en la cabaña.

—Agáchate, huevón. Andar sin carné es lo mismo que andar sin huevas. Te vai a acordar.

Se escupió la punta de la bota. Yo me había agachado lo más dignamente.

—¿Así que soi elegante, huevón?

Me había dado una patada muy sonora en el culo, pero consideraba que mi posición no era lo bastante humilde.

Me propinó una segunda.

—¿Estái enojao, huevón?

Hice un gran esfuerzo para no demostrar nada. Me traicionaba.

—¿Estái seguro, huevón? A ver, ríete.

Me reí hipócritamente, mostrando los dientes.

—Más fuerte, huevón, ríete con ganas.

Eché una carcajada como de sabio loco en una película de terror. La escena se repitió con dos o tres compañeros más. El sargento pareció al fin satisfecho y nos hizo trotar sin ganas durante unos diez minutos. Al fin bostezaba.

Cerca de mediodía, un suboficial cuya cara da la impresión de una enorme y solitaria dentadura, se ha presentado a buscar al de la televisión argentina. Le ha ordenado dejar aquí su reloj. El tipo había pasado la noche cruzado de brazos, en un rincón, fuera de nuestro lecho, hablando solo. En el momento de peor frío, en el amanecer, se había aproximado, buscando el calor de nuestros cuerpos. ¿Adónde lo llevan? Si van a enviarlo de vuelta a Santiago, ¿por qué ha debido quitarse el reloj? Antes de que salga le hago una seña (ya le había transmitido también el número de Eva) y me responde con un pequeño gesto afirmativo.

Hoy nos ha tocado un verdadero almuerzo de domingo: una sopa con pedazos de gallina, patatas, y los mismos fideos grises. También nos reparten un plátano a cada uno. Hugo me pasa su pedazo de carne a cambio de la patata y lo devoro todo pese a mi estado de saturación fecal. Guardo el plátano para la tarde.

Hacia las tres de la tarde abren la puerta. Es el mismo suboficial que se ha llevado al de la televisión argentina. Este está afuera, en el medio del patio. Su pantalón es una miseria. Parece mojado y tiene gruesas manchas como de barro y grasa. Nos mira con ira y desesperación, los dientes apretados. Tiene un gran moretón en la frente y uno de sus

pómulos parece raspado. El suboficial nos pide el reloj y el saco de plástico con su billetera y documentos. Nuestra visión dura brevísimos segundos. Nos preguntamos, aterrORIZADOS, qué le han hecho, y qué suerte nos espera a nosotros, que no somos de la televisión argentina ni tenemos algún embajador que proteste. Comenzamos a pensar seriamente que debemos prepararnos para enfrentar alguna prueba terrible.

El día está nublado, muy frío, hay una niebla baja permanente. Dado que soy uno de los más desamparados de vestuario, me dejan que me envuelva en una frazada durante todo el día.

El de la farmacia piensa que está detenido por haberse opuesto, junto a otros empleados, al cierre del establecimiento donde trabaja durante la huelga del comercio (una de las manifestaciones empresariales para derrocar al gobierno de la Unidad Popular). A eso se reduce toda su actividad política.

Rubén no deja que nadie se escape a su organización de distracciones. César, el «Gordo» y yo —y eventualmente el «Gurú»— tratamos de formar un grupo aparte, en el que se intenta comprender la realidad política, en vez de eludirla. ¿Cómo entender lo que pasó en este país? ¿Cómo entender, especialmente, la ingenuidad en que nos mantuvieron, deliberada o inadvertidamente, los dirigentes políticos de la izquierda gobernante sobre el verdadero y feroz carácter de la lucha de clases? ¿Cómo fue que gran parte de los conductores de la «vía chilena al socialismo» conservaron y nos impulsaron a conservar una cierta imagen de «Fuerzas Armadas profesionales», de una derecha humanista y caballeresca y, en última instancia, de un «golpe limpio»? ¿Tan poderosa y sutil fue la penetración cultural de la clase dominante, tan persuasiva la proyección de su imagen, incluso entre la izquierda? Pero Rubén nos persigue, insistiendo en que cada

cual debe contar alguna anécdota. Está convencido de que a mí, como tipo «distráido», deben haberme sucedido muchas cosas «interesantes». Finalmente, accedo a contar el drama de mi enajenación con Buster Keaton, especialmente una noche, cuando fuimos con mi mujer de entonces a ver una retrospectiva suya en La Rotonde. Habíamos dejado el coche estacionado mitad sobre la acera, frente a una joyería, en una calle próxima al Rond-Point. Como de costumbre, salí exaltado, liviano, con una imagen dinámica y generosa de la realidad, con un ánimo de conquistador del mundo. (El filme era la historia de una luna de miel en un fastuoso y fantasmal transatlántico vacío, al cual Buster y su novia subían por equivocación, y que cortaba las amarras a causa de una tempestad, navegando a la deriva, hasta llegar a una isla de salvajes que los atacaban y a los cuales Buster vencía con mil argucias). Al volver a nuestro coche yo me sentía en pleno océano aún, tratando de hacer funcionar máquinas incomprensibles. Di el contacto y aceleré. Por desgracia, estábamos enganchados en primera y el coche dio un salto, hasta chocar con una reja de la joyería. Las alarmas se pusieron a sonar con un escándalo espantoso. Se reunía una multitud alrededor nuestro. A los pocos segundos sonaban las sirenas de la policía y estábamos inmovilizados por una docena de *flics* montados en motocicletas rugientes y resplandecientes. Fue cosa de dos o más horas explicar en la comisaría el problema de mi profunda identificación con el espíritu de Keaton, y al menos unos días para que mi mujer dejara de mirarme con una cierta reticencia.

No hay manera de librarse de estas fugas de humor. Después de reírnos un rato, volvemos progresivamente a nuestra realidad, cada cual a su drama, y todos a esta incertidumbre, a esta tensa espera de nada preciso.

Hacemos nuestro miserable lecho temprano, pues después de las ocho no se ve nada adentro, y nos disponemos a

esperar alguna modificación de nuestra suerte en la mañana del lunes. El frío se ha hecho mucho más intenso. Solamente la tensión de estar pensando en lo que podría concernir a mi suerte mañana, me impide siquiera aproximarme al refugio, definitivamente rebelde, del sueño. Las pulgas, por lo demás, se han multiplicado dentro de estas ropas que nunca nos quitamos. Perseguirlas dentro de los pantalones, en la noche, cuando estamos prácticamente incrustados los unos en los otros, es absolutamente imposible.

---

## 18 DE FEBRERO, LUNES

Nos sacó a hacer gimnasia el duro del oeste. En realidad, le hemos apodado el «Tres Tiempos», porque nos obliga a hacer todo en esta medida: salir de la cabaña, lavarnos, abandonar el WC, entrar en la cabaña, etc.

—¡Salir en tres tiempos, y van dos y medio!

Ante cualquier retraso, como él dice, masticando odiosamente las palabras, nos hace «comer tierra». Esto consiste en someternos a órdenes casi simultáneas y contradictorias: tirarse a tierra de vientre, echarse de espaldas, sentarse, pararse, etc. De esto resulta que nuestras pobres vestimentas, que no nos hemos sacado casi en una semana, y menos para dormir, queden grises y compenetradas de polvo. Cuando íbamos al baño nos cruzamos con los prisioneros de la cabaña vecina, que regresaban. Conté diecisiete, entre ellos el aficionado al teatro o a la artesanía. Nos hicimos un pequeño guiño. En la tienda estaban los oficiales y algunos sargentos; en la puerta ardía una fogata. A la entrada del otro patio hay a veces algunas mujeres mirando por las ventanas de sus cabañas. No sabemos si son prisioneras o sirvientas. A veces, al fondo, vemos a algunos tipos que riegan el polvo del patio o que hacen fuego en lo que parece la cocina; también ignoramos su condición. En todo caso, las cabañas de ese patio están siempre cerradas, pero a veces se ven luces en sus interiores. César me ha dicho que hay gusanos en el

WC y otros compañeros lo confirman. Me imagino que son gusanos que pululan en el magma de mierda, y si bien la idea me repugna, no me extraña demasiado. Pese al frío del alba y a la imposibilidad de secarse, he tratado de lavarme lo más posible; al quitarme la blusa he visto que tengo la piel totalmente aguijoneada por las picadas de pulgas. El color de mi camisa no lo deja ver, pero en quienes tienen camisas blancas se observa un firmamento de defecaciones sanguinolentas.

Después del desayuno hemos estado esperando minuto a minuto que suceda algo. Espiamos todas las idas y venidas de los militares por el patio. Me hallo en un estado onírico, viciado, no puedo concentrarme en nada. Seis días sin cagar y seis noches sin dormir. Y atormentado de frío. Me parece ridículo no estar enfermo. Ni siquiera un resfrío, ni siquiera un dolor de cabeza. Comienzo a admirarme de una resistencia física que nunca tuve. Comienzo a desconfiar de una debilidad física que siempre me inhibió para competir en cierto tipo de esfuerzos.

Los soldados parecen haber recibido nuevas instrucciones. A las once nos hacen salir al patio. Inmediatamente se nos ocurre que algo va a definirse, pero no, se trata de sacudir las frazadas y de barrer la cabaña. Hay un hermoso sol marino y ahora se siente olor de eucaliptos. Los patos vuelan en escuadras sin fin cerca de la costa. Tratamos de demorarnos lo más posible. Entretanto, el hombre que ha hecho el servicio barre. Parece dispuesto a demostrar una conducta ejemplar, una eficiencia perfecta, sin cinismo alguno, más bien como recuperando un viejo reflejo de su educación militar que asocia sacrificio a recompensa, pensamiento-ideas-conciencia a insubordinación y castigo. Además de recibir la comida, siempre está dispuesto a sacar el tarro de los meados, a cantar, a prestar cualquier servicio. Salen nubes de polvo de la cabaña. Doy la cara al sol con

avidez. Pero esto dura muy poco, después de cinco minutos vuelven a encerrarnos. Parece que repiten lo mismo con todas las cabañas. Me quedo mirando por una ranura hacia el cerro. Hay algunas vacas cerca del Cristo y las envidio. Se oyen cantos de gallos, el paso constante de vehículos sobre el puente. Son los veraneantes. Poco rato después abren y preguntan quiénes quieren ir a la enfermería. La mitad, al menos, aunque no sea sino para estirar las piernas y tomar otro minuto de sol, decimos que estamos enfermos. Caminamos en fila. La enfermería está en la tercera tienda, a la salida del patio. Nos sientan en un tronco, mientras entra primero don Ramón. Desde aquí vemos el comienzo del puente, gran parte del río y la entrada del campamento. Hay otro bosquecillo de eucaliptos que oculta el campamento de este lado. Hay un soldado en cada una de las torrecillas en las esquinas de nuestro patio, limpiando las ametralladoras. Es difícil formarse una idea de conjunto del campamento. Entramos juntos con el «Gurú». La enfermera es joven, culona, muy tetona. Viste uniforme militar, botas y un gorrito con visera. Boca y ojos muy pintados. El «Gurú» dice que tiene el estómago destruido, que ha llevado de hace tiempo, debido a sus convicciones, un régimen de verduras y frutas, nada más. La enfermera, moviendo inevitablemente sus carnes, se extiende líricamente acerca de su nostalgia por un régimen semejante. Pregunta cómo poder sobrellevarlo sin desesperación. El «Gurú» aprovecha para hacer su pequeño proselitismo, y le insiste en que para ello hay que tener una convicción espiritual, y la conciencia de que toda carne que se come es corrupta. La enfermera suspira, dice que no puede hacer nada por la calidad de la comida y le da unas tabletas. En cuanto a mí, ¿cuál es el problema? Le expongo que siempre los he tenido para dormir, pero que dadas las condiciones miserables en que vivimos actualmente, esto es del todo imposible. Ella parece ofenderse por estas expresiones



de desprecio de su hospitalidad. En cuanto a la constipación, trato de detallar sus razones más crudas. La enfermera se muestra chocada por mi indiscreción. Da a entender que si estamos aquí es porque lo merecemos. Me da un laxante y una píldora para dormir. Llama al siguiente. Le pregunto qué puedo hacer si me dan ganas de ir al baño.

—Tómelo por la noche —me dice— para que el efecto coincida con la salida al baño en la mañana.

Alcanzo a gozar de dos minutos de sol y aire, mientras atienden a Manuel, el campesino.

Después nos traen los elementos que habíamos encargado comprar: pasta de dientes, cepillos, jabón, dos rollos de papel y —curiosa inspiración del soldado— un *spray* desodorante. Incomprensiblemente, nos dicen que hay prohibición de comprar toallas. Algo más ilógico todavía: olvidando el celo del «secreto militar» de nuestra prisión, nos entregan la factura de la compra con las señas impresas de un almacén de Llo-Lleo. Es un balneario muy próximo, entre San Antonio y Santo Domingo. Bajamos a tomar una cerveza allí, en algún bar de la plaza, cuando vinimos con Eva, hace un mes y medio. Habíamos pasado toda la mañana en la playa de El Tabo y buscábamos un lugar donde almorzar. De pronto, vestido con unos pantalones deshilachados, como un anciano hippy, apareció en la playa, a pasos nuestros, el poeta P. Hice un violento esfuerzo para no verlo, para no reconocerlo. Había tenido que escupirlo, de lo contrario, y no tenía ganas de enturbiar el placer del sol y las olas. Pues el poeta P., quizá para vengarse de haber recibido algunos raspacachos y no los honores que esperaba durante el gobierno de Allende —y todo esto a partir, anecdóticamente, de una irrefrenable aceptación de una invitación para tomar té con la señora Pat Nixon en la Casa Blanca, que provocó la consecuente ira de los intelectuales cubanos, sus anfitriones del día anterior—, ahora ha asumido la sucia responsabilidad

de dirigir un departamento en la Universidad de Chile, intervenida por los militares, y de depurarlo de «elementos extremistas». Pero su resentimiento no ha terminado allí. Debía extremarlo hasta un exhibicionismo grotesco, y se ha dejado fotografiar por un periódico tomando helados con el interventor militar. Todavía más: quiso ser el antihéroe de la antihistoria: envió unos versos a *El Mercurio*, el antiguo diario de derecha chilena, ridiculizando la lucha final de Allende y las circunstancias de su «suicidio». Parece que el diario decidió no publicarlos, quizá por respeto al propio prestigio que una vez tuvo el poeta.

He ahí el final, cuando la lucha de clases se agudiza y la sociedad pierde su ambigüedad, de algunos intelectuales y artistas que antes fácilmente se definían como independientes o francotiradores y que entonces podían usufructuar de los favores de ambos sin comprometerse a fondo con ninguno.

Destruimos la factura, para que no sepan que sabemos. Y nos rociamos del *spray*, que tiene un olor químico de pinos. Luego, a medida que la mañana avanza sin ninguna noticia que defina nuestra situación de prisioneros, comenzamos a recaer en un sombrío abatimiento. Aunque siempre hambrientos, comemos con desgana la sopa de porotos.

A media tarde oímos la llegada del camión y nos disputamos un lugar en las ranuras. Pronto aparecen los nuevos detenidos. Solo alcanzamos a ver algunos cuerpos, siempre de cara contra la empalizada, con sus antifaces, las piernas abiertas, los brazos extendidos; pero tenemos la impresión de que son una gran cantidad. Su aspecto es miserable y no nos cuesta imaginar su terror, la angustiada ignorancia del destino que les aguarda, después de las experiencias del calabozo y del viaje en el camión. Van a distribuirlos y nos sentamos, hablando de cualquier cosa, como si no supiéramos nada. Al rato empujan a cinco de ellos al interior de la

cabaña. Entran tropezándose, buscando un arrimo. Huelen fuertemente a encierro, a orines. Tardan largos minutos en fijar su vista en nosotros, en distinguir las características del interior. Cuando comprenden que no hay ninguna amenaza, que no va a sucederles nada peor, se echan en el piso, en silencio. Uno de ellos parece muy mal. Tiene los ojos rojos y gimotea, desesperado, sin ver a nadie. Parece haber sido golpeado. De vez en cuando da un grito salvaje, como llamando a alguien, inconsciente. Nos acercamos, ofreciéndonos los pedazos de pan que hemos guardado —nuestra reserva para entretener el hambre en la noche— y los devoran en un segundo. Les contamos lo poco que sabemos. Uno de ellos se recupera rápidamente. Tiene humor, incluso, y desenvoltura. Es director de un liceo cercano a Santiago. De inmediato declara ser comunista. Es pequeñito, delgado, entrecano, de unos cuarenta y cinco años, pero con cara de muchacho. Tiene una conciencia muy clara de las razones de su detención: notable influencia entre los estudiantes, actividades de orientación pedagógica antifascista después del golpe. Todos ellos han estado en el mismo lugar, atados a la sillas, desde el viernes y sábado. Esta vez el cargamento ha sido de unos veinte tipos. Sus relatos se organizan y se complementan en el resto del día. Por ahora, algunos se ponen a dormir. El que gime y otro más son campesinos. El primero parece sufrir de ataques de delirium tremens, ya que su consumo alcohólico ha sido bruscamente interrumpido. Hay un tipo enorme, muy joven, de mirada melancólica. Apenas habla, parece contener el llanto. Y otro, de edad avanzada, torvo, de expresión desconfiable. Nos alejamos de él por el hedor de sus pies. Es un olor vivo, traspasante, de origen gaseoso, como si sus pies y calcetines y botas estuvieran siendo trabajados por millones de bacterias y hongos, descomponiéndolos, pudriéndolos a una velocidad enloquecedora. Para colmo, como para ejercitar las piernas, da

patadas en el aire, de modo que el olor prácticamente nos da de bruces.

Hay muy poco espacio para caminar ahora. El tráfico por momentos se hace denso y no podemos dar dos pasos sin chocar. Algunos nos disputamos el aire que entra por las ranuras de las ventanas. Con el abogado, el «Gurú» y el «Gordo», tratamos de aislarnos en el compartimento de la derecha. Acerca de la gentileza de la izquierda durante el período pasado y la violencia de la derecha en el presente. Nos desespera no entender aún esta incoherencia. Mil veces recomenzamos, hablando de ese pasado, los si esto... si lo otro... todo habría sido diferente. Si solamente los que conocían el peso real de la amenaza nos hubieran hecho conscientes, como pueblo, de nuestra precisa responsabilidad, y si hubiéramos sido traídos aquí por defenderla, todo esto sería casi aceptable. Pero estar aquí como los segmentos de una confusa, inofensiva izquierda atomizada... Tenemos largas y difíciles discusiones. El «Gurú» tiene una vida curiosa. Ha estado los últimos años estudiando pintura en Canadá y, para costearse estos estudios en un país de cultura plástica tan poco imaginable, trabajaba en un hospital. Hasta el día en que el gurú Maharají —que entonces tenía doce años— llegó en su turbo-jet desde la India para revelar su mensaje en un estadio. Hugo no recuerda por qué estaba allí —por curiosidad o por divertirse, tal vez—, el caso es que en adelante olvidó todos sus actos profanos. Le bastó ver al gurú y oír un par de palabras suyas para comprender que su mensaje era justamente el destino que había estado buscando y que todo lo que ambicionaba decir con la pintura no era sino una parte ínfima y rudimentaria de la verdad que ahora se abría ante él. De modo que se aproximó al gurú, hasta que logró viajar con él a la India, donde al fin recibió el conocimiento. Desde allí, le pareció que su deber era difundir el mensaje en Chile. Ahora tiene algunos evidentes conflictos entre su

sensualidad y su responsabilidad. Piensa que no debe afligirse y considerar todo esto como una prueba de su vocación. Pero de hecho se aflige. Duerme gran parte del día, y otra gran parte la ocupa en sus meditaciones, cubriéndose ahora la cabeza con un pedazo de frazada, porque la luz externa, que no es mucha, lo «distrae de la verdadera luz». Pero súbitamente recuerda el gusto de un trozo de sandía deshaciéndose entre los dientes, haciéndose jugo sobre la lengua, y la vida aquí se le hace insostenible. De pronto, después de unos instantes de vacilación, se decide a contarnos una curiosa historia: cuando hacía trámites para legalizar el funcionamiento de su «hogar», fue llamado a una reunión por el intendente de Santiago, en ese tiempo un socialista. Tras los necesarios preámbulos, este le propuso poner a su disposición todas las facilidades necesarias para desarrollar sus actividades: alquiler de casas, publicidad, transporte, etcétera, siempre que prometiera difundir su mensaje exclusivamente en los barrios ricos. «Querían usarme para distraer la atención política de los jóvenes fascistas», nos confiesa con un melancólica perspicacia. «¿Y por qué no aceptaste?», preguntamos. Suspira desde su posición de loto: «Yo no podía negar el mensaje del «Gurú», la luz divina, a los pobres».

En el compartimento vecino, el profesor ha monopolizado la atención y Rubén solo tiene un rol superfluo en su manía de organizar las comunicaciones. El profesor parece conocer una infinidad de trucos para distraer a su auditorio y para instruir sobre cualquier materia con un aire jovial y ligero. Su intención parece ser la de trivializar nuestra situación, la de consumir el tiempo de un modo que no nos atormente. Chistes (y muchos sobre los militares), anécdotas, canciones, un cierto enciclopedismo básico y ameno, y una confianza simple y comunicativa en la victoria final de los trabajadores, lo convierten de inmediato en el mayor deleite para muchos de nosotros.

Por la tarde, poco antes de la comida, han sacado a las mujeres al patio. Son unas diez, es la primera vez que las vemos en conjunto. Tienen entre veinte y sesenta años. Ninguna me parece particularmente expresiva. Canturrean, se ríen, conversan con los soldados. Ninguna da la impresión, tampoco, de las militantes políticas que hemos conocido. Parecen muy banales, o fingen serlo. Las más jóvenes visten pantalones.

Las ganas de fumar me atormentan. Siento los bronquios insoportablemente vacíos, como una plaza solitaria. Para qué hablar de la necesidad de una botella de vino.

---

19 DE FEBRERO, MARTES

Tomé mis píldoras laxante e hipnótica, y el campesino seguía jadeando y llamando con voz ininteligible. Nos dieron más frazadas y colchonetas –siempre insuficientes– y logramos acostarlo. Tenía los pantalones mojados, posiblemente de haberse meado, y las comisuras de la boca, el cuello y la chaqueta empapados de baba. Durmió un rato, con sobresaltos. Más tarde se levantó, en la oscuridad total, ignorante del lugar donde se hallaba, y pasó sobre nosotros, gritando, cayendo una y otra vez. Decía que tenía que ir a cosechar los melones, que tenía que ir. Que los melones iban a pasarse, que iban a reventarse de maduros con ese sol. Que lo dejaran ir. No teníamos qué darle para tranquilizarlo. Le hablábamos, el profesor le decía que no, que todavía no era tiempo, que a los melones les faltaba todavía. Manuel intentaba calmarlo con su propio lenguaje caluroso y cantante del campo. Pero él lanzaba los pies hacia adelante, nos daba golpes, quería abrirse camino. Era un caos, el lecho había volado por todas partes, nos tropezábamos en la oscuridad, recibíamos golpes, estábamos agitados por una risa histérica, ahogada, y tratábamos de cubrir los gritos del campesino envolviéndolo en frazadas. En el fondo nos gustaban sus gritos, de algún modo nos identificábamos con su desesperación, había que cosechar esos melones, todo el trabajo se iba a ir a la mierda si no lo hacíamos ahora, si

no empleábamos todas nuestras fuerzas en cobrar sus frutos. Sonaron un par de disparos cerca y creíamos haberlo aterrorizado lo suficiente, con nuestro propio miedo, para que se quedara otra vez quieto. Deliraba muy quedamente, como adormeciéndose con sus propios lamentos. Volvimos a ordenar malamente el lecho. El recién venido apestaba la cabaña con sus pies. Don Ramón y el «Gordo» comenzaron a roncar. El «Gurú», a mi lado, también se durmió prontamente. Yo buscaba el sueño con esfuerzo, como remontando un río. De pronto oí un grito de batalla, siempre algo que tenía que ver con los melones, y el campesino saltó sobre todos nosotros, y ciego se lanzó fuera de la cabaña, rompiendo no sé cómo el pestillo de la puerta, y lo sentí correr gritando hacia el lado del río, y todos se despertaron y la ametralladora de la torre comenzó a funcionar, llenando la atmósfera de un ruido de fragmentaciones de rocas gigantescas, y luego nada, voces, unas estúpidas risotadas, algunos gritos, y después un silencio indescifrable.

Pero pronto nos sacaron violentamente de la cabaña. Nos contaron, mientras nos estremecíamos de miedo y frío. Querían saber si no había sido un intento organizado de fuga. No quisieron respondernos cuando preguntamos si el campesino había sido muerto. Nos introdujeron a la cabaña a culatazos.

No sé si me hizo algún efecto el hipnótico; de todos modos, debe haber sido tan fuerte la fatiga, que me parece que he dormido al menos un par de horas al amanecer.

Al alba, apenas nos sacan a la gimnasia, volvemos a preguntar sobre el campesino. Los soldados se ríen. Parece estar vivo, pero no nos aclaran en qué condiciones. Dicen que, en todo caso, «al huevón ya se le pasaron las ganas de cosechar sus melones».

Algunos compañeros, y los mismos soldados, habían hecho bromas sobre los efectos afrodisíacos de un ingrediente

del té que nos reparten. Después del desayuno, el profesor nos explica su fuerte contenido en «piedra alumbre», esto es, sulfato de aluminio, cuyo poder astringente parece ser conocido desde la antigüedad. Lo usaban antes los barberos para restañar las heridas, y en Chile lo usan abundantemente el Ejército, las cárceles y en general todos los internados de estudiantes, religiosos o laicos, por su fuerte acción inhibitoria de la circulación en las zonas erógenas. Esta explicación más bien nos divierte. Nos parece demencial que se preocupen de inhibirnos sexualmente con medios químicos, puesto que de sobra nuestra misma situación nos mantiene en un estado de inhibición no solo sexual, sino que fundamentalmente sentimental. La incertidumbre y el miedo de lo que pasará con nuestras vidas no dan lugar ni a la nostalgia ni al deseo.

Me siento extraordinariamente aliviado, lúcido. En la mañana ha sucedido el milagro al ir al WC. Junto con preparar en la noche taponos para los oídos con papel —lo que quizá me permitió dormir un momento— había dejado listos otros taponos para la narices. Un tanto protegido por ellos, me subí al cajón, para no tocar las tablas compenetradas de orines y mierda, y me colgué de un palo que soporta el techo de los retretes, como un mono. Y entonces fue como destapar una vieja alcantarilla, cantidades increíbles de mierda que sonaba estruendosamente al caer sobre el espeso contenido del pozo. Me sentía liviano, casi un elfo, al salir de allí. Pienso que dormí aún algunos minutos, mientras todos hablaban a mi alrededor, en las tres horas que median entre la gimnasia y la ida al baño y el desayuno.

Me pregunto si el de la televisión argentina habrá llamado a Eva. Me pregunto qué ha pasado en casa en toda esta semana. Doy casi por descontado que han hecho nuevos registros y que han descubierto todos mis papeles. Mi única esperanza es que Eva y los amigos estén intentando algún

tipo de intervención a alto nivel para salvarme de lo peor. Tengo una idea muy vaga de mi destino. Así como mis compañeros, no quiero pensar en lo que harán conmigo. Pensar constantemente en eso, imaginar, haría de cada minuto que transcurre aquí una ingestión de veneno.

Después de la sopa de porotos, que ha llegado a ser cotidiana, estábamos hablando con César y el «Gordo» de la responsabilidad de los democristianos en el golpe. El PDC fue el partido que proporcionó la mayor parte de los instrumentos ideológicos y de los argumentos conceptuales, en estrecha alianza con la derecha, para uso de las Fuerzas Armadas. Pero con la convicción de que las Fuerzas Armadas serían solo el instrumento de derrocamiento de Allende para luego poner en su lugar presumiblemente al ex Presidente Frei. La repugnancia a los democristianos es muy fuerte en algunos de nosotros, en gran parte de la izquierda, especialmente si se tiene en cuenta que jugaron torcidamente con todas las tentativas, por demás ilusas, que hizo el PC para buscar un entendimiento con ellos antes del golpe y, aparentemente bajo presión, el mismo Presidente Allende, incluso en los últimos días de su vida. Inmediatamente después del golpe, bajo su apariencia de tecnócratas o de factores «amortiguantes» entre el fascismo y la izquierda, algunos ocuparon las sillas todavía calientes abandonadas por los muertos y los perseguidos.

—Estoy seguro de que aquí jamás traerán a un democristiano —digo en voz alta, muy ofuscado.

El gigante melancólico, el que trajeron ayer, me mira entonces fijamente, con indignación y tristeza. No dice nada, pero se produce un silencio extraño, que en ese momento no llegué a comprender.

Solo después, al anochecer, se decidió a hablar. Resulta que es justamente democristiano, y presidente del sindicato de empleados de una fábrica de aceites y margarinas. La

fábrica fue intervenida por el gobierno de la UP, y en este caso los trabajadores democristianos estuvieron de parte de la izquierda para apoyar la intervención, aun cuando él era partidario de la autogestión, especie de colaboración capitalista entre trabajadores y empresarios. Supone que esta es la razón de su detención. Tiene una invitación y un billete para viajar a San Francisco, el lunes próximo, a un seminario de sindicalistas, algo organizado por la AFL-CIO, organismo infiltrado por agencias norteamericanas. Confiaba en que los militares permitirían un sindicalismo no marxista. Alguna vez estuvo a punto de ser pastor evangélico, pero entonces se enamoró de la que ahora es su segunda mujer. Tuvo que elegir, qué diablos. Cree en la justicia trascendente del cristianismo, no entiende el carácter «imprescindible» de la lucha de clases. No está de acuerdo con el golpe, pero tampoco estaba de acuerdo con el gobierno de la UP. Le digo que sus ideas y sus buenas intenciones le han sido transmitidas por la clase dominante para defenderla en última instancia, sin que deba entrar en conflictos con su moralidad. Se queda pensando, parece muy confuso por todo, no especialmente por lo que le digo. Su situación, nuestra situación, le produce más tristeza que odio. Parece sentir que algo ha marchado mal, sin llegar a comprender exactamente qué. Como si no hubiera sido sino moralmente traicionado. Creo que comprendería y perdonaría a los que ahora, incomprensiblemente, son sus enemigos.



---

## 20 DE FEBRERO, MIÉRCOLES

Nos despierta muy temprano el frío. Nos hemos repartido en los dos lados de la cabaña y nuestros lechos ocupan casi todo el espacio. El tarro de los meados, siempre lleno, tiene un olor fétido de metal corrompido por el ácido. Nos ponemos a escuchar los gritos para despertar a los prisioneros de cada cabaña, los sucesivos trotes de cada grupo en el patio, las idas y venidas al baño. Buscamos nuestros zapatos en la oscuridad, para estar listos a salir en «tres tiempos» cuando abran la puerta. Algunos duermen con ellos y ni siquiera les es necesaria esta preparación para saltar del lecho al patio. Nuestras barbas están espesas, nuestras cabelleras endurecidas por el polvo y la suciedad. El tiempo siempre es insuficiente para lavarse, hay que elegir entre el WC o los caños de agua. Los que logramos lavarnos volvemos con los cuerpos humeantes, esperando que nos seque el aire. Y después de toda esa prisa al amanecer, nuevamente a permanecer ociosos en la sombra de la cabaña. Hay solo tres acontecimientos más o menos previsibles en cada día: el desayuno, el almuerzo de porotos y la cena de porotos más licuados. Las visitas de las enfermeras son caprichosas. También lo es la presencia de los soldados. A veces nos abren la puerta con cualquier pretexto, continuamente. A veces desaparecen gran parte del día.

Las mujeres no son obligadas a hacer gimnasia. A eso de las diez de la mañana las dejan salir a tomar sol en el patio.

Después del desayuno, el profesor se ha puesto a fabricar un juego de damas, utilizando la caja de cartón en que nos trajeron las compras. En esos momentos se presentó el suboficial cuya dentadura distrae de la captación de cualquier otra seña en su rostro. Traía un cuaderno y nos pusimos de pie anhelantes, presintiendo algo decisivo. El llamado fue César, que saltó al instante.

—Deje su reloj y los anteojos.

Los oficiales no tutean. Dio un portazo, llevándose al elegido, y nos quedamos mirándonos como huérfanos de la realidad, como seres irreales cuyo destino está olvidado o en suspenso en algún centro indiscernible de la nueva y caótica burocracia policial. Echados en el suelo, durante mucho rato no hablamos. Sabemos lo que estamos pensando. Envidiamos la llamada de César, pero también tememos los peligros que puede depararle. ¿Cómo y dónde se deciden estas llamadas? Alguien que miraba por las ranuras ha dicho que César no era el único, que se había unido a un grupo de tres o cuatro prisioneros. ¿Adónde los llevan, realmente?

El profesor restablece la continuidad de la vida cotidiana. Después de media hora de chistes decide dar algunas lecciones de aritmética a Manuel, el campesino, que se muestra apasionado por aprender a dividir. Decididamente nos hemos dividido en dos grupos: el de los pies hediondos, don Ramón y los más viejos en el lado izquierdo; los «intelectuales» nos quedamos en el derecho.

Es decir, los que «no quieren calentarse la cabeza» y se distraen a cualquier precio, y los que intentamos comprender y discutir este drama del cual somos una ínfima parte. Tratamos de imaginar el uso que haríamos de nuestras vidas si alguna vez logramos salir salvos de aquí. Se nos ocurre que esta experiencia, esta desvalorización total de nuestras vidas, tendría que magnificar más tarde para cada cual sus significados. Que habríamos de ser conscientes del uso de

cada minuto, del aprovechamiento de cada posibilidad sensual, de la realidad total de cada acto. Hay algo más: alguien ha robado el pan del «Gurú». Todos nos indignamos. Se nos ocurre, quizás injustamente, que ha sido el de los pies hediondos. La promiscuidad fisiológica y nuestra incoherencia ideológica, de todos modos, nos conduce a detestarnos un poco. Para algunos, el otro es quien disputa su espacio vital, un pedazo de frazada, las sobras de pan duro, que a veces nos reparte algún soldado en forma extra. Pero también el otro a veces es quien no tuvo una actitud definida, quien no entendió cabalmente lo que estaba en juego. Son los que juran ya que de salir vivos de aquí jamás volverán a «meterse en política»; es decir, los que ya en estos días han sido neutralizados quizá para largo tiempo.

En la tarde se presenta el oficial de rasgos delicados, acompañado de dos soldados. Parece sinceramente sorprendido de nuestros aspectos. Nos hace salir al patio y sentarnos en la tierra. ¿Que por qué no nos hemos bañado? ¿Que por qué estamos con estas barbas? ¿Cómo, si él había dado instrucciones? Mira a los soldados, como extrañado. No sabemos si es una comedia. En fin, que sacudamos las frazadas y limpiemos la cabaña. Tomaremos aire unos minutos. Mañana podremos lavar nuestras ropas y bañarnos, si hay buen tiempo. Por ahora, ¿alguien sabe cantar? El que ha hecho el servicio indica. Sí, le gustan mucho las canciones chilenas. Nuestro compañero se pone de pie, adelante, cantará *Ando buscando un tesoro*, y nosotros debemos corear las estrofas. Algunos desentonamos intencionalmente. ¿Qué es esto? ¿Debemos reírnos y avergonzarnos? Lo único que me importa es respirar. El oficial aplaude complacido. Se trata de estar afuera todo lo posible y aplaudimos a rabiar para una nueva canción. El oficial accede, pero ahora una vez terminada, de pie y adentro, en orden. Luego, escuchamos la repetición del número en cada una de las cabañas. Nuestros vecinos

logran un récord de permanencia en el patio, gracias a su conocimiento de himnos militares.

Solo antes de la comida se presentan con César de vuelta. Lo dejan entrar a la cabaña a recoger sus cosas. Tiene un olor fétido, las ropas hechas una inmundicia, una ceja rota. Los músculos de su rostro están rígidos. Sin embargo, aparenta tranquilidad. El soldado vigila y solo está dos segundos en el interior. Nos mira a algunos, asegurándonos que transmitirá nuestros mensajes y solo alcanza a murmurar un par de palabras, sin mover los labios: «Es duro».

---

## 21 DE FEBRERO, JUEVES

Estábamos demasiado inquietos y angustiados por la imprecisa revelación de César, y el profesor entonces decidió cortar por lo sano: dijo que debíamos ser conscientes de que nos torturarían a todos. Si alguien se salvaba, mejor, pero que teníamos que saberlo. Su partido tenía informaciones de que era así y los militantes habían recibido instrucciones sobre el carácter de las torturas. Tortura eléctrica, por descontado. Nos explicó el funcionamiento de la maquinita y los electrodos: alto voltaje, pero baja tensión. Insoportable, pero no como para matar. Lo escuchamos fascinados, temblando. Había que hacerse a la idea, sería más fácil. Nos atormentaríamos menos y podríamos soportarlo mejor. Como para romper la tensión, comenzamos a hacernos bromas sobre la tortura.

El «Gordo», que ha perdido ya unos cinco kilos, aseguró que saldría hecho una belleza después del tratamiento. Yo recordé que de chico me gustaba bastante meter los dedos en los enchufes.

Pero después hemos comenzado a lamentarnos de nuestra miseria. ¿Para qué torturarnos, si bastaría un interrogatorio bien llevado? Nadie pretende ocultar su participación ideológica en la UP. ¿Qué información estratégica pueden sacar de esta menuda gente que estamos aquí? Nos sentimos como conejos de jaula: nuestros amos pueden venir en el

momento que quieran para escoger al que quieran y hacer con él lo que se les ocurra.

Alguien le dijo ayer al oficial que los soldados jamás nos daban tiempo para bañarnos. Al parecer, el oficial debe haberlos reprendido, porque uno de los que lo acompañaban se presentó hoy preguntando quién había sido el maricón. Nos quedamos todos en silencio. Paseó la vista por cada uno, mirándonos fijamente, y yo debo haber desviado la mirada.

—Te voy a machacar, maricón —me dijo con un odio intenso.

Y al almuerzo me llamó a distribuir los platos, mientras él mismo servía del fondo, insultándome por mi poca destreza. Aprovechando mi nerviosismo, de pronto vertió una cucharonada de garbanzos hirvientes sobre mis pies semi-desnudos.

Encogido de dolor, comí de todos modos los garbanzos durísimos.

A menudo, el campesino se desvanece a causa de su corazón enfermo. Apenas respira, y nos apretamos en un compartimento para que pueda tener todo el aire en el otro. Poco falta, entonces, para que todos perdamos el conocimiento. Cuando despierta se pone a hablar, como prosiguiendo el desarrollo de un sueño, pero muy coherentemente, cada vez más relajado. Jamás fue a la escuela, por supuesto, y el primer par de zapatos que tuvo los compró el día de su boda. Toda su vida se pasó entre las seis de la mañana y la puesta del sol, los pies en el agua, la cabeza a la lluvia o al sol, encorvado, sacando malezas, abriendo surcos, limpiando surcos, plantando, matando bichos, cosechando. Toda la vida, Diosito, y después en las noches hacer críos para que repitieran la misma historia. «Hasta que llegó el compañero Allende, nomá, y los jodio a los jutre». Tantita alegría, que nunca habían tenido cuando llegó el compañero de la CORA (Corporación de la Reforma Agraria) y

les dijo que sí, que dirigieran ellos mismos la producción, que era lo que querían, después de haber ocupado la casa de los dueños, porque igual estaban dispuestos a todo. Y entonces otra vez de la mañana a la tarde, y hasta en la noche en el campo, pero ahora «pa' nosotros y los compañero de la clase obrera», por nuestra voluntad. Tiene una ternura especial por los tomates, que cómo hay que cuidarlos de la «helá», que los almácigos, el trasplante, las plagas, todo el amor que hay que tenerles hasta que se afirmen. Manuel habla en la oscuridad de los tomates, del agua que va inflándolos y del sol que los va pintando «como si estuvieran de acuerdo los dos», y sabemos que está viendo su campo, sus compañeros con los pies desnudos cosechando quién sabe para quién, ahora, su mujer, sus hijos en el patio de la casa en silencio, volviendo a interrogar a la naturaleza, volviendo a recordar las viejas supersticiones para llamar a la suerte, percibimos con él el olor ácido y ferroso de las oscuras hojas del tomate, y cada cual, en su lecho de viruta, evoca su mundo correspondiente.

---

22 DE FEBRERO, VIERNES

Hoy, efectivamente, nos llevan a bañarnos, rasurarnos y a lavar nuestras ropas. Hace un radiante sol. La ducha es una jaula construida con módulos de fierro en los que todavía se leen las marcas: «US Army». No cabemos más de dos al mismo tiempo y mientras unos se bañan en el agua muy fría, otros lavamos las camisas y las ropas interiores. Nos han prestado un par de extrañas maquinillas de afeitar que carecen del soporte inferior, de modo que la hoja corta a filo abierto. Sacarnos las gruesas barbas unos a otros resulta una especie de carnicería, todos sangramos y quedamos con islas de pelos en las caras.

Junto a la ducha y los lavabos hay un enorme tarro donde se echan las sobras de comida de los soldados, y las moscas forman una nube. El proceso resulta muy lento y siempre nos están apurando. Nunca tenemos con qué secarnos y tampoco nos permiten hacerlo al sol, de modo que al salir de la ducha tenemos que ponernos los pantalones sobre los cuerpos mojados. Colgamos las ropas lavadas sobre los alambres de púa que cierran esta parte del campamento. Un poco más arriba hay un muro y tras este está el camino que bordea el cerro. Regresamos a la cabaña con los torsos desnudos, dando un aspecto muy miserable, pero sintiéndonos, a pesar de todo, más aliviados. Pese al sol, el interior de la cabaña está muy frío.

He comenzado a perder las esperanzas de que estén haciendo algo por mí en Santiago. El «Gurú», que también esperaba una movilización a su favor del Maharají y sus tres millones de adeptos, está desconcertado. Qué decir del gigante melancólico, dirigente sindical democristiano, cuyo partido, todo lo indirectamente que se quiera, tiene responsabilidades en el gobierno de la Junta. «Patá en la Raja» sigue presentándose de vez en cuando. Nos somete a alguna prueba estúpida y acertemos o no, por angas o por mangas, nos propina sus sonoros puntapiés en el culo. Esta mañana, como pareciéramos muy perezosos en la gimnasia, fuimos castigados con cincuenta metros de sapitos, esto es, correr a toda velocidad en cuclillas, lo que aparte de ser casi imposible produce en el interior de los muslos un dolor que impide caminar. En compensación hemos logrado, después de días de ruegos, que un soldado nos venda a un precio exorbitante un paquete de cigarrillos. Hemos decidido hacer un derroche y fumar uno por cada dos cabezas, pese a la advertencia de que si nos sorprenden vamos a ser duramente castigados y también el soldado. Lo imprevisto es que después de tres chupadas nos mareamos. Algunos sienten ganas de vomitar. Yo lo siento como el efecto de una droga, y aprovecho la repugnancia de algunos para fumar los restos. Logro emborracharme, la cabaña se deforma y no puedo hacer ningún movimiento sin producir terribles oscilaciones en su equilibrio, como si me hallara sentado en el centro de una balanza. Después, por primera vez desde que estoy en el campamento, recuerdo mi visita a la bruja.

Un grupo de amigos estaba fascinado con ella. Sara insistía en que fuera. Los relatos acerca de sus capacidades videntes, a pesar de cuanto se hiciera para desorientarla, entusiasmaban a vivir la experiencia, aunque no fuera sino por curiosidad. No tenía nada que hacer, mi destino, por lo demás, era absolutamente incierto, y le había pedido hora

por teléfono; en esta época, la demanda por la atención de los adivinos era extraordinaria. Ninguna cita se obtenía sino con una semana de anticipación. Me encaminé a Ñuñoa, un tranquilo barrio de clase media, de viejos chalets con frondosos antejardines. Me instalaron en una salita donde había un mullido diván, una mesita y una biblioteca que comprendía textos de todas las viejas técnicas adivinatorias y de los psicólogos clásicos y modernos. La bruja no tenía nada de tal. Era una dama algo entrada en carnes, muy cordial, con aires de feliz dueña de casa. Durante diez minutos al menos insistió en que yo la desorientaba. Parecía afligida. No sabía si yo era un hombre espiritual o práctico, un músico o un corredor de automóviles. Miró mis manos y poco a poco, titubeando, comenzó a entresacar hechos, situaciones, fechas. Muy fragmentadamente, como en una serie de tarjetas de identificación, iba saliendo todo lo que había hecho. «Usted es escritor», me dijo súbitamente. Yo no aprobaba ni negaba, me negaba a ayudarla a que hiciera deducciones. Y de pronto se puso a describir a Eva y lo que había sido mi vida con ella. Ese extraño conflicto erótico-cultural, esa inhibición de mi vitalidad que había sido mi vida con Eva, contados por una extraña que no sabía ni mi nombre, me conmovía fuertemente. Pero mi vida cambiaba del todo, pronto, en los próximos dos años. Comenzó a echar el tarot. Todos los personajes que habían hecho mi vida iban ordenándose sobre la mesa, en una especie de triángulo dentro de un círculo. De pronto se refería a circunstancias muy privadas, muy precisas, y no me quedaba sino reconocer su veracidad. «Usted no va a viajar antes de marzo», me dijo, viendo el futuro, sin saber que yo estaba decidido a viajar en febrero. «Pero con qué cantidad de gente usted va a estar reunido. Tanta gente», insistía. «¿Por qué, adónde piensa ir?». «Sí, su vida cambia del todo, acuérdesese de mayo, en mayo sucede algo definitivo». «Y, después de haberlo rehuido tanto tiempo, va a tener



un hijo. Usted nunca ha querido a nadie verdaderamente, usted nunca se ha comprometido hasta la médula. Ahora va a pasarle. En todo sentido. Lo siento, pero se va a casar de nuevo, aunque no se debería casar, por su carácter. Pero su carácter también se modifica con esta experiencia. Y esta vez lo va a tomar en serio. Es una morena, de piel blanca, muy joven. Su vida cambia del todo, usted se va a entregar a algo totalmente distinto de lo que ha hecho hasta ahora».

Había estado más de una hora hablándome. Debí reconocer que me había contado muy bien mi vida. Salí de allí inquieto por la morena con quien tendré que casarme y por el aplazamiento de mi viaje.

Todavía mareado por los cigarrillos, me pregunto si la multitud de personajes que iba a encontrar son estos, mis compañeros.

Ayer y hoy han llegado camiones con nuevos prisioneros. El tráfico de carne evidentemente se intensifica. Ayer no nos tocó ningún nuevo huésped, pero hoy nos han echado seis. En los grupos de ayer y hoy había mujeres, unas siete en total, entre ellas una muchacha, de no más de catorce años. Los recién llegados son: un mozo de cocina del Hospital Barros Luco, muy pequeñito y fuerte; un compañero de trabajo del de la farmacia, especie de buda viviente; un muchachote de rasgos campesinos, vestido a la moderna, que recién ha terminado el servicio militar; un empleado de la Empresa de Comercio Agrícola, que dice haber sido aprehendido con todo un grupo de vecinos por denuncia de una vieja; un almacenero, del mismo grupo, que vendía por cuenta de la JAP (Junta de Abastecimiento y Precios. Las había principalmente en los barrios populares y, junto con asegurar el abastecimiento de la población, frente a la especulación y el mercado negro desatados por la derecha, cumplían una tarea de concienciación de clase. Fueron duramente combatidas, como embriones que eran de poder

popular) durante la UP, y que no tiene mayor idea de política; un profesor de primaria, socialista, que dirigía una JAP en su barrio, y cuya mujer ha sido traída junto a él y se halla en la cabaña vecina; y el presidente de un sindicato de trabajadores de hospitales demócrata. De modo que somos una especie de mosaico informe de la sociedad chilena. El caso del nuevo demócrata es especialmente significativo, ya que representa a unos trescientos mil trabajadores. ¿Cómo se explica que muchos de los políticos de este partido y casi todos sus intelectuales y tecnócratas colaboren con los golpistas y que los dirigentes sindicales del mismo sean encarcelados? El hombre no quiere hablar de eso; menos sentimental que su correligionario, el gigante melancólico, prefiere creer que su detención proviene de algún error que habrá de ser prontamente reparado, y se une de inmediato al grupo de los que pasan el día contándose chistes y anécdotas, sin siquiera condenar a los culpables de su propia situación. De hecho, ya no podemos movernos dentro de la cabaña: tenemos poco más de medio metro cuadrado por persona.

---

24 DE FEBRERO, DOMINGO

Al amanecer vi los gusanos en el WC. Yo había pensado que pululaban sumergidos en el pantano de mierda, pero no, se deslizan sobre el piso y sobre las mismas tablas de los cajones donde uno se sienta. Son exactamente como una tira de algodón sucio, sin cabeza. Pero lo más repulsivo es que tienen el intestino afuera. Caminan muy lentamente, arrastrándolo. Algunos me dicen que se les han pegado a los pantalones mientras cagaban. Me revisé minuciosamente. Creo que en muchos días no podré cagar de nuevo.

Los llegados últimamente no fueron pasados por la experiencia del simulacro del fusilamiento. Algunos de ellos, en cambio, han sido duramente golpeados en el calabozo. Alguno de los guardas se ensañó especialmente con un fornido jugador de rugby, que se halla ahora en la cabaña vecina, y que para colmo es derechista. El caso es que el tipo fue apresado por intentar seducir a la mujer de Leigh, el general más orgánicamente fascista de la Junta. Pasaba cada día ante su casa y se daba la casualidad de que ella en esos momentos siempre estaba en la ventana o en el antejardín. Este disminuía la marcha de su vehículo cada día más aventuradamente, echándole besos y sonrisas cada vez más ardientes. Hasta que se detuvo y se bajó, resueltamente, para hablarle. Una media docena de policías cayeron sobre el seductor, antes de que pudiera abrir la boca.

—¡Así que te quería culiar a la mujer de mi general, desgraciao! —le gritaban, mientras le daban de golpes.

—No sería la primera mujer de un milico que me tiro —respondía bajo los golpes. Y como estos le cayeran con mayor violencia—: ¡Échenle nomás, huevones! El placer tiene su precio. Total, igual me rompo la cabeza todas las semanas.

Dicen que, efectivamente, su cabeza es una calamidad, pero que su deporte le había dado el hábito de tenerla así. Dan por descontado que en el interrogatorio lo van a moler.

El profesor de primaria hizo varios intentos por comunicarse con su mujer a través de la ranura de la ventana. Pero al parecer lo sorprendieron y llegó una lluvia de disparos. Ignoramos a qué distancia de nosotros tiran, pero nos da la impresión de que las balas nos estallan en los oídos. Finalmente, uno de los soldados «buenos» se atrevió a llevar y traer mensajes. No quisimos decirle una palabra de lo que pasó en la cabaña de las mujeres el sábado pasado. Ayer, afortunadamente, no se notó nada raro.

El «Gurú» parece haber seducido al chico del hospital con sus enseñanzas. Medio en broma, medio en serio, este lo llama «mi maestro», y como se ha convertido en el encargado de repartir los platos en este lado, siempre le elige el mejor. El «Gurú» sonríe enigmáticamente del juego, halagado. Ayer nos hizo unas demostraciones de yoga, doctrina en la «que ya no cree». Estuvo largos minutos parado con la cabeza, luego con una mano. Después hizo una especie de ritual gimnástico para saludar al sol. Nos enseñó algunas técnicas para relajarnos, pero no conseguimos ningún resultado.

Mis funciones evacuatorias se han regularizado, pese a los gusanos, mi cuerpo responde ahora a un sistema de reflejos condicionados. Funciona a cualquier hora, cada vez que nos sacan al baño. Y logro dormir, muy angustiosamente, tres o cuatro horas cada noche. Por la noche, justamente,

la cabaña se anima de una plaga de pulgas y mosquitos. Dormimos rascándonos con una mano, dándonos de palmadas en la cara con la otra. Las picadas sobre las pieles pálidas por el encierro forman una trama repulsiva.

Algunos soldados participan activamente de la ideología de los golpistas y desempeñan respecto a nosotros el rol que imaginan debe corresponderles. Cualquier pretexto les sirve para provocarnos. Saben que cualquier rebeldía nuestra puede justificar un disparo. Uno de ellos se presentó a mediodía. Las conversaciones cesaron. Nos miraba uno a uno, expresándonos con sus rictus de cerdo ideologizado la repugnancia que le provocaba nuestra miseria, nuestra suciedad, nuestro mal olor, nuestra promiscuidad, como si todo esto manifestara la maldad de nuestras ideas. El «Gurú», con su mirada de elevación ultraterrena, le pareció especialmente odioso.

—¿Hay algo que no te gusta, huevón?

—No, mi soldado —responde el «Gurú» con un tono de sinceridad religiosa.

—Dime, huevón, ¿te parece mal alguna cosa?

—No, mi soldado, francamente.

—¿No te gusto, huevón? Dímelo nomás, si eres hombre.

El «Gurú» no sabe qué hacer. Echa las manos al aire, como para señalar la ausencia de respuestas.

—Dime por qué no te gusto, huevón. ¿Qué es lo que te parece mal?

Su fusil ametralladora subraya en el aire sus palabras. El «Gurú» está a punto de desbordarse en su paciencia. Mira al soldado fijamente y mastica las palabras:

—To-do-me-gus-ta-aquí. Es-toy-per-fec-ta-men-te-có-mo-do, mi soldado.

El soldado quizá no encuentra más argumentos:

—Porque si algo no te gusta, huevón, me lo decís nomás y salimos afuera, de hombre a hombre.

—Sí, mi soldado —alcanza aún a responder el «Gurú», y este nos cierra la puerta, mirando antes fijamente cualquier posible mala cara.

---

25 DE FEBRERO, LUNES

Se ha presentado el suboficial omnidentado con su cuaderno y ha llamado al dirigente sindical de los hospitalarios. Hasta aquí, estas llamadas han parecido corresponder a casos especiales: el argentino, ciertamente por la intervención de su embajada; César, por la intervención del Colegio de Abogados; este, por las gestiones de su partido. ¿Pero y nosotros? ¿Cuál será el orden para llamarnos alguna vez? ¿Alfabético? ¿Según el calendario de nuestras detenciones? Carecemos de todo indicio. A lo sumo podemos sacar la cuenta del tiempo que llevan detenidos nuestros vecinos: veintisiete días. ¿Pero están allí todos los que llegaron hace veintisiete días? No lo sabemos.

El ex soldado nos dice que hay que reírse de la tortura. Es un machote, que se jugaría la vida por un «quítame allá esas pajas». Él, por su parte, ha tenido que aplicarla contra su propio hermano, cuando hacían el servicio, por «alguna huevá que había hecho». Podía ser su hermano, pero las órdenes eran órdenes. «El huevón se revolcá en el suelo, puro teatro nomá, lo mismo que en la casa». Qué, eso no era nada. A un tipo que se presentó con un día de retraso después del domingo «franco», lo tuvieron sesenta días encerrado en un hueco de concreto de un metro cuadrado a pan y agua. «Salió medio loco, el huevón, pero too tenimo que hacerno hombre». Si no, «esta huevá andaría al lote».

¿Por qué este tipo está adentro, con nosotros, y no afuera, custodiándonos? Es una de las muchas cosas que cuesta entender aquí. Dice que no sabe por qué está detenido. «Pura huevía, nomá», es su explicación. Se dedica el día entero a agredirse infantilmente con el de la ECA (Empresa de Comercio Agrícola Estatal): bromas pesadas, puyas, algunas representaciones grotescas de homosexualidad «entre machos». Se encoleriza si hablamos en serio, dice que «nos masturbamos». Finalmente hacemos un frente común entre algunos y no le dejamos espacio.

En todo caso, nos queda en claro que su aplicación se enseñaba normalmente en las Fuerzas Armadas, como una materia más, lo que debe ser usual en gran parte del mundo. Desde luego: los torturadores no se improvisan, se educan. Nos abruma la magnitud de nuestra ignorancia en el pasado, la escandalosa inocencia de nuestra ex condición de ciudadanos.

Pero pese a las advertencias del profesor y a estas grotescas descripciones del ex soldado, no llegamos a representarnos objetivamente qué es la tortura; imposible imaginar, anticipar sus efectos. Un cerrado sistema defensivo de la imaginación, de la cultura, por último, hace que siempre la consideremos de un modo muy abstracto.

Algo que nos subleva a todos es la irracionalidad de nuestro encierro. Los compañeros que ejecutan trabajos manuales son los más humillados por este desprecio «a la fuerza productiva obrera», por esta inutilización insensata de su capacidad. «Que nos condenen a trabajar un año gratis», dicen, «pero que no nos tengan echados aquí, como perros sarnosos». Otros pensamos, igualmente, que cualquier condena de prisión definida sería mil veces más soportable que este encierro extrarreal, que esta marginación de todo conocimiento sobre nuestras culpas, su formulación y sus castigos.

Después de unas cinco horas han traído de vuelta al dirigente de los hospitalarios a recoger sus cosas. Se las pasamos. Tiene el mismo aspecto desastrado de los otros y la nariz rota. Parece muy tenso y contenido. No tiene oportunidad de decirnos nada.

---

26 DE FEBRERO, MARTES

El tiempo se ha descompuesto mucho en los últimos días, una densa y oscura niebla con llovizna mantiene la misma luz de la mañana a la tarde. Hace mucho frío y nos consolamos pensando en la desazón de los veraneantes.

Creo que conozco cada nudo, cada mancha, cada relieve de estas tablas de la cabaña. La situación y forma de cada rendija, en los muros y en el piso. Después del té matinal, sentado sobre una colchoneta doblada, envuelto en la frazada, permanezco horas mirando los dibujos dejados al descubierto por el corte de la sierra, componiendo y descomponiendo rostros, formas animales y vegetales, ocultándome la tensión de la espera, disimulándome las otras imágenes que querría proponerme mi memoria y que podrían acongojarme; distrayéndome de aquellas que acechan el umbral de mi imaginación y que sin duda podrían conducirme a la angustia más intolerable. Así, estas formas, estos dibujos de las tablas, me permiten pensar en algo sin pensamientos.

Como sucede algunas veces, un soldado se había puesto a conversar con nosotros, desde la puerta de la cabaña.

—No se aflijan, huevones, ustedes van a volver a ser chilenos. Cualquiera día empieza la guerra con los peruanos, y todos vamos a tener que defender la patria.

Lo interrogamos todos a un tiempo, extrañadísimos. Logramos saber que el Ejército, y la tropa especialmente, están



siendo preparados psicológicamente para una guerra inminente con el Perú, a raíz del próximo vencimiento del Tratado de Armisticio que sancionó la entrega de los territorios ganados por Chile en una guerra de conquista económica inducida por el imperialismo inglés en el siglo pasado. El propósito de cohesión ideológica nacionalista, en las actuales circunstancias de guerra interna, es evidente. Por desgracia, no tenemos ninguna información de lo que ha sucedido en el país y en el mundo en las últimas dos semanas.

Hemos logrado darnos cuenta, cuando extraordinariamente nos sacan afuera durante el día, que el patio del otro lado de la empalizada está lleno de prisioneros. Sin embargo, cuando nos llevan al baño, en la mañana y en la noche, no hay ninguno. Cuando nos llevaron a bañarnos tampoco había un alma. Entendemos que entonces los ocultan en sus cabañas, pero no logramos saber en qué situación se hallan.

Un soldado ha venido a preguntar quién de nosotros «es bueno para el dibujo». El profesor se ofrece. Le pasa una tabla y un lápiz y le encarga que dibuje la cara de un Cristo. «Es para tallarla», le explica.

---

## 27 DE FEBRERO, MIÉRCOLES

Después del desayuno se presenta el suboficial con su cuaderno. Como cada día, hemos estado esperando el momento de entrar en la realidad de este mecanismo invisible del que formamos parte, y nos levantamos con terror y expectación. Los llamados son Rubén y el «Gordo». Este último se pone lívido, pero lo mismo salta afuera, con un ademán de embestida, de bestia que llevan al matadero. Los rezagados nos debatimos en un estado de alivio de no ser llamados y de angustia de seguir indefinidamente aquí, sabiendo que alguna vez, de todos modos, será nuestro turno.

La exclusiva alimentación de porotos a mediodía y en la tarde, y probablemente el famoso té con sulfato de aluminio, nos mantienen en situación permanente de diarrea. Quedo asombrado, cada día, de las cantidades de mierda que logro evacuar, de color amarillo subido, como pulpa de naranja prensada, cantidades superiores a lo que he comido. Ahora estoy inmovilizado, muy adolorido y con algo de fiebre, pero no a causa de esto, sino más bien como consecuencia de esto. Como muchos en la mañana no alcanzamos a ocupar los retretes, nos quedamos con las ganas, rogando a los soldados, durante el resto del día, para que nos saquen de nuevo. Después del almuerzo accedieron a llevarnos a la zanja de los eucaliptos. Teníamos que despacharnos otra vez en tres minutos. Salimos corriendo, para aprovechar el

tiempo lo mejor posible, abriéndonos los pantalones ya por el camino. No recuerdo exactamente cómo sucedió, pero resbalé en los palos humedecidos por la llovizna y caí en el interior. Caí con todo mi peso y solo las caderas me sujetaron. La violencia del dolor no me dejó gritar. Traté de izarme con los codos. Mis pies danzaban a dos centímetros de la capa succulenta y burbujeante de mierda. Mis compañeros se dieron cuenta, pero, como estaban cagando, no podían hacer gran cosa. Se apuraron lo más posible. El soldado me vio y comenzó a doblarse de la risa. Poco a poco me sacaron. Me afirmé contra el eucalipto. No podía hablar a causa del dolor, apenas tragaba el aire. Tenía los pantalones y la blusa embadurnados con la mierda de los palos y los muros del foso. Me los bajaron para ver las heridas. Tenía (tengo) la piel totalmente raspada, la carne abierta en ambas caderas y los huesos muy golpeados. Casi no pude caminar de vuelta. Me sacaron la blusa y tomándome de los brazos me trajeron en vilo. El profesor obtuvo permiso para lavar mi ropa, que ahora debe estar secándose. Estoy cubierto con una frazada y no puedo pensar en nada. Solo percibo en mi cabeza las ondas intermitentes del dolor. Me he negado a que llamen a la enfermera.

## 1º DE MARZO, VIERNES

Los blue jeans me hacen torturante presión sobre las heridas, y caminar y moverme me resulta atrozmente doloroso. Por lo tanto, no puedo hacer gimnasia. Lo mismo debo salir afuera en la mañana y tiritar de frío, parado, mientras los otros trotan y cumplen las órdenes de ejercicios. Desde ayer hay un olor repugnante detrás de las cabañas, de descomposición, y digo a mis compañeros que probablemente habrán echado algunos perros muertos para aumentar, ahora con recursos olfatorios extras, los factores de humillación.

Después del almuerzo, el «Tres Tiempos» nos hace salir al patio para que cantemos una canción patriótica, de glorias militares, cuyo texto manuscrito nos había dado el día anterior, para aprender. Nos hace repetir dos o tres veces, porque desentonamos o «no tenemos voces de hombres». Hay unos tres soldados más. Cuando terminamos, siempre intentando ganar un minuto más de aire, entablamos cualquier conversación con ellos. Nunca responden a nuestras preguntas. Entretanto, algunos hemos visto, a través de las grietas de la empalizada, que el «Gordo» y Rubén están en el patio vecino. Comenzamos a entender algo. El olor es muy fuerte y pregunto qué diablos se está pudriendo ahí detrás.

—Son perros muertos —escuchó como respuesta.  
—¿Perros muertos?! —exclamo indignado.

Mis compañeros y los soldados se largan a reír incontrolablemente. Yo los miro con la boca abierta de asombro y no logro que me expliquen. Por el contrario, sus risas redoblan, sus caras enrojecen. Solo mucho después, casi ahogándose, me cuentan que el soldado no ha respondido «perros muertos», sino «henos viejos». Quedo definitivamente con una fama de tonto del regimiento.

---

## 2 DE MARZO, SÁBADO

A primera hora, el suboficial se llevó al «Gurú» y a don Ramón. El resto quedamos sombríos, muy abatidos, porque sabemos que ya nada nos sucederá eventualmente hasta el lunes. Por otra parte, nos imaginamos que hay días mejores para ser llamados. Pensamos que los sábados, por ejemplo, deben ser excelentes, ya que entonces los torturadores han de estar impacientes por terminar su jornada e irse a tomar un trago o a almorzar. Por el contrario, creemos que los lunes deben volver llenos de energías.

La convivencia entre nosotros se ha vuelto muy asfixiante. Entre algunos casi no nos hablamos. Aparte de nuestras diferencias ideológicas —hay dos o tres que ven en nuestra situación un puro acto de «crueldad» apolítica de los militares—, en ciertos momentos nos detestamos unos a otros. Detestamos nuestros temores, nuestros hedores, nuestros ruidos, nuestra hambre, las expresiones de angustia mil veces repetidas por lo que va a sucedernos, por lo que habrá sucedido con todos esos familiares y compañeros que afuera no saben si estamos vivos o muertos. Nos peleamos por la comida, por el pan, nos robamos unos a otros las mejores frazadas. No nos gustan nuestras caras; la fealdad de las demás expresa demasiado claramente cuál debe ser la fealdad de la propia. Los llamados a la cordura, a la responsabilidad propia de nuestra calidad de detenidos políticos, tienen solo

un efecto pasajero. Lo cierto es que han conseguido degradar a la mayoría de nosotros. Han conseguido producir una conducta regresiva, infantil, indecente, a veces. Las proposiciones «si salgo vivo de aquí» tienen condicionantes poco variadas: «en la vida me vuelvo a meter en política», «no volveré a hablar más huevadas», «lo único que quiero es estar con mi mujer y los niños».

Y es que la opresión y el sometimiento a la opresión pueden ser vistos como legítimos y naturales cuando se los ha vivido por siglos, como una forma de cultura, y cuando no se tiene acceso a otros elementos culturales que informen de su carácter puramente clasista, factual y, por lo tanto, reversible. La libertad —no la abstracta, sino esta libertad política popular que hemos vivido en los últimos tres años— puede aparecer, en consecuencia, para estos compañeros, como transgresión a la «ley natural», como culpa y causal de castigo, hacia el que ahora están irracionalmente predispuestos.

A mediodía ha llegado una nueva camionada. Las cabañas parecen estar repletas. Han echado a tres más en la nuestra y luego han regresado varias veces para ver si cabían otros. Se dieron cuenta al fin de que era imposible. Los recién llegados son un muchacho de dieciséis años, estudiante de secundaria, acusado de «extremista»; un viejo taxista, también delatado en aquel mismo barrio de donde provienen dos de los llegados antes; y un nuevo obrero de servicio del Hospital Barros Luco.

### 3 DE MARZO, DOMINGO

Me doy cuenta, sorprendido, de que en todo este tiempo no he estado nunca solo. De que la constante proximidad de los otros, no solo de sus cuerpos, sino que de sus pensamientos, sus voces y miradas, y la ininterrumpida vigilancia de alguna señal que se refiera a mi suerte, me han impedido pensar un solo minuto en mí mismo. En mi intimidad. Nunca he estado solo, íntimamente, sinceramente conmigo mismo en todos estos días. ¿O es que la sola preocupación de sobrevivir me lo ha impedido?

Cada vez que han venido a mí las imágenes de Eva, de Sara, de mi casa abandonada y posiblemente saqueada, de mi vida sentimental y laboral cortada, reducidas a cero, cada vez que estas imágenes se han aproximado, en mi visión interior acontece un fenómeno fragmentativo, diluitivo, distanciante. Y las imágenes se transforman en otras, en estas voces, en estos dibujos que forman las tablas de la cabaña, en estos pasos que se acercan y en una boca de bestia que puede pronunciar mi nombre. De hecho, no hay nada vivo o real por lo que pueda sentir melancolía.

Todo lo que yo puedo evocar es irrecuperable, aun si pudiera en algún momento salir de aquí. No podría recobrar casi nada, ni siquiera mis papeles, para nombrar algo. De hecho, mi conciencia no quiere todavía recibir esta información. Sería demasiado insoportable cargar con estas verdades

dentro de esta prisión intemporal. El temor, la constante inseguridad por la vida, no permiten, por lo demás, ningún instante propicio a la melancolía.

## 4 DE MARZO, LUNES

El suboficial está con su cara repulsiva y su cuaderno en el umbral de la puerta. Deben ser las diez de la mañana. Afuera hay un sol radiante, luz marítima. De sus dientes sale el nombre de Manuel, el campesino. Una pausa. Ahora es el mío. Saltamos a tierra. Tengo una sola preocupación: cagar, porque apenas me aguanto y estoy seguro de que me haría en el interrogatorio. Le pido que me deje ir. Me enseña sus dientes con recelo, temiendo una estratagema. Llama a un soldado y le ordena que me acompañe, y rápido. El soldado me lleva a los eucaliptos. Es una de esas mañanas privilegiadas de la costa, de sol dorado y de cielos vírgenes de toda referencia a la civilización, de un celeste verdoso en el horizonte marino. El olor matinal de los eucaliptos incluso se impone sobre el hedor de la zanja de mierda. Me afirmo con cuidado y me acuclillo. La mierda fluye al instante, totalmente, color de mostaza de *Meaux*, a la perfección. El soldado me vigila con su fusil, muy de cerca. No tengo con qué limpiarme, pero qué importa ahora. Raspo los restos con hojas de eucaliptos. Regresamos. Al trote. El sol me deslumbra, la luz y la velocidad me impiden pensar en mí de otra manera que como un puro objeto de la naturaleza. Me están esperando con el campesino, al lado de un camión.

—¡Arriba, huevones!

El mismo camión en que nos trajeron, con su caja metálica espejeante. Pero compenetrado interiormente de un olor rancio, al comienzo extrañísimo. El piso es muy resbaloso. Nos tiran un par de sacos angostos, de tela impermeable.

—Póngase esas huevás.

Nos encapuchamos con los sacos y alguien nos ata las manos por detrás, con mucha fuerza, con una cuerda delgadísima e hiriente. Nos obligan a sentarnos en el piso. Está mojado. Palpándolo, reconozco que es una especie de grasa, de agua y grasa. Reconozco entonces también el olor de la sopa de porotos. El camión se pone en marcha. A la primera curva nos deslizamos, y luego nos ponemos a resbalar, hechos un lío, lanzados de una pared a la otra. Tratamos de apoyarnos mutuamente en un rincón. Hago un esfuerzo muy grande para redescubrir mi personalidad, mis conocimientos, mis informaciones, mis temores más definidos, para organizar un mínimo sistema de defensa. Pero no encuentro nada, apenas uno y otro fragmento. Además, Manuel me pide que le levante un poco el saco, que se ahoga. En realidad, también yo me estoy ahogando.

El saco me cubre hasta los hombros y tiene un olor a comida rancia. Nos ponemos espalda contra espalda y con las puntas de los dedos nos levantamos los sacos lo más que se puede. El camión da saltos. Me doy cuenta de que en todo este tiempo no he sido capaz de imaginar sensatamente mi culpabilidad ni de anticipar la naturaleza de las acusaciones que debe haber en contra mía. Todo lo que he hecho y lo que he dejado de hacer, en fin de cuentas, puede ser considerado como delitos. Siento que la grasa me ha traspasado el pantalón, sobre todo en las nalgas. Mis manos, con cuyos nudillos me afirmo por detrás al piso, están empapadas. El viaje es muy corto, cinco o siete minutos. Abren los cerrojos.

—¡Abajo, huevones!

He olvidado la altura del camión y, por supuesto, desconozco la naturaleza del piso. Salto al vacío. Piso mal —debe haber algún fuerte desnivel— y caigo de bruces. El campesino cae a mi lado.

—¡De pie, huevones!

Me cuesta mucho buscar un punto de apoyo, con la sola cabeza, para ponerme de rodillas y luego darme impulso. Me llegan puntapiés en las costillas. El miedo me hace levantarme, no sé cómo. Alguien me toma de una punta del saco, por debajo de la barbilla, y me arrastra. Nos detenemos.

—¿Vos soi maricón?

—No.

Un culatazo en la cadera.

—¿Pa' qué lo negái? ¿Y esa pinta'e maricón que tení?

Muevo la cabeza negativamente, sabiendo que es estúpido, que no debería hacerlo.

—Ahora lo vamo a saber, huevón. Andando.

No sé hacia dónde, pero una patada en el culo me orienta.

—Bajen, huevones, rápido.

Hay gradas que descienden. Siento el cuerpo del campesino delante mío. No avanza con la suficiente rapidez. Me llegan violentos puntapiés en la espalda. Empujo a Manuel. Bajamos rozando un muro con el hombro. Las patadas me llegan desde arriba y son dadas con los talones. De pronto, el muro se transforma en una cascada: una película de agua corre sobre la piedra. El suelo es una laguna, del techo caen gruesos goterones. Hace un frío penetrante.

Quieren hacernos creer que estamos en una gruta subterránea. Y lo creemos en este momento. Andamos algunos metros, chapoteando, yo directamente hundido en el agua hasta los tobillos, empujando a Manuel para tratar de escapar de los golpes, con el capuchón empapado. Repentinamente la gruta termina, ya no hay más agua. Vamos por



una especie de túnel. Nos hacen subir y bajar nuevamente. Llegamos a un espacio abierto, pero no puedo percibir si seguimos bajo tierra o si nos hallamos en la superficie. Me empujan y me hacen entrar a una habitación.

—Quédate ahí, huevón, sin moverte.

Cierran una puerta de madera. Me parece que han llevado a Manuel a otra parte.

No sé cómo decir que estoy temblando sin que esto parezca una figura retórica. Las rodillas, los hombros, el pecho, los músculos del cuello y la nuca se estremecen cada cual independiente, con contracciones distintas. Sé que me duele mucho la espalda, pero el dolor no me hace sufrir. El efecto de los pies mojados, de la camisa empapada, del lóbrego frío de este lugar, se entrelaza perfectamente bien con el temor, estableciendo un circuito de estremecimientos musculares y respiratorios. Tanteo el recinto con los pies. Girando con mis manos atadas trato de palpar los muros. Esto debe ser algo como una jaula de madera, una garita. Deduzco que no debe tener más de unos dos metros cuadrados. Me mantengo en el centro, frente a la puerta, con las piernas abiertas. Supongo que me van a sacar de un momento a otro. De pronto, lejos, oigo gritos. Pero no son gritos de los que nacen de la garganta; estos tienen un origen más profundo, como desde el fondo del pecho o de las tripas. ¿Son de Manuel? No podría asegurarlo. Hay muchos otros sonidos entremedio. Ruidos de motores, voces de mando, silbidos que conforman una melodía, muy entonadamente. Los gritos cesan y después recomienzan, cubiertos por todo lo que debe ser una actividad humana rutinaria y trivial en un espacio intermedio. Tengo mucho frío. Entiendo que debo apresurarme en convenir conmigo mismo mis respuestas, en reunir los elementos, tan dispersos, de una personalidad, en decidir cuáles aspectos debo mostrar y cuáles debo ocultar. Pero el frío y la respiración tan entrecortada no me permiten concentrarme. Lo

único que puedo imaginar es el sol que hay afuera, en la playa. Los colores vivaces de los que se pasean por algún malecón. La luz enceguecedora sobre la espuma de las olas. Y ese azul de nuevo mundo del cielo sobre el océano. Todo eso, y centenares de personas tomando cócteles en sillas de hierro y plástico, es algo que veo claramente. Los gritos llegan con menos fuerza, solo parecen lamentos. El dolor en la espalda se revela en ciertos instantes, es como si ahora, recién, comenzara a recibir las patadas, una por una, en forma metódica, con una cronología precisa. Siento pena de mi cuerpo. Este cuerpo va a ser torturado, es idiota. Y sin embargo es así, no existe ningún recurso racional para evitarlo. Entiendo la necesidad de este capuchón: no seré una persona, no tendré expresiones. Seré solo un cuerpo, un bulto, se entenderán solo con él. Pasa mucho tiempo y no me atrevo a cambiar de sitio ni menos a sentarme en el piso. Afuera, por momentos, hay un completo silencio. Doy puntapiés en el aire para secarme los pies. Me cuesta mucho respirar a través del saco. Tengo que pensar en algo, tengo que aprender lo que voy a decir. Doy por seguro que encontraron las copias de mis escritos. Esto no debe comprometerme sino a mí. Podría demostrar mis contactos con una publicación extranjera, llegado el caso. Luego... el trabajo de Eva. Aquí mi información me abruma. Trato de recordar lo que ha sido publicado sobre la actividad de la embajada de K., para no hablar sino de eso, para decir lo mismo. Es muy difícil separar lo que sé de lo que he leído. Sobre mi propio trabajo está claro que trataré de presentarlo con el carácter más técnico posible. Lo demás, todas las estupideces que me han atribuido en el primer interrogatorio, me tienen sin cuidado. Exagerar mi importancia como escritor sigue pareciéndome un buen recurso. Supongo que en todo este tiempo habrán examinado a fondo mis antecedentes y que habrán descubierto viajes a los países socialistas. Explicar su origen es, por supuesto,

embarazoso. Incluso pueden acusarme de bigamia, los delitos comienzan a sumarse, sin fin. En verdad, toda una vida de delitos. Y los dólares que tenía en casa, ¿de dónde los obtuve?, ¿del mercado negro? ¿Y la literatura marxista? ¿Y por qué mi rechazo del trabajo con que me quisieron «salvar» los intelectualoides democristianos que ahora están en el poder en la universidad? No veo escapatoria. Todos mis delitos se entremezclan en la oscuridad de mi cerebro, el frío me hace sentir la piel como una textura de trapero podrido, empapado de agua.

Ha transcurrido más de una hora, posiblemente. Desde hace mucho rato ya no se oyen gritos. Cuanto más recuerdo el día de sol que existe en la realidad, más vulnerable me hago al frío de este lugar y a las penumbras que entrecortan mi conciencia. Tengo la impresión de que sucedería algo muy grave si faltó a la orden de no moverme que me dieron. Un viejo reflejo parece decirme que la obediencia podría salvarme del castigo. Con todo, pienso que si tuviera verdaderamente zapatos y algún chaleco, todo esto sería más soportable.

Alguien viene. Abren la puerta y me tiran del borde de la capucha. Camino a pasos cortos y rápidos, para no pisar los talones del que me conduce. Camino como un chivo tirado de las barbas. Nos detenemos. Me dejan solo. Hay un gran silencio alrededor, muchos segundos de vacío y silencio. Entonces alguien se aproxima corriendo por detrás y lanza un grito de ataque bestial, un grito salvaje, de luchador japonés, y siento dos pies que me dan de plano contra la espalda, con toda la fuerza de su impulso. Salto disparado velozmente, ciegamente. Choco contra algo —es una puerta—; la abro directamente con la cara, con la frente y la nariz, y sigo hacia adentro, casi sin pisar el suelo. Trato de frenar y, al hacerlo, me cuesta encontrar el equilibrio. Durante un segundo vacío, buscando la verticalidad con las piernas y el torso.

—¡Putas que soi insolente, huevón, manerita de entrar!  
—¡Estamos conversando aquí, desgraciado, qué te hai creído!

—¡Pero soi muy mal educao, concha'e tu maire!  
—¿No te han enseñao a golpear antes de entrar a una casa?

—¿Te creís que estái en la selva, culiao? ¿No tenís respeto por la gente?

—¡Vai a ver lo que te pasa por intruso!  
Es un coro de insultos alrededor mío, y yo giro inútilmente la cabeza de una voz a otra, ciego, extraviado.

Uno de ellos se aproxima a mí, coge dos puntas de la capucha y hace un nudo fuertísimo sobre el puente de mi nariz, de modo que la mitad de la cara queda descubierta para ellos. Otro me enrosca un cable en cada uno de los dedos gordos de mis pies mojados. Hay un brevísimo silencio y luego siento un cosquilleo eléctrico que me sube hasta las rodillas. Grito, más que nada por temor. Me insultan, como escandalizados de mi delicadeza. Siento un desplazamiento de aire al lado mío y alguien me da, con toda la fuerza de que es capaz un brazo, un puñete en la boca del estómago. Es como si me cortaran en dos. Durante fracciones de segundo pierdo la conciencia. Me recobro porque estoy a punto de asfixiarme. Alguien me fricciona violentamente sobre el corazón. Pero yo, como había oído decir, lo siento en la boca, escapándoseme. Comienzo a respirar con la boca, a una velocidad endiablada. No encuentro el aire. El pecho me salta, las costillas son como una reja que me oprime. No queda nada de mí sino esta avidez histérica de mi pecho por tragar aire.

—¿Cómo te llamái?

La voz viene desde el fondo. Los sonidos que emito no alcanzan a intercalarse en el aire que respiro. Tengo que tragar, tragar. Me repite la pregunta, impaciente.

–Her-nán Val-dés –logro soltar en varios espacios.

Me llega el golpe de un garrote de goma, por detrás, en el hombro.

–Señor, huevón, más respeto.

–Hernán Valdés, señor.

Comienzan a pedir todos los datos de mi filiación velozmente, datos que deben tener allí, en una tarjeta. Posiblemente no tengo la posibilidad de preguntarme si para esto me han pegado. Es así. Espeto las respuestas, rápido, aún sin recobrar el aliento: «soltero, señor», «un metro sesenta y cinco, señor», etcétera.

–Color de los ojos.

–Castaño, señor.

Un golpe de corriente me sube por los huesos hasta las rodillas.

–Cómo que castaño, huevón. Café será.

–Café, señor.

–Color de pelo.

–Café, señor.

Otro golpe de corriente. Los tipos se ríen. No es dolor exactamente lo que produce la electricidad, sino como una sacudida interna, brutal, que pone los huesos al desnudo.

–Así que vos soi maricón.

–No, señor.

–Cómo que no. Aquí está escrito que soi maricón.

Es otra voz. No alcanzo a preguntar dónde está escrito. Esta vez el golpe de corriente me saca los pies, prácticamente, de su sitio y caigo a un piso de cemento. Me obligan a levantarme al instante, a patadas. No sé cómo lo consigo. Otra voz, más reposada:

–Así que declaras que eres maricón.

–No, he sido casado. Dos veces.

El gomazo en el hombro, desde atrás.

–Señor, huevón.

–Casado, señor. Dos veces, señor.

–¿Con quién erai casao?

Doy el último nombre. Es tan raro pronunciarlo aquí, ahora.

–¿Y te dejó por maricón?

–No, señor. Nos separamos, señor. No nos comprendíamos.

Otra descarga de corriente. Vuelvo a caer y vuelven a levantarme a patadas. No sé cómo debo responder para salvarme. Soy una pura masa que tiembla y que trata todavía de tragar aire. Es otra voz aún:

–Cuenta la firme, huevón. Te dejó por marica.

–No, señor, vivo con una amiga, señor.

–Ah, ah, así que con una amiguita. ¿Y no te da vergüenza, huevón?

No sé qué responder. Siento que se desplaza otra vez el aire a mi lado y que va a venir el golpe en el estómago. Pero el golpe no llega.

–¿No te da vergüenza, huevón?

–No, señor. Íbamos a casarnos, señor.

–Y te la estái culiando gratis mientras tanto. Su nombre.

No entiendo por qué me preguntan todo esto, que saben de sobra. Cuando les digo la nacionalidad de Eva prrrumpen en exclamaciones de concupiscencia. Esta nacionalidad los excita. Están pensando en alguna *cover-girl* de piel bronceada.

–¿Y es rica, huevón?

–Es normal, señor.

–¿Usa anticonceptivos?

–¿Cómo, señor?

La descarga. De terror por las patadas, hago desesperados esfuerzos para no caer.

–¡Anticonceptivos, desgraciao!

–Un anillo, señor. De cobre, señor.

—¿Y no te molesta cuando te la tirái?

—No, señor.

—¡Qué le va a molestar, si este es maricón! ¿Tenís pico?

Alguien me da un agarrón en el sexo. Insisten en que les describa los órganos sexuales de Eva, el color de sus pendejos, la forma de sus tetas. Quieren saber qué hacemos en la cama, cómo y qué nos besamos. Si mis respuestas son evasivas o demorosas, viene la descarga.

—¿Y por qué no hai tenío hijos, huevón? ¿Vis que soi marica?

—¿Qué hace esta huevona?

Me arriesgo a cambiar mi declaración del primer interrogatorio, puesto que Eva no es diplomática sino desde después del golpe. Mi sistema defensivo funciona automáticamente.

—Es periodista, señor.

Se me ocurre que eso puede aconsejarles alguna prudencia.

—¿Y sobre qué escribe?

—Sobre el hogar, señor.

El golpe eléctrico vuelve a retirarme los pies del suelo. Caigo muy duramente y al instante me incorporo, a punta de patadas. No dejo en ningún momento de jadear y temblar.

—¿Nos estái tomando el pelo, huevón? Habla.

—Para un programa. Sobre el hogar. En todo el mundo, señor. La mujer en el hogar, señor; los niños, señor.

Quieren saber cómo nos conocimos, cuándo llegó a Chile, cómo envía sus informaciones.

—¿De qué partido es?

—Socialdemócrata, señor.

Eso parece gustarles.

—¿Le pagan en dólares?

Eso sería un grave delito, si no se comprueba su conversión legal.

—En escudos, señor

—¿Cómo en escudos? ¿Quién le paga?

—La embajada, señor. La radio es del Estado.

—¿Y qué sabe ella de la embajada? ¿Qué es lo que te cuenta a vos?

—Tiene mucho trabajo, señor.

—¿Y los asilados, huevón?

Uno me ha abierto la camisa y me agarra una parte del pecho, hundiéndome las uñas.

—Sabe que están ahí, señor. Tiene prohibido verlos, señor.

—¿Cómo que prohibido, desgraciao? ¿Y no sabís que mientras vos estái aquí ella está culiando con el huevón de F.?

F. es uno de los asilados en la embajada.

—No sé quién es F. Eso es mentira, señor.

El garrotazo en el hombro. El otro me arranca los pelos del pecho. Realmente no sé si grito, a veces. No me escucho. Tengo la boca muy seca. Las palabras me raspan la garganta. El coro de insultos se ha elevado después de mi última respuesta.

—¡Qué le va a importar que la otra esté culiando con F.!

—¡Cornudo!

—¡Maricón!

Me pregunto si realmente no tienen a la vista mi declaración anterior. No puedo explicármelo. ¿O están jugando para ver hasta qué punto miento? Hay uno que parece estar en el centro del coro y cuya voz es más grave y «cult»:.

—¿Y este cuaderno?

Pregunto sus características y vuelvo a contar la historia de las anotaciones de Eva. No insisten.

—¿Qué piensa ella de la Junta?

—No entiende nada de política chilena, señor. Por eso tomó esas anotaciones.

El que me tiene agarrado el pecho no afloja. Pero los golpes de corriente cesan por un rato. Arriba, sobre el cielo,

se oye de vez en cuando el sonido de un piano. Es como si alguien, distraídamente, haciendo otra cosa, pasara una mano por las teclas. Me preguntan por diversas cartas recibidas tanto por Eva como por mí. De ello se deducen mis actividades.

—¿Así que soi escritor, huevón?

—Sí, señor.

—¿Y sobre qué escribís?

—Sobre mi vida privada, señor.

—¿Son libros homosexuales?

Anotan sus títulos. Preguntan cuánto me han pagado por ellos. Sin pensar, doy cualquier cifra, exorbitante. Que qué he hecho con ese dinero. Si lo he gastado en drogas.

—¿Y esta pomada, huevón?

Me leen el nombre de una supuesta pomada. Realmente no la recuerdo. Digo que podría ser de Eva, pero que no estoy seguro. Hay como un intervalo. La corriente sigue pasando por mis piernas, pero débilmente, como cosquilleándome. El del «centro» dicta a otro mis «declaraciones». Por un instante creo que el interrogatorio ha terminado. No entiendo un ápice de su utilidad. Pero súbitamente la corriente me arranca las tibias de su sitio, como haciéndolas bailar solas, desprendidas de la carne.

—¿Dónde está Miguel Enríquez?

Insisto una y otra vez en que no lo conozco, y cada vez las descargas me hacen caer y las patadas levantarme. Debo tener los codos deshechos, pues con ellos me afirmo al caer y al ponerme de pie.

—¿Cómo se escribe su apellido?

Deletreo Henríquez con H, pues el otro es muy raro en Chile y revelaría un conocimiento íntimo.

—Así que conocís el truco, huevón.

El dorso de un puño gigantesco cargado de anillos hirientes me recorre la otra parte del pecho, por la derecha.

En un tono íntimo, ávido, una voz me confiesa al oído, de tiempo en tiempo:

—Putas que te tengo ganas, flaco. Putas que te tengo ganas.

No sé hasta cuándo voy a durar. No sé cuál será mi límite. No tengo la menor experiencia de mis fuerzas. Me tiran hacia adelante y me dan un empujón.

—Siéntate, huevón.

Es una silla de lona, al parecer con brazos muy inestables. Me llega un pequeño golpe de corriente, siempre en las piernas, y me hecho hacia atrás.

—Si te caís, huevón, vai a caer al hoyo. Asunto tuyo.

—¿Qué hiciste el 29 de junio?

Es la voz grave. Mi cerebro está en blanco. Trato de buscar cuándo fue junio, dónde está junio. Nada\*.

—No sé, señor.

Pasa la corriente. Levanto las piernas. Me balanceo. Siento las rodillas como lámparas que estallan.

—Pal tancazo, huevón.

—En mi oficina, señor. Lejos del centro.

En verdad no recuerdo. Solo está la imagen de Allende, en la noche, hablando desde un balcón de La Moneda y mostrando al pueblo los héroes militares que habían «vencido» a sus compañeros precursores del golpe. La gente había gritado «paredón» y se retiraba antes de que el Presidente concluyera su discurso, desilusionada una vez más de que siguiera confiando la defensa del gobierno justamente en las instituciones burguesas que conspiraban para derribarlo, en vez de confiarla directamente en los trabajadores.

—¿Y el 11 de septiembre, huevón, qué hiciste?

—Estaba en casa, señor. No alcancé a salir.

\* Fecha de sublevación de un regimiento, conocido como el «tancazo».

La descarga es muy violenta. En esta posición ahora me golpea sobre todo en las rodillas, me las hace explotar brutalmente. Tengo que hacer fuerzas a la vez para encontrar los golpes y no volcarme con la silla, pues realmente creo que caería a un precipicio. No tengo por qué dudar. La voz me sale muy entrecortada, en sordina, como soplidos secos, sin vibración. No tengo una gota de saliva. Como de palo, el interior de la boca:

—En casa, señor. Por las balas, señor. Cigarrillos. Cuando dejaron salir. Salí. A comprar cigarrillos, señor.

Y es cierto. Buscar cigarrillos en medio del vapor, de los heridos, de los cuerpos tendidos de los prisioneros o muertos, de las ambulancias, los bomberos, los blindados. Ese día los precios se habían triplicado en el mercado negro.

—¿Y a quiénes escondiste en tu casa? ¿Eran del MIR?

—No, señor. A nadie.

No puedo soportarlo más. La corriente me muerde los huesos, me triza las rodillas. Quisiera poder decir cualquier cosa que pusiera fin a las descargas.

—¿Cómo que nadie, desgraciao! ¿Quiénes durmieron en tu casa el 20 de diciembre?

—Periodistas, señor. Dos. Austriacos. Amigos de Eva. Los pilló el toque de queda, señor.

Ciertamente no lo recuerdo. Pueden haber sido esos periodistas. Pero puede haber sido un matrimonio que temía ser aprehendido en su casa esa noche. U otra noche. ¿Es esa una de las denuncias que han hecho sobre mí? Dejo caer la cabeza. Desaparecer.

—¿Dónde está Eva?

—En su trabajo, señor.

—¿A qué hora llega a casa?

—A las seis, señor.

—Vamos a traerla pa'ca, huevón. Pa' mirarle el anillito de cobre.

Risitas. Por la izquierda, uno vuelve a agarrarme el pecho con las uñas prontas. Por la derecha, los anillos me raspan la tetilla. Un par de segundos de silencio. ¿Se aburririeron? Surge una nueva voz:

—¿Dónde trabajái vos?

—Trabajaba en el Instituto X.

—¿Cómo que trabajabai?

—Lo clausuraron, señor.

Otra voz:

—¡Claro, pos, huevón! ¿Qué te creíai vos?

La anterior:

—¿Y qué hacís ahora?

Miento:

—Me ofrecieron otro trabajo. En la misma organización.

Tenía que presentarme.

—¿Cuándo teníai que presentarte?

—El 6 de marzo, señor.

—Puh, no vai a estar vivo, huevón.

—¿Y qué hai hecho desde septiembre?

—Escribía, señor. Leía.

—¿Querís decir que no hai hecho na? ¿Hai estao viviendo a costas de esa huevona?

—No, señor.

—¿Cómo que no! ¡Vago de mierda!

—¡Cafiche!

—¡Descarao! ¡Maricón!

Es el coro. Y a cada voz el golpe de corriente. Realmente soy —mi cuerpo es—, por un simplísimo sistema de reflejos condicionados insultos-castigo, todo lo que ellos gritan.

—¿Dónde están las armas?

—¡Armas! ¡Qué armas, señor!

—En el instituto, no te hagái el huevón.

—La policía nos registró, señor. Se llevaron todo. Puros papeles.



—¿Y las armas? ¿Dónde las escondieron?

Las uñas se hunden y van arrancando, al cerrarse, los pelos del pecho. Doy patadas contra las descargas. Los gritos no me salen. Esto es eterno, entonces.

—Nadie allí sabía disparar. Eran teóricos. Teóricos no más, señor.

—¿No sabís que esos son los peores, huevón? ¿Los que empujan a los asesinos?

Es la voz grave, que se ha aproximado. Me pisan ambos pies para que no los dispare con las descargas.

—¿Y el director? ¿Hay estao con Magus después del 11?

—Sí, señor. Hace poco. Lo encontré en la calle.

—¿De qué hablaron?

—Le pedí que apurara mi nuevo trabajo, señor.

—¡Desgraciao! ¿Y el 18 de enero, maricón?

No encuentro nada. No tengo memoria. No logro recordar en qué mes estamos, para entonces calcular cuándo fue enero. La corriente circula. Va a venir el golpe.

—¡En el número seis de la calle Bach, infeliz!

Ahora caigo. Pero si era tan simple. Siento un desahogo, no hay nada que ocultar:

—¡Pero si fue el cumpleaños de Sofía!

Nos habíamos reunido varios ex compañeros de trabajo en casa de Sofía, entre ellos Magus, y otros amigos, para celebrar el cumpleaños de ella. Yo había ido con Sara y más tarde había llegado Eva.

—¡Fue una reunión de la resistencia, maricón!

La descarga eléctrica fuertísima y a la vez las pisadas que me trituran los dedos de los pies. Curiosamente, ello en cierta forma amortigua la corriente.

—¡No, señor!

Realmente no habíamos hecho otra cosa que beber. Yo no me había ocupado sino de mirar a Sara y, luego, de sustraerme a la incomodidad de la presencia de Eva. No tengo

idea de lo que hacían los otros. Beber compulsivamente, tal vez nada más.

—¿De qué hablaron? ¿Qué acordaron?

Es inútil que con mis sonidos de fuelle desvencijado yo grite que no, que solo bebimos y hablamos de tonterías y que no recuerdo una palabra. No me creen. Que se habló de política. Que se acordó algún plan. Que repita lo que dijo Magus. La corriente me roe los huesos. Los pelos del pecho salen de cuajo con las uñas. Los anillos se ponen a golpearme el otro lado como un tambor. Sé que cuando el tipo golpee en serio va a reventarme. Tengo que inventar algo, lo que sea.

—Habló. De la situación económica, señor.

—¿Qué dijo?

—Que... a corto plazo. Las condiciones eran favorables para la Junta. Pero que la situación interna de Estados Unidos...

Me toman de la blusa y me arrancan violentamente de la silla.

—¡Ya! ¡Te cagaste, huevón!

Me desatan las muñecas por detrás.

—¡Desnúdate! ¡Rápido!

Tengo las manos rígidas. Me quito la ropa tambaleando. Tengo la impresión de que he pasado muchos días aquí y de que voy a seguir aquí siempre. Odio mi capacidad de seguir despierto. Me hacen caminar a golpes. Me hacen subirme y tenderme en una especie de camilla alta recubierta de algún plástico. Me atan de cada pie y me tiran los brazos hacia atrás, atándome también de las muñecas. Mi cuerpo queda muy estirado. No puedo hacer el menor movimiento. Me dispongo otra vez a morir, pero ahora sin imágenes. Vacío, en blanco. Solo la noción de cuerpo vivo que va a morir. Ponen una especie de anillo o dedal en mi sexo.

—¿Qué dijo Magus?

Me tiemblan las mandíbulas. No sé qué decir, no se me ocurre qué inventar. Volteo la cabeza de un lado a otro, la

boca abierta. No me sale nada, entonces me introducen algo bajo la lengua y una mano me cubre la boca. La descarga estalla simultáneamente en la lengua y en el sexo. Me desgarran los hombros al tratar de contraerme. No pierdo la conciencia. El dolor corresponde por una parte a una mutilación. Es como si me arrancaran el sexo de raíz, como una dentellada que me deja abierto y, arriba, en la boca, como una explosión que volara toda la carne, que dejara los huesos de la cara y del cuello al desnudo, los nervios petrificados, en el vacío. Es más que eso, no hay memoria del dolor.

—¿Propuso actuar contra la Junta?

Muevo la cabeza de arriba a abajo, muchas veces, rápido. Sí, propuso todo lo que quieran que haya propuesto. Llega otra descarga, menos violenta.

—¿Quiénes estuvieron de acuerdo?

Me quitan la mano de la boca. Mi lengua está rígida, la piel del paladar contraída, seca como una cáscara de nuez. Casi no escucho lo que digo, ásperamente. Nombro a algunos y en mi cuidado de omitir a alguien nombro a otro que no estaba allí.

—¿Y dijo que estaba colaborando en la campaña internacional del marxismo contra Chile?

Por supuesto que sí, todo lo que quieran.

—¿Y para esto te complicabais tanto, conch'e tu maire?

Me dan una última descarga en el sexo, como de despedida. Me desatan.

—¡Vístete, maricón!

Me deslizo de la camilla y busco a tientas con las manos por el piso, en distintas direcciones. No recuerdo dónde me he desvestido.

—¡Rápido, mierda!

Me conducen a patadas. No hay tiempo para atender al dolor. Confundo las ropas, no encuentro los huecos de los pantalones.

—¡Primero los calzoncillos, mierda! Vístete bien.

Logro vestirme bajo una lluvia de puntapiés. La voz grave viene de lejos:

—¿Quieres declarar algo más?

Como si después de todo no hubiera hecho sino una simple y rutinaria declaración. Se me cae la cabeza. No, nada más. El de los anillos vuelve a tocarme:

—Ahora vamo a traer p'acá a estos huevones. Si no hai dicho la verdá, entonces sí que vai a saber lo que es bueno. ¿De acuerdo?

Me desatan el nudo de la capucha contra la nariz, vuelven a atarme las manos por detrás y me dan un empujón para abrir la puerta. Afuera me coge alguien otra vez del borde delantero de la capucha y me arrastra. No siento las piernas. Me da la impresión de que estamos al aire libre.

—¡Sube, huevón!

Busco en el aire con un pie por todos lados. No hay nada. Un coro de risotadas. Me llevan a otro lado. Me levantan y me empujan. Caigo cerca de otro cuerpo. Reconozco de algún modo que es Manuel. El camión se pone en marcha. Nos sentamos contra la pared y apoyamos la cabeza del uno en la del otro.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Mal, compañero. ¿Y tú?

—Mal, compañero.

Nos estrechamos las cabezas encapuchadas. No decimos nada más. Respiramos con las bocas abiertas, jadeantes.

El camión se detiene. Abren los cerrojos y alguien sube. Nos sacan las capuchas. Es uno de los soldados conocidos del campamento. Nos mira sin asombro, un poco sonriendo de reconocernos. Grito mientras me desata las amarras. Veo que tengo la piel de las muñecas profundamente rebanada. Esta vez nos ayudan a bajar. El oficial joven y de rasgos finos

nos está esperando. Me mira, algo chocado, con un aire de compasión impotente.

—¿Le pusieron corriente?

No contesto. Insiste dos o tres veces. Asiento con la cabeza. Hace un gesto de disgusto. Viene el «Patá en la Raja» y nos toma de los brazos. Nos hace entrar al otro patio, el que hemos visto siempre desierto, excepto cuando podíamos espiar a través de la empalizada.

—Ustedes quedan ahora en libre plática —nos dicen—. Pueden dormir, si quieren. Pero cuidado con tomar agua en seis horas.

Nos hace entrar en una de las cabañas. Está llena de prisioneros que nos miran solícitamente. Les recomienda que nos cuiden, que no nos dejen tomar agua. Pregunto si puedo quedarme un rato al sol. Sí, puedo. Me siento en un palo, en el patio. «Patá en la Raja» me pone disimuladamente un cigarrillo en la mano. Me lo enciende.

—Con cuidado, huevón. Si me pillan me cagan.

Aspiro el humo rápido para emborracharme. El sol es radiante, pero tiemblo de pies a cabeza. Siento mucha lástima por mí, mucho frío por mí.

## 5 DE MARZO, MARTES

Me quedé mucho rato allí, sufriendo espasmos que no podía contener. El sol parecía impotente para calentarme. Miraba los Cristos del cerro, las vacas pastando, embrutecido y lisiado por el conocimiento de la maldad. Porque lo que yo sabía de la maldad, antes, eran puras caricaturas, pura literatura. La maldad había perdido todas sus referencias morales. Ahora se me presentaba como una pura ideología.

Los prisioneros salieron de la cabaña y se ocuparon de mí. Me cubrieron con una frazada y me hicieron mascar algunas tabletas, coagulantes, calmantes. Un viejo me encendió otro cigarrillo. Me dieron un pan. Pregunté la hora. Eran más de las tres. Había pasado al menos cinco horas allá. No podía entenderlo. Insistieron en que debía limpiarme la cara. Me llevaron adentro y me miré, por primera vez en todo este tiempo, en un espejo. Era tan raro recobrar mi imagen, aceptarla. Tenía un lado de la frente morado, muy hinchado. La nariz rota, con un gran coágulo, y la boca, las fosas nasales, la barba, el cuello cubiertos de sangre seca. Los ojos extrañamente limpios. Saqué la lengua. No había ninguna huella. Pero las mucosas del paladar aparecían corrugadas, ásperas. Mascar el pan me devolvió la saliva. Las uñas todavía estaban muy marcadas en el pecho. Me limpié con un paño húmedo. Volví a ponerme al sol. Los compañeros me afirmaron que me repondría rápido. Todos habían

pasado por lo mismo, unos más, otros menos. «¿Y ahora?», pregunté. Ahora, si no teníamos cargos, nos soltarían tanto más rápido cuanto mejor demostráramos estar recuperados; si los teníamos, lo mismo: nos llevarían para someternos a procesos. Una semana, diez días, suele ser el plazo para «recuperarse».

En la noche pude comer. La comida es aquí mucho más abundante. Además, nos dan todas las sobras de las marmittas de los soldados y cualquier cantidad de pan sobrante. El «Gurú» está en la cabaña. He vuelto a compartir una colchoneta con él. No lo trataron muy mal, porque pasó la mayor parte del tiempo de la Unidad Popular en el Canadá. Sospechan, sí, que su secta no es sino una cobertura de grupos de extrema izquierda y que, en todo caso, tiene en común con ellos la pretensión de separar a los hijos de los padres, destruir las familias, etc. De este lado hay seis cabañas. Los interrogados somos unos ochenta. En mi cabaña somos alrededor de quince. Estamos separados por una empalizada baja del patio y las cabañas de las mujeres interrogadas. Estas no son más de quince.

Vino una enfermera por la tarde. Me negué a que me examinara, pero acepté píldoras para dormir. Nos trataba al campesino y a mí como si hubiéramos sido víctimas de un rutinario accidente. Me costó mucho acostarme. El cuerpo me dolía atrocemente. No me atrevía a mirarme el sexo. Tenía miedo.

Aquí podemos levantarnos mucho más tarde. Me quedé en cama hasta las nueve. Al alba sentí como los presos de las cabañas del otro patio pasaban trotando al baño. Camino como un tullido. Las piernas, hasta las rodillas, me han quedado completamente insensibles.

La olla con el té, una vez que vuelve del patio de los incomunicados, es calentada por nosotros mismos, en un fuego de leña, en la «cocina». Allí podemos también tostar

nuestros panes. Casi toda la mañana podemos estar en el patio y tomar el sol. Me aconsejan que camine, que me anime. Me aseguran que ya todo ha pasado. Pero no lo creo.

—¡Bienvenido al Sheraton! —me dice uno al que apodan el «Negro».

Desde aquí se tiene una visión conjunta de todo el campamento y de su funcionamiento. En la mañana, al mediodía y en la tarde parten los camiones con las ollas que nosotros mismos debemos lavar, al Regimiento de Zapadores —donde se efectúan las torturas— a buscar el desayuno y las comidas. Son los mismos camiones donde luego llevan los presos a la tortura. Nosotros mismos debemos luego descargarlas y —cuando los soldados las han repartido en el otro patio— recalentarlas para nosotros y lavar las escudillas usadas por los incomunicados y después por nosotros. Vemos cómo llevan —a horas nunca iguales— a los del otro patio al camión que los conducirá a la tortura. Y los vemos volver, así como yo he vuelto. Cuando llega el camión con los detenidos desde Santiago nos hacen entrar a las cabañas. Pero pronto sabemos, por algún soldado, cuántos han llegado, cuántos hombres, cuántas mujeres. A veces sus nombres. Vemos todos los movimientos de vehículos por el puente y por la falda del cerro. Todos los movimientos de los mandos en las tiendas y la actividad de los soldados. Cómo, desde las torres, disparan a veces hacia las cabañas vecinas o hacia algún paseante extraviado en el cerro.

En mi cabaña hay cuatro «antiguos». Son los únicos que llevan en este lado cinco meses, y nos miran al resto como a aves de paso. Han visto llegar y partir a centenares. Tienen una gran familiaridad con los soldados y se pasean por todo el campamento sin cuidado. Han arreglado sus rincones como viviendas estables. Tienen ya sus hábitos y ocupaciones muy definidos. Escuchan con algo de benevolencia y escepticismo los relatos de los nuevos torturados. Dicen que

esto no es nada. A ellos los han torturado entre siete y diez veces. La última hace un mes. Pero esos eran otros tiempos. Dicen que últimamente hubo cambio del fiscal que dirigía los interrogatorios. A ellos los han mantenido noches colgados de las cuatro extremidades, les han puesto corriente en el culo en esa posición, corriente sumergidos en tinas de agua, los han puesto en el potro, los han flagelado de todas las maneras posibles y, cuando perdían el conocimiento, los dejaban «descansar» un rato para luego recomenzar. Están llenos de marcas y cicatrices. Uno tiene una pierna monstruosamente hinchada. ¿Que qué hicieron? Trabajaban en una empresa metalúrgica. Tras el golpe, los militares necesitaron «exhibir» pruebas de los armamentos «marxistas», con los cuales el gobierno habría pretendido asesinar a los oficiales de las Fuerzas Armadas y a todos los opositores, para imponer «una siniestra dictadura proletaria». Algunos de ellos fabricaron, en esa empresa, un par de «tanquetas» sirviéndose de pequeños tractores elevadores cuyas horquillas blindaron con planchas de acero. Las mostraron a la prensa y luego «buscaron» a los culpables. Mediante algunos de los interrogatorios que he descrito lograron su confesión. Posteriormente, alguna de las policías militares hizo una investigación y descubrió que todo había sido un invento. Los culpables esta vez fueron interrogados para saber por qué habían aceptado la acusación y torturados por haber mentido bajo la tortura. Hasta el momento parece que los inventores de las tanquetas y los descubridores de la impostura no se ponen de acuerdo sobre una versión definitiva del asunto y entre tanto no saben qué hacer con las víctimas. ¿Someterlos a un juicio? ¿Declararlos inocentes y largarlos? Ambas posibilidades serían demasiado incómodas.

Me paso la mayor parte del día sentado al sol, envuelto en la frazada. No soy capaz de pensar en mí como posibilidad, como proyecto vital. Sigo considerándome disponible

para la flagelación y la abyección y de hecho lo estoy. Aquí los compañeros tienen todo lo indispensable para rasurarse y ponerse más o menos presentables. ¿Pero por qué habría de preocuparme de un cuerpo que puede volver a ser humillado de ese modo?

A las ocho de la tarde debemos recogernos en las cabañas. Tenemos una bombilla eléctrica que queda encendida toda la noche. Los compañeros la han recubierto con una pantalla hecha de una lata de conserva perforada. Alguien tiene cigarrillos y fumamos uno entre tres o cuatro bocas. Me duele mucho la espalda. Me dicen que tengo grandes hematomas.

---

## 6 DE MARZO, MIÉRCOLES

**E**n la mañana he visto al campesino que se fugó, el que quería cosechar sus melones. Pelado al rape y envuelto con una frazada bajo el cuerpo desnudo, atado de manos, camina hacia el baño tras un soldado que lo tironea de una larga cuerda que le enlaza el cuello. Sobre el puente van y vienen los veraneantes y he aquí esta visión del medioevo. Me dicen que «le sacaron la mierda» y que lo tienen encerrado dentro de la base de una de las torrecillas de las ametralladoras.

¿Cómo verá el mundo ahora? ¿Cómo entenderá lo que ha sucedido en su vida? ¿Sabrá realmente quién le oprime, quién lo humilla? ¿Se dará cuenta de la finalidad concreta, es decir política, de esta perversión? ¿O verá la perversión como una fuerza ciega, inescrutable, que se ha abatido sobre él y el mundo? Sus melones ya para siempre podridos, su vitalidad y su responsabilidad productiva hasta ese punto humilladas, ¿le quedará alguna fuerza para discernir quién tira de la cuerda?

Apenas encienden el fuego para recalentar el desayuno me instalo al lado. Los prisioneros riegan el patio con baldes, barren. Los «antiguos» se dedican a hacer tallados en maderas. Son los Cristos que hacían dibujar al profesor y antes seguramente a otros. Los tallan en desechos de roble, provenientes de módulos militares que también llevan la inscripción US Army. Los oficiales se disputan estas obras



de arte, suponemos que para decorar sus hogares. Rostros de Cristos muy sufrientes, con sus cruces, sus clavos, sus espinas. Una vez tallados, nuestros artesanos los tiñen con té o los ennegrecen en la llamas. A cambio de ellos reciben pequeños favores, un trato tolerante, algún paquete de cigarrillos.

Lo que me hace temblar y me mantiene a la vez sobrecogido es el temor de saber, en cualquier momento, que han traído a Magus y las otras personas que nombré como «conspiradores». No me cabe ninguna duda de que usarán mi «declaración» para torturarlos e inculparlos y de que me llamarán a un segundo interrogatorio, usándome de testigo. Me paso vigilando la llegada de los camiones, los movimientos de los soldados cerca de las tiendas. Me reprocho no haber soportado un poco más. Pero quizá porque la exacta noción del terror y el sufrimiento se olvida, no pueden reproducirse como sensaciones.

Hay un muchacho, empleado del Hospital Salvador, que se pasea todo el día desesperadamente. Tiene las cuencas de los ojos totalmente negras, los ojos rojos, las venillas con coágulos morados. Parece que le han hecho abrir la puerta de la sala de interrogatorios con extrema violencia, justo con los arcos ciliares. Lo interrogaron sobre un ocultamiento de armas en el hospital. Da a entender que también lo han obligado a nombrar a sus compañeros. Teme, igualmente, ser llamado de nuevo.

Nos paseamos con el «Gurú». Parece mucho más realista. Y no habla con tanta convicción del empleo de la energía, de su luz, para destruir el egoísmo. Pero aun así me sorprende, de pronto:

—La única solución es la de Cuba —me dice con odio—; si no se empieza por aniquilar a los burgueses, no hay revolución posible.

—¡Pero tú eras contrario a la violencia! —le digo admirado.

—Por una vez, en un momento determinado, cuando se descubre lo podridas que están las mentes, no queda otro recurso. ¡Cortarles las cabezas!

Es muy sorprendente. Los extravagantes, los soñadores, los tibios, se transforman aquí en revolucionarios; los revolucionarios, a veces, en corderos. Es el caso de un militante socialista, de un sindicato de una empresa estatal: sueña que un día lo dejarán volver a su casa. Entrará y le dirá a su mujer: «M'ijita, no me pregunte nada. Aquí me tiene, vivo, y eso basta. Olvídese de todo. Ahora a trabajar y a cuidar los niños. Y nada más. El resto son puras huevás». Pero no se puede generalizar.

Los más indomables son los jóvenes. Y entre estos, por supuesto, los que tienen mayor cultura política, los universitarios. Después del golpe militar, miles de estudiantes universitarios fueron expulsados, directamente, por cancelación de sus matrículas, o indirectamente, al ser eliminadas sus asignaturas de los planes de estudios. Hay un grupo de unos diez. Muchos de ellos vienen de las universidades del sur. Estuvieron presos y fueron torturados de las maneras más horribles en Valdivia y Concepción. Liberados después de meses, buscaron refugio en la iglesia luterana de Santiago, vinculada al Consejo Mundial de Iglesias, que ha acordado su apoyo a los perseguidos. El refugio fue asaltado por los militares y los muchachos han sido nuevamente torturados aquí. Algunos tenían sus billetes de avión y deberían haber viajado al extranjero. Olvidan pronto la tortura. Tienen un humor envidiable, una capacidad de mirar todo esto como un duro y grotesco momento que será superado. Paso mis mejores momentos hablando con ellos. Están dispuestos a luchar como sea, donde sea, contra la opresión fascista.

Comienzo a pasearme por el patio. Se forman grupos, se deshacen y vuelven a constituirse con nuevos componentes.

Algunos caminan, los «antiguos» tallan sus maderos o están al acecho de las órdenes de los soldados: los usan para toda clase de mandados, dada la «confianza» que les han conferido para desplazarse por todo el campo. Se conversa en voz baja, después de haberse estudiado mutuamente. Dicen que hay soplones. El «Negro», uno de los «antiguos», es un muchacho de rasgos indígenas, oriundo de Valdivia. Ha sido llevado ocho veces al interrogatorio y conoce bastante de la organización. Me cuenta que todo esto, en un radio de unos diez kilómetros cuadrados, es zona militar. Que hay cuatro campamentos semejantes a este. En total hay una rotación de mil prisioneros por mes. Ha visto la sala de torturas y a algunos de los torturadores. Dice que está llena de cañerías, que es un viejo frigorífico del regimiento. Sobre ella se encuentra el casino de oficiales. Ha llegado a tener una cierta familiaridad con los torturadores. Celebran verlo cada vez que llega y solo lo someten a los castigos después de haber «conversado», después de haber hecho «recuerdos» comunes; en fin, después de una charla a lo amigo. Incluso le ofrecían un cigarrillo después de ponerle corriente en el culo (para lo cual previamente le introducían un cilindro de fierro). Parece habituado a la perversión, a la humillación. Aparentemente, no guarda ningún rencor. Sabe que se halla dentro de un sistema pervertido y que hay que sobrevivir dentro de sus reglas. Habla el mismo lenguaje de los soldados, juega su juego, su ideología. Pero a veces se niega a levantarse y se queda horas, de vientre, sobre su jergón. ¿Qué recuerda entonces? ¿Qué piensa? Nunca lo dice, echa a la broma sus propias depresiones.

Hablo con don Ramón. No le pusieron corriente «por la edad», dice. Pero le dieron duro a golpes. ¿Qué querían? Nada, que las empresas periodísticas han formado otro sindicato de vendedores y, bueno, que él ya está muy viejo para seguir a la cabeza del antiguo, que era de izquierda. «¿Y qué

va a hacer ahora?». «Jugar con mis nietos, qué quiere usted», me dice sonriendo tristemente.

De hecho, almorzamos dos veces. Del fondo de los prisioneros, que recalentamos, y de las sobras que dejan los soldados. Nos hinchamos de porotos, patatas y garbanzos. A veces quedan incluso algunos huesos con carne. Por mi parte, como al menos siete panes al día. Sin duda quieren que, en libertad o delante de un consejo de guerra, tengamos aspectos saludables.

En las cabañas se ha acumulado todo lo dejado por los prisioneros en estos seis meses casi del nuevo régimen. Juegos, sobre todo. Hay infinitas colecciones de damas hechas con semillas de eucaliptos, ajedreces de miga de pan, barajas dibujadas en cartones de detergente. Y extrañas perchas y armarios. Las tablas están cubiertas de calendarios de permanencia. Hay muchas cruces. Ningún dibujo erótico.

En nuestra cama, con el «Gurú», jugamos a las damas. Tardo en dormirme horas, pero al fin me duermo. No tengo imágenes sentimentales, en mi memoria persiste ese bloqueo, como para prohibirme cualquier sentimentalidad. Detrás de esa puerta cerrada solo percibo una confusa penumbra donde los seres conocidos tienen los rostros cambiados y donde los lugares son un amalgamiento de otros lugares, donde todo, como en los sueños, está trucado.

---

7 DE MARZO, JUEVES

Me digo que hoy tendrían que traer a Magus y los otros amigos. Ya han tenido tiempo de detenerlos y mantenerlos la o las noches correspondientes en las sillas. No pienso sino en el momento en que sonará mi nombre en el patio para un nuevo interrogatorio. A ratos se me ocurre escaparme, para que desde las torrecillas de vigilancia, de una vez por todas, me perforen con las ametralladoras.

Dicen que ha habido un cambio de comandante del campo. Desde ya no nos dejan salir de las cabañas en buena parte de la mañana. Dicen que el anterior se aparecía por aquí de mala gana y que la disciplina estaba quebrantándose.

De este lado somos seis cabañas y una de ellas cada día está encargada de los trabajos del patio. Hoy somos nosotros la «escuadra de servicio» y nos dejan salir a mediodía para hacer el aseo y limpiar las ollas. Estoy adolorido todavía y colaboro muy poco. De pronto observo algo que ya había visto antes sin prestarle atención. Es una pareja de un viejo y un muchacho, muy andrajosos, a los cuales un soldado conduce al baño aprisa, empujándolos con la punta del fusil. Al pasar nos saludan, sonríen estúpidamente. El muchacho no tiene un solo diente. El viejo parece un hombre de las cavernas; lleva un tarro de meados en una mano. Pregunto quiénes son. Uno de los «antiguos» se asombra de que no lo sepa. Son campesinos de un lugar cercano. Después del golpe, los

militares descubrieron en su casa una escopeta. Mediante la tortura, han querido que revelen un supuesto ocultamiento de armas checas, con las cuales los campesinos de la región habrían pretendido hacer volar todos los efectivos de la zona militar. A través de sucesivos interrogatorios —aparte de las torturas habituales—, al viejo le han arrancado cuatro uñas. Al muchacho le han sacado los dientes con alicates, uno por uno. También están prisioneros en la base de una torrecilla y son llevados una sola vez al baño durante todo el día. Los veo pasar de vuelta. Al muchacho le cae el pelo hasta los hombros, debe tener dieciséis años. El viejo sonrío al pasar, mirando a la tierra. Caminan rápido, con las caras mojadas, los zapatos abiertos.

Me dicen que en las otras dos torrecillas hay más prisioneros. A estos no los sacan al baño. Nadie sabe quiénes son. Los soldados tienen prohibición absoluta de revelarlo. En general, los soldados no hablan de las cosas del campo. Se puede saber, a través de ellos, cuántos y qué prisioneros lleguen, quiénes han sido llevados al interrogatorio, pequeños detalles. Se acercan a nosotros cuando alguien está contando chistes. Pero, aparte de uno o dos, no desconfían de la legitimidad del sistema y nos tratan —correctamente, se podría decir— como a enemigos, como a «prisioneros de guerra», tal como hemos sido definidos.

Detrás de nuestra cabaña, separados por alambres de púas, hay una casa y un huerto. Es la vivienda del suboficial. Hay un gran manzano lleno de pequeños frutos que envidiamos. Las gallinas y una gran familia de patos del suboficial vienen a nuestro patio a comer las sobras que echamos en un tarro. Los patos sumergen sus picos succionando con gran escándalo y placer en una especie de ciénaga que forma el agua de los lavabos. Dicen que hasta hace poco la mujer del suboficial vendía sándwiches y cigarrillos a los prisioneros a través de la alambrada, pero que últimamente

se lo han prohibido. Detrás de los WC hay un senderito que comunica las torres de las ametralladoras y que posiblemente también da a la entrada del campamento. Por allí pasan a veces los hijos del suboficial que van a hacer las compras. Pasan a dos metros de nosotros, sin mirarnos. El mayor no tiene más de diez años, pero es capaz de andar a nuestro lado, cuando estamos lavándonos o cagando, con la vista fija en el suelo o en el horizonte; de vencer, en suma, su curiosidad.

A media tarde nos encierran otra vez debido a la llegada de un gran grupo de nuevos detenidos. Las cabañas del patio de los incomunicados están llenas y nos obligan a desalojar una del nuestro, redistribuyendo a sus ocupantes en el resto, para instalar a parte de los recién llegados. Espío tensamente la posible aparición de un rostro conocido. El «Negro» sale más tarde a hacer sus averiguaciones y me tranquiliza. Logramos que también el «Negro» tire algunos panes a través de un hueco de la ventana de los nuevos prisioneros.

Al atardecer llega el camión con los interrogados. Entran tambaleándose al patio, seguidos de un soldado. Las caras blancas, las narices o las frentes rotas, las ropas engrasadas y en desorden. Dos de ellos son echados en nuestra cabaña. Uno está en un estado patético. Nos acercamos para ayudarlos. Les preparamos camas, les damos píldoras, tratamos de tranquilizarlos. Uno se acuesta, hecho un ovillo, maldiciendo. Pero el otro, un muchacho de alta estatura y carne flácida, llora. Lloro de dolor y de congoja. Le quitamos los pantalones. Tiene las partes anteriores de los muslos y las nalgas totalmente desolladas, la carne al vivo, los pelos incrustados en una película de sangre. Cree que lo han flagelado con varillas de acero. Lloro constantemente porque no entiende la ilimitación de sus propios sufrimientos. Estaba en un tratamiento antidepresivo desde hacía un año. Ha pasado en total cinco años de su vida en cama y diez por lo menos como un inválido. Ha tenido tuberculosis, infecciones renales, úlceras.

¿Su delito? Era candidato del PC a una elección sindical de profesores de enseñanza primaria que no se alcanzó a realizar debido al golpe. No entiende que para esto haya sufrido tanto su madre cuidándole la vida, que él mismo haya debido abstenerse de tantas cosas que la ponían en peligro. Debe tener unos treinta años. Lloro y no podemos hacer otra cosa que ofrecerle pan y prometerle que ya todo ha pasado. Al rato llega la pequeña enfermera morena. Lo mira con simpatía y lo trata como si fuera un simple enfermo de insolación.

—Ánimo —le dice—, en un par de días estará como nuevo.

Los «antiguos» no se alarman. Han visto llegar cientos y cientos.

—Esto no es nada —insiste uno de ellos—. Por lo menos, ahora pueden llegar caminando solos. Antes teníamos que ir hasta el camión y traerlos como bultos, en frazadas. Así nos trajeron a todos nosotros.

—Algunos ni siquiera volvían —agrega otro—. Ahora tienen órdenes de que no se les pase la mano.

La noche es muy penosa. Tiemblo a la idea de un nuevo interrogatorio.

El «Negro» ha dicho que hay rumores de un viaje para mañana. Ello significa que pueden llevarse a un grupo para dejar a algunos en libertad y para someter a otros a proceso.

---

## 8 DE MARZO, VIERNES

Han llegado aún más detenidos. Las cabañas están abarrotadas. La máquina represiva funciona de una manera masiva.

Casi todos los días, a eso de las diez de la mañana, pasan por el puente multitudes de jóvenes con camisetas y pantalones blancos. Son los nuevos conscriptos. Corren en un apretado bloque y gritan. No cesan en ningún momento de gritar en coro mientras corren, golpeando las sílabas. Dicen cosas como: «¡Mi vida por la patria!», «¡Sol de Chile, sol de Chile!», «¡La patria sobre todo, solo Dios por sobre Chile!». Me recuerdan ciertos viejos noticiarios cinematográficos que he visto en alguna retrospectiva.

Los rumores sobre el viaje aumentan. A través de los WC, una mujer ha pasado un mensaje. Un sargento ha dicho que habrá viaje a Santiago. Nos paseamos inquietos, vigilando todos los movimientos en la tienda de oficiales y la posible llegada del camión. Los viajes se realizan aproximadamente cada diez días, pero ahora tendrían que acelerarlos para dejar espacio a los nuevos interrogados que vendrán a recuperarse a este lado. Hay unos veinte compañeros interrogados hace más de una semana que ya están en buenas condiciones y que esperan ser llamados. Todos los demás, sin embargo, esperamos igualmente. En el fondo no hay aquí ninguna regla fija y cualquiera podría ser elegido.

A eso de las cuatro, el «Negro» comunica que ha visto al suboficial con unos papeles en la mano. Nadie se hace esperanzas de ser dejado en libertad, pero, lo mismo, nadie puede contener su impaciencia. Un rato después llaman al muchacho del Hospital Salvador. La tensión llega a un extremo insostenible. Cuando regresa, después de unos diez minutos, lo asaltamos. Está muy pálido. Habla con los dientes apretados. Lo han hecho firmar una declaración inculpándose e inculpando a algunos compañeros. No es exactamente lo que le hicieron declarar con la tortura. Aquello ha sido tergiversado y exagerado. Pero no firmar habría significado un nuevo interrogatorio. Total, habría terminado declarando algo peor. Sí, habrá viaje. Sabe que lo llevarán a Santiago, a una nueva prisión, para someterlo a algún grotesco proceso.

Una media hora después aparece el suboficial con unos papeles y un cuaderno. Nos agrupamos alrededor de él. Muestra sus dientes y comienza a mascar nombre tras nombre. Los llamados se ponen a un lado. Es muy lento, le cuesta descifrar las letras. Cada uno está a punto de saltar. Salir de aquí, adonde sea, pero salir. Algunos compañeros de mi cabaña son llamados, entre ellos el viejo que me regaló un cigarrillo el día de mi llegada, y que está acusado de haber sido chofer de Altamirano, el ex secretario general del Partido Socialista. Los elegidos son unos veinticinco. El resto debemos encerrarnos en las cabañas. El grupo se instala en dos bancos de troncos, frente a una mesa hecha de tablonés. El suboficial les distribuye una hoja a cada uno. Les da instrucciones. Hace algunas advertencias. Después, les dicta algo. Durante una media hora, los tipos escriben, muy lentamente. Por último se levantan y se disparan hacia las cabañas. Pero los soldados los acompañan. Vienen a buscar sus cosas. Están vigilados y no pueden hablarnos casi. Recogen sus ropas y sus documentos y nos dejan todo lo

innecesario de herencia. Luego, se los llevan al patio de las tiendas para que esperen el camión. Quedamos todos muy abatidos. Atardece. No tenemos ganas de hablar ni ganas de comer en un momento más. Los «antiguos» son los primeros en reanudar la rutina. Total, han visto partir a tantos y han desesperado tanto de ser alguna vez llamados. El «Negro» nos informa que el dictado consistía en declaraciones de no haber recibido aquí maltratos y tonteras parecidas.

—Cada vez que se los llevan es la misma huevás —dice.



---

10 DE MARZO, DOMINGO

Me quedo horas mirando un retamo florido que sobresale sobre el muro que da al camino de la falda del cerro. Es el único amarillo que se ve desde aquí, lo único animoso. El cerro tiene pasto seco y unos arbustos mordidos por las vacas. El manzano está desnudo de hojas. Los eucaliptos dan una impresión sombría.

Entonces, el amarillo de ese retamo absorbe mi mirada, atrae algo de mí, algo que sospecho como un deseo muy oculto de reencontrar sensaciones que tuve o me parece haber tenido una vez.

Los torturadores no descansan en domingo. En la mañana se han llevado a seis prisioneros en el camión.

No alcanzamos a comer todas las sobras de los soldados. Tenemos que tirarlas. Sin embargo, sabemos que los del otro patio padecen hambre.

Mis heridas ya están secas y los hematomas pasan del negro al lila. Me he bañado y rasurado. Engordo; mejor dicho, me recupero. En el espejo tengo una mirada de extrañeza y, a pesar de todo, de inocencia.

Por la tarde, los de las torrecillas se divierten disparándole a un veraneante que ha tenido la distracción de pasearse por el cerro. Vemos cómo las balas levantan el polvo a centímetros de sus pies. El tipo no sabe qué hacer. Huye hacia un lado y le disparan. Coge la dirección opuesta y lo mismo.

Levanta los brazos al cielo. Se echa por tierra. Las balas lo rodean. La diversión dura un buen rato. Luego, una patrulla parte a buscarlo. ¿Qué van a hacer con él?

---

## 11 DE MARZO, LUNES

El nuevo comandante visita intempestivamente las cabañas. Es un tipo joven, de piel aceitunada, ojos negros mongólicos y grandes mostachos también negros. Lleva un kepis y camina con una pistola al cinto, cimbrando las caderas.

Se escandaliza del espectáculo de objetos inútiles y chucherías que presenta nuestra cabaña.

—¡Y esto! ¡Qué es esto! —exclama, paseándose y mirando con repugnancia el amontonamiento de porquerías en los armarios que han construido los «antiguos» con sobras de cajones—. ¡Pero ustedes son un lote de viejas basureras!

Toma una y otra cosa con la punta de los dedos.

—¿Qué es esto? ¿Para qué sirve esto?

En realidad, los objetos son inexplicables. Los prisioneros recogen cualquier porquería. Porque todo es útil alguna vez. Pero eso no puede decirse antes de que la necesidad se presente. Hay clavos viejos, semillas de eucaliptos, plumas de gaviotas, tuercas, pedazos de suela calcinada, envases de cartón, alambres, plásticos, corchos, tiras de género, trapos, y al menos un centenar de cepillos de dientes abandonados, entre otros objetos indescriptibles.

—¡Lo único que falta aquí, ociosos de mierda, son algunos trapitos regleros!

Sigue escarbando.

—¿Y esos panes viejos, huevones? ¿Están criando ratas? ¿Y esa cuchara qué hace aquí? ¿Y ese tarro? ¿Y esa muleta?

La muleta, en realidad, forma parte del museo del campo. Fue construida con ramas de eucaliptos por los mismos prisioneros para un compañero al cual le rompieron un pie en los interrogatorios. Pero eso no puede ser explicado al comandante.

—¿Y ese tarro? ¿Qué mierda hace aquí ese tarro?

Luego, se queda observando al compañero depresivo de las piernas desolladas, que no ha querido moverse de su cama en el suelo.

—¿Y vos, huevón?, ¿te creís que esto es un sanatorio?

El muchacho comienza a dar cuenta, quejumbroso, de sus infinitas dolencias, pero logramos interrumpirlo.

—¡Van a hacerme desaparecer todas estas huevás en cinco minutos! Esta huevá es un lugar de paso. ¡Esta no es una pensión, culiaos!

Nos ponemos rápidamente a tirar todo. En realidad, nadie puede explicar para qué se guardaba todo eso.

---

## 12 DE MARZO, MARTES

Soy incapaz de reflexionar críticamente sobre mi interrogatorio. Los amigos a quienes «delaté» no han sido traídos. ¿Para qué gastaron todo ese tiempo y me infligieron todos esos sufrimientos? Sigo creyendo que en algún momento me usarán de testigo para alguno de los tantos procesos grotescos que se montan con el fin de demostrar el «terrorismo» y la «conspiración» marxista. Quizá la maquinaria represiva todavía es muy embrollada y lenta. Posiblemente, quien me delató lo hizo meses antes de que me detuvieran. No sé si el procedimiento de los interrogatorios es extremadamente hábil o absolutamente caótico. Todas las preguntas imbéciles podrían formar parte de un modus operandi que desconcierta al interrogado y que lo hace descuidar la defensa de aquellos temas para los cuales se había preparado. De hecho, este es un buen sistema de humillación, incertidumbre, desconcierto. Se trata, en realidad, de mellar todas las defensas. Estamos perdidos y dependemos solo de ellos. Solo a través de ellos nuestros nombres, nuestras personalidades, pueden reencarnarse, y solo aceptando nuestra culpabilidad tenemos la esperanza de salir con vida. Hay aquí casos que demuestran que los propios interrogadores no sabían de qué acusar al tipo que tenían delante temblando de terror. Son excepciones —es cierto—, pero hay aquí tipos traídos porque estaban parados en una esquina sin documentos

o porque estaban de visita donde alguno que detuvieron. Eso no los ha salvado del proceso. A veces, los torturadores se fastidiaban. Hay aquí un tipo detenido por haberse entusiasmado con una chica en un autobús y por haberse bajado tras ella donde no le correspondía. Desgraciadamente, la chica trabajaba para la policía militar. Le pusieron corriente en las tetillas y como no consiguieran que diera ninguna explicación más interesante, lo obligaron a contar chistes. Si el chiste era bueno, lo perdonaban; si era malo o no los divertía, venía la descarga eléctrica. Otros cuentan también que entre los interrogatorios los hacían contar chistes contra la Junta. A un campesino que no tenía idea de los motivos de su detención, lo han obligado a bailar una cueca con golpes de corriente en los pies. La historias de los interrogatorios son infinitas. Pero yo no logro entender las contradicciones del mío. ¿Por qué aceptaron que diera dos versiones de la actividad de Eva? ¿Por qué no me preguntaron sobre lo que yo hacía en el Instituto X? ¿Por qué no se interesaron en lo que yo pienso? ¿Por qué, en cambio, las insistentes preguntas sobre Enríquez? Ahora he sabido que muchos al azar las sufren. Parece que el sistema de los torturadores para obtener informaciones se basa un tanto en el cálculo de probabilidades de una lotería. Con la diferencia de que la masa de números somos nosotros. A primera vista, los enormes recursos empleados para semejante sistema parecen demenciales, pero, si además del albur informativo se piensa que cumple un objetivo de aterrorizamiento masivo de la población, no lo es tanto. Lo que me parece claro, en cualquier caso, es que no han encontrado las copias de mis artículos y que, en consecuencia, saben muy poco de mí.

Algo interesante: yo y muchos pensábamos que habíamos sido detenidos por el SIM. Alguien de aquí que tiene buena información me asegura que nuestros aprehensores son de la DINA (Dirección de Inteligencia Nacional), en

uno de cuyos centros de detención, probablemente de la calle Agustinas en Santiago, estuvimos al inicio.

En situaciones como esta, cuando todo el esfuerzo de la inteligencia se reduce a y se concentra en la posibilidad de salvar la vida, cuando toda la personalidad racional se disimula, por un imperativo biológico que no tiene sino aquel fin, es casi imposible reflexionar sobre la naturaleza misma de las fuerzas que la han puesto en peligro. Comprender las motivaciones del odio y la violencia cuenta poco entonces para el funcionamiento de ese sistema defensivo que opera, parece, a nivel celular. Más aún, es como si tal comprensión, semejante toma de conciencia de las motivaciones del opresor traicionaran nuestra culpabilidad, haciéndonos más vulnerables todavía a su odio y venganza. Tal lucidez frente al opresor y al torturador implicaría asumir una conducta que entraría en contradicción con aquella inteligencia instintiva, animal, de sobrevivir. Implicaría respuesta, desafío, es decir suicidio. En cierta forma, prestarse al juego de la conciencia que odia.

Es lo que nos ha sucedido a todos, me parece, en mayor o menor medida, a lo largo de estas semanas. Sin embargo, en los últimos días, paseándonos por el patio con los estudiantes del sur, a veces logramos emerger de esta formidable inhibición biológica, y, a través de pequeños encuentros, nos esforzamos por descubrir alguna coherencia entre esta realidad y la anterior. ¿Cómo es que esta nació de la anterior? ¿Por qué precisamente esta, tan insospechadamente brutal, y no otra, como todo llevaba a creer, teniendo en cuenta la historia y las características culturales de nuestra sociedad?

Lo más difícil de comprender y aceptar, según esas características, es este fenómeno de eclosión repentina del fascismo. Es decir, la apariencia de eclosión repentina, simplemente debida a nuestra carencia de elementos de análisis para haber detectado oportunamente su incubación. El

hecho de que nuestra burguesía y la mayor parte de nuestra pequeña burguesía, que durante décadas han ejercido su poder en forma compartida, a través de instituciones democráticas literales, de pronto sean capaces de recurrir, con todas sus implicaciones de violencia física e inteligencia, al fascismo, es algo que deja perplejo, porque no estábamos preparados para tal eventualidad, porque la izquierda –al menos la oficial– no estaba preparada. Antes bien, en su juego de alianzas con algunos de sus sectores, nos había habituado a una imagen caballerisca de la derecha chilena. Nos habíamos formado en el mito de su discurso cristiano y humanista, de su tolerancia ideológica. ¿Cómo nos había transmitido esta imagen, y con qué complicidades? Fundamentalmente bajo la apariencia de una sociedad pluralista, en la que la izquierda tenía las mismas opciones; a través de un juego parlamentario (para no mencionar la prensa y mil instituciones menores) que permitía una perfecta esquizofrenia entre ideología y vida cotidiana, de modo que después de la violencia verbal, tras los insultos de un bando a otro, era aceptable que derechistas e izquierdistas solieran terminar la noche juntos, en una completa armonía gastronómica y alcohólica. Habitados a compartimentar en la cotidianidad debate político y vida social, ¿cómo podíamos imaginar que esa derecha, es decir esos comensales, esos contertulios, esos vecinos, pudieran de pronto enfrentarnos con una conducta fascista?

Problemas de una izquierda conducida por hombres de extracción burguesa, o pequeñoburguesa, dicen los estudiantes del sur. Proporcionalmente, nuestro problema.

Reconocemos que no fuimos conscientes del proceso de metamorfosis de esa derecha, que no tuvimos las referencias ni empíricas ni conceptuales como para prever el resultado. Nunca habíamos presenciado antes semejante gestación. Cada vez que consideramos la posibilidad de un golpe, lo

concebimos con una relativa gentileza, con la gentileza de la ignorancia. Porque quienes iban a darlo ¿no eran acaso nuestros ex patrones, o ex contertulios, o parientes o ex compañeros de escuela? Podíamos esperar que fueran severos y duros, pero no sanguinarios. Además, el calificativo de fascista fue usado por la izquierda prematura e inoportunamente contra cualquier opositor, y eso lo vació de contenido. Nadie explicó el fascismo como una ideología subyacente en todas las sociedades, nadie nos advirtió claramente que es el salvavidas ideológico de la burguesía en los momentos en que el liberalismo ya no le sirve para mantener su hegemonía. En nuestra cultura se nos había llevado a asimilar el fascismo como un fenómeno particular, singularmente localizado en la Europa de los años treinta.

Por eso, por esa ignorancia, por esa inocencia, la dificultad de entender la violencia del golpe, la densidad del odio acumulado por sus partidarios y ejecutores, la ferocidad de su venganza contra quienes estuvieron a punto de quitarles el poder, la dificultad de entender la necesidad de destruir históricamente todo el desarrollo de la sociedad que puso en peligro su economía y sus ideas: la conciencia social del país.

A eso se deben también las preguntas idiotas que una y otra vez nos hacemos. ¿Dónde estaban antes estos miles y miles de hombres que a través de todo el país son nuestros asesinos, nuestros carceleros, nuestros torturadores? ¿Qué hacían, qué aspectos tenían? ¿Cómo es posible que no les hayamos visto, que no hayamos sospechado de su rencor, de su futura ferocidad? ¿Es que vivían en un mundo aparte, es que sabían disimularse tan bien?

Es fácil comprender ahora –por desgracia tan tarde– que vivían entre nosotros. Que no eran ni más ni menos que nuestros conciudadanos, nuestros vecinos, a veces nuestros parientes y, en una que otra ocasión, nuestros amigos. Los

encontrábamos cada día en las tiendas, en los transportes, en el cine, y nunca los asociábamos con las avanzadas terroristas de la ultraderecha, y si hablaban contra el gobierno o si hacían sonar sus cacerolas al anochecer, o si hacían sus marchas «para salvar la democracia», a lo sumo les insultábamos con buen humor. Quizá no son los mismos que han disparado y flagelado, pero los militares no habrían hecho gran cosa sin ellos. Ellos fueron sus masas, ellos cubrieron sus balcones de banderas para celebrarles, emularon cobardemente su ferocidad, denunciando a sus vecinos izquierdistas, lavaron los muros de la ciudad, donde el pueblo había llamado tan profusamente a la revolución, regalaron sus anillos de boda para recompensar a la Junta, entregaron a los bancos los dólares que habían comprado en el mercado negro, y, en fin, salieron en tropel a las tiendas a cobrar su mísera recompensa: a consumir lo que ya en adelante no estaría permitido consumir a los trabajadores.

¿Cómo no haber comprendido que todos esos que nos parecían enemigos inofensivos —hablamos de la pequeña burguesía—, puramente verbales, formaban un frente de clase único con la ultraderecha y tenían un plan de guerra y de exterminio? Reprocharnos esa ingenuidad, ahora, paseándonos desconfiadamente en este patio, no sirve de nada. Hay revelaciones que solo se adquieren de una vez y para siempre. En las llamadas democracias liberales, como era la nuestra, es muy difícil sospechar que el discurso reaccionario de la burguesía y las manifestaciones de intolerancia y descontento de la pequeña burguesía —su «avanzada popular»— hayan de tener fatalmente un desenlace histórico de tipo fascista. Parece que en ciertas circunstancias históricas, los «espíritus liberales» tienden más fácilmente a involucionar que a evolucionar; o, en otras palabras, como sabíamos teóricamente y habíamos olvidado: que ante la imposibilidad de seguir conservando por las vías «democráticas» su

poder y sus valores culturales, cuando la sociedad está en el umbral de efectuar un cambio revolucionario, la burguesía opta muy fácilmente por el fascismo, arrastrando a las inseguras clases medias con todo su liberalismo y, dentro de estas, a veces, a ese hombre que conocemos como «independiente» y «objetivo», siempre más dispuesto de lo que él mismo supone a sacrificar o alienar su libertad ante la angustia de la libertad verdadera, de la democratización. Sin todos ellos, sin su sostén, este cambio monstruoso de la realidad no sería concebible.

Así, entonces, en la misma medida en que estos momentos de esfuerzo reflexivo nos restituyen nuestra humanidad, así también nos someten a la angustia de esa condición, a una penosa lucidez que nos da escalofríos: justamente lo que nuestra más primitiva inteligencia había tratado de evitarnos.

Por la noche, a través de los resquicios de la ventana, bajo la luz de las bombillas desnudas que cuelgan en el patio, veo pasar trotando a cada grupo de las cabañas del otro lado, en dirección al baño. Unos tras otros, y luego vienen mis ex compañeros. Desde las sombras emergen ante la pálida luz amarilla, como fantasmas de galeotes, como una tribu de la edad de piedra, barbudos, las ropas deformes. El chico del hospital Barros Luco va al final y lleva el tarro de los meados. Tres minutos después regresan, apurados por los soldados. Luego, se escucha aproximarse el ruido del trote de los siguientes. Hay muchos recién llegados.



---

## 13 DE MARZO, MIÉRCOLES

Después del desayuno me paseaba cerca de la verja que nos separa de las mujeres mirando ávidamente a una de ellas, que fumaba, es decir mirando su cigarrillo. De pronto me hizo una seña y me acerqué, eludiendo las miradas de las torrecillas. Al tiempo que me pasaba la mitad del cigarrillo, me dijo:

—Hoy habrá viaje.

De modo que me adelanté a las informaciones del «Negro». Todos estamos nuevamente tensos. Pero creemos que el viaje no se hará sino por la tarde. ¿Quiénes serán esta vez los elegidos? Si estuviera entre ellos, no me hago la menor ilusión de que vayan a dejarme libre.

Sabemos poco de las torturas a que son sometidas las mujeres. Algunas han contado algo a través de los WC. Por lo menos aquí no son sistemáticamente violadas, como en otras prisiones, sino más bien ultrajadas. A algunas les han introducido ratas en la vagina.

Me paseo con un español que no entiende que su embajada no haya hecho nada por él. Dice que está aquí por un pasaporte que le robaron. Lo acusaron de habérselo cedido a un «extremista». En realidad, es difícil saber qué hay de verdad en lo que cada uno cuenta. Quizá somos todos estúpidamente inocentes. Quizá nos guardamos algo debajo del

poncho. En un lugar como este nadie va a caer en la debilidad de confiarse a los otros.

Al atardecer estamos con los nervios gastados. Creemos que ha sido una falsa alarma. Estoy haciendo fuego para recalentar la comida cuando un soldado grita mi nombre desde la entrada del patio. Se me contrae el estómago. Avanzo, mirando en los otros mi propia consternación. No puede ser sino para llevarme a otro interrogatorio y solo pienso en algún medio rápido de matarme o de hacerme matar. Me introducen en la tienda de los oficiales. Frente a un escritorio está el comandante, sentado. Hay un teléfono. Detrás, en un caballete, hay una veintena de fusiles ametralladores. Alrededor de la mesa hay unos cuatro soldados con las armas en la mano. El suboficial me tiende unos papeles.

—Lee eso.

Hago un gran esfuerzo para concentrarme frente a las palabras escritas a máquina. Las leo una por una, moviendo los labios, como un analfabeto. Es una declaración. Están mis datos personales. Se dice a qué corresponde cada una de las cosas encontradas en mi casa, dejándose constancia de mi negativa a reconocer un tubo de pomada. Se dice que Eva es «simpatizante» de un determinado partido político. Luego, viene la descripción de la reunión «conspirativa» en casa de Sofía. En ella, Magus planteó la necesidad de «hacer algo urgentemente contra la Junta». Están los nombres de quienes estuvieron de acuerdo. Magus, luego «expuso su intención de hacer un viaje a Alemania para conectarse con los marxistas de ese país y difamar a la Junta, a fin de dañar la asistencia económica».

—Firma, huevón.

Miro al comandante, perplejo. Balbuceo algo, quiero decir que no es exactamente lo que dije.

—Si no está de acuerdo, te van a hacer otras preguntitas, pa' saber por qué no está de acuerdo.

Los soldados se ríen.

—Bueno, ¿así que esto es mentira?

Tomo el lápiz que hay sobre la mesa y firmo con una repugnancia ostensible cada una de las hojas. Me reconducen al patio. Les cuento esto a los que se aproximan. Unos me compadecen, otros lo echan a la broma. El temor de que me van a usar ha sido confirmado. No tengo ganas de comer. Me paseo de un lado a otro. El «Gurú» me parece ser la persona que quedará libre más prontamente y le cuento todos los detalles para que informe a Eva y a Magus\*.

El suboficial aparece con su cuaderno y sus papeles. Todos abandonan la comida. Volvemos a agruparnos alrededor suyo.

Comienza a descifrar y a masticar los nombres. Por la mitad aparece el mío. Los elegidos formamos un grupo de unos veinticinco. Echan el resto a las cabañas. Traen unos cajones llenos de cinturones y cordones de zapatos para que cada cual retire los suyos. Nos hacen sentar en la mesa de tablonés. Nos distribuyen dos hojas a cada uno. Hay un silencio muy tenso. Aparece el comandante, cimbrándose.

—Ahora ustedes van a viajar a Santiago —nos dice—. Algunos van a quedar en libertad, otros van a ser transferidos para que se les inicie proceso. Quiénes son quiénes, eso no lo sabrán hasta el último minuto. Ustedes van a escribir y firmar dos papeles. En uno van a comprometerse a no revelar —quienes lo sepan—, bajo ninguna circunstancia, el nombre del lugar donde han estado. En el otro van a declarar, bajo juramento, que no han sufrido en este lugar ninguna clase de maltrato.

Va y viene, mirándonos fijamente mientras habla. Dice todo esto con enojo, como escupiéndonos. Entre nosotros no se oye un suspiro.

\* Supe posteriormente que nadie había transmitido mis mensajes.

—Porque aquí, en este sitio, nadie los ha tratado mal. Lo que les ha pasado fuera de aquí no es asunto mío. Yo no sé nada de eso. Yo soy responsable de lo que pasa aquí.

El silencio nuestro es completo, pero él comienza a exaltarse:

—Yo soy responsable de vigilarlos, alimentarlos y mantenerlos en buenas condiciones sanitarias. ¿Ustedes creen, huevones, que a mí me gusta este trabajito de mayordomo? Pero yo soy un soldado de Chile y cumplo mi deber. ¡A mí solo muerto me van a sacar de aquí, óiganlo bien, huevones! Porque estamos en güena con ustedes y cada cual debe estar en su puesto. Yo aquí, ustedes allá. Así que ya lo saben.

El suboficial cree que ha terminado y se dispone a dictarnos nuestros juramentos. Pero el comandante prosigue:

—Otra cosa. Aquí nada de mensajitos. Nada de llevar recados a las familias o a los cómplices todavía sueltos. Hay huevones que creen que pueden transmitir recados impunemente, desde un teléfono público. ¡Las huevas! En un par de minutos los pescamos y entonces saben lo que es bueno. Y los que queden libres, nada de volver a meterse en huevás. A su trabajo y a ocuparse de sus familias. Yo no quiero volverlos a ver por aquí. ¡Y si los veo llegar de nuevo los voy a masacrar, huevones! ¡Yo mismo!

Se golpea el pecho enseñándonos su furor.

—Ahora, pueden hacer tres preguntas, huevones.

Un empleado público levanta su brazo.

—Di, huevón, rápido.

—Si salimos en libertad, ¿podremos volver a nuestros trabajos?

—Por supuesto, huevón. No querrán seguir en vacaciones los culiados.

—Pero... ¿cómo justificaremos esta... ausencia?

—Podís decir que te rompiste una pata, ¿no?

—¿Y si no nos readmiten? ¿No podríamos obtener un certificado, mi comandante?

—¿Me estái tomando el pelo, huevón? ¿No querís que te recoja unas florecitas también, pa' llevar de regalo?, Ya, mierda, se acabaron las tres preguntas.

Golpea sus botas, da media vuelta y nos abandona, siempre cimbrando sus caderas. El suboficial nos dicta. La escritura se hace muy lentamente porque hay pocos lápices. El suboficial debe dictar lo mismo a cada grupo de tres o cuatro. Cada hoja debe ser firmada por uno y además por los dos vecinos de la mesa como testigos. Desde luego, yo me equivoco —estoy muy nervioso— y aparezco como testigo de mi propia firma. Por último concluimos y nos envían con los soldados a las cabañas a buscar nuestras cosas. Nos apretamos rápidamente las manos con los que quedarán aquí. Los «antiguos» están deprimidos y silenciosos, como cada día de viaje. Desde hace meses no logran habituarse a no ser llamados. En un momento más echarán alguna maldición y volverán a la rutina.

Corremos hacia el patio que hay enfrente de las tiendas. El camión debe llegar de un momento a otro. Un soldado nos convida un cigarrillo para todos.

Don Ramón y el «Gurú»\* están conmigo. Pese a la incertidumbre, estamos muy excitados. Nos sentamos en un tronco. Es casi de noche.

El camión no aparece. Nos dicen que si no llega antes de las 8:30 no habrá viaje. Tendremos que esperar hasta mañana. Todas nuestras fuerzas mentales no consiguen nada. A esa hora desocupan una cabaña y nos meten adentro. El suboficial nos declara incomunicados. Nos está terminantemente prohibido tener ningún contacto con el resto de los prisioneros.

\* Puesto en libertad supe que había sido nuevamente detenido, esta vez con sus adeptos, y enviado a un campo de concentración en el norte del país.

---

14 DE MARZO, JUEVES

Pasamos el día casi sin hablarnos. Apenas cabemos de pie aquí adentro. Creíamos que íbamos al fin a separarnos y aquí estamos juntos de nuevo con todas nuestras miserias. Nos fastidiamos unos a otros. Nos han olvidado, por lo demás. No nos dan desayuno y para el almuerzo un par de soldados nos reparten unos restos. No nos dejan salir al baño. El camión no debe haber llegado –no sabemos de dónde tenía que llegar–, pero no nos dan ninguna explicación.

Hemos dormido directamente en el suelo con una frazada por pareja. Me paso con un ojo pegado a las aberturas de las tablas. Los prisioneros se pasean al sol y nos hacen signos de interrogación. Nadie sabe nada. Por la noche nos sacan unos minutos al baño y nos vuelven a encerrar sin precisar nuestra suerte.

---

## 15 DE MARZO, VIERNES

A eso de las diez de la mañana nos sacan y nos hacen subir al camión. Al menos han puesto unos palos en el piso y nos sentamos en apretadas filas. Hay también tres mujeres. El camión es totalmente blindado. Dos soldados con los fusiles al hombro se acomodan junto a la puerta trasera, ligeramente entreabierta para que podamos respirar. Una media hora después nos ponemos en marcha.

Y bien, prefiero no hacerme ningún ánimo determinado, me refugio en un moderado pesimismo. Cualquier ilusión podría ser brutalmente rota en un par de horas. Sé que si me llevan a otra prisión al menos tendré medios de comunicar mi situación y de obtener un abogado, aunque en estos tiempos de bien poco sirven. Si me dejan libre, sin duda llamaré a Eva y en diez minutos estaré de algún modo en la embajada de K. Sería una imbecilidad regresar a casa. Sabemos que el hecho de que una policía lo deje a uno libre no significa nada; otra policía puede llegar para recomenzar toda la historia desde cero. No sería yo la excepción en esta realidad. Y tomemos en cuenta que hay seis o siete policías más o menos distintas que se disputan, a veces, a los mismos sujetos.

Los soldados quieren que contemos algún chiste, que cantemos. Piensan que deberíamos estar contentos. Pero nadie tiene ánimos. Nadie puede estar totalmente seguro de su suerte.

Pese al encierro, sé perfectamente por dónde vamos. Este camino –de San Antonio a Santiago– está bordeado de chacras de pequeños propietarios que venden directamente sus productos a los viajeros. Imagino los puestos con pilas de gigantescas sandías, de melones, los grandes racimos de uva, las canastas de melocotones. Álamos, sauces, plantaciones de maíz, de tomates. Los campesinos imaginan sin duda que somos un cargamento de jurel y merluza, ya que estos camiones, en aquella época de la Unidad Popular, eran frigoríficos para transportar el pescado desde el puerto directamente a las poblaciones más necesitadas de Santiago.

No decimos una palabra durante el camino. Los soldados bromean entre ellos. Las mujeres se rascan. A la entrada de Santiago, el camión se detiene. Un soldado baja y va hasta la cabina. Hace descender a un par de prisioneros. Luego, cierran de nuevo y el viaje prosigue. Nos parece que los han soltado. ¿Será posible? Estamos en un estado de ansiedad insoportable.

Unos diez minutos después, el camión vuelve a detenerse. El soldado va de nuevo a la cabina. Al rato regresa, con aire indiferente. Nos hace levantar al español y a mí.

–Salten, huevones.

Caigo de pie esta vez, sobre el pavimento.

–Desaparezcan rápido.

Echo a andar, sin mirar por dónde ha ido el español, sin volverme para observar el camión, que ha partido enseguida, ando cada vez más rápidamente, sin mirar hacia atrás, sin ver a nadie, mareado por este espacio que hay hacia adelante –es una calle desconocida–, a toda prisa, reteniendo-me para no correr y a la vez para no volver la cabeza hacia atrás.